



RedNHE

Red Nacional de
Investigadores
en Economía

La Economía en un Mundo Finito: Lectura Crítica del Crecimiento y la Alternativa de un “Estado Estacionario Selectivo”. Breve Debate Desde la Filosofía Social

Alberto José Figueras (UNC-CIECS)

DOCUMENTO DE TRABAJO N° 382

Enero de 2026

Los documentos de trabajo de la RedNIE se difunden con el propósito de generar comentarios y debate, no habiendo estado sujetos a revisión de pares. Las opiniones expresadas en este trabajo son de los autores y no necesariamente representan las opiniones de la RedNIE o su Comisión Directiva.

The RedNIE working papers are disseminated for the purpose of generating comments and debate, and have not been subjected to peer review. The opinions expressed in this paper are exclusively those of the authors and do not necessarily represent the opinions of the RedNIE or its Board of Directors.

Citar como:

Figueras, Alberto José (2026). La Economía en un Mundo Finito: Lectura Crítica del Crecimiento y la Alternativa de un “Estado Estacionario Selectivo”. Breve Debate Desde la Filosofía Social. Documento de trabajo RedNIE N°382.

**LA ECONOMÍA EN UN MUNDO FINITO:
LECTURA CRÍTICA DEL CRECIMIENTO
Y LA ALTERNATIVA DE UN “ESTADO ESTACIONARIO SELECTIVO”.
BREVE DEBATE DESDE LA FILOSOFÍA SOCIAL(***)**

**THE ECONOMY IN A FINITE WORLD:
A CRITICAL READING OF GROWTH
AND THE POSSIBILITY OF A “SELECTIVE STEADY STATE”.
A BRIEF DEBATE FROM SOCIAL PHILOSOPHY**

Alberto José Figueras
Profesor Emérito (UNC)

*IEF- Facultad de Ciencias Económicas-Universidad Nacional de Córdoba
Centro de Investigaciones en Ciencias Económicas-CICE (CIECS-Conicet-UNC)*

Resumen

Con ciertas prevenciones, no exentas de temores, tengo la audacia de escribir estas líneas polémicas, controversiales, contra la corriente más habitual en que nos movemos: la búsqueda del crecimiento sin más. Este artículo aborda la cuestión del crecimiento económico como una meta en sí misma, desde una perspectiva al estilo de los Clásicos, esto es desde la “filosofía social”. La noción de crecimiento económico ilimitado ha dominado el discurso económico y político durante décadas. Sin embargo, este trabajo sostiene que esta perspectiva es muy cuestionable y debería ser reexaminada. Keynes se preguntaba, desde una visión ética, que si el crecimiento es un medio para conseguir un fin ¿Cuál es éste? ¿Y cuánto crecimiento es bastante? Se cuestiona la relación entre crecimiento económico y “calidad de vida” (bienestar humano), y se exploran las consecuencias sociales y ambientales de un modelo de desarrollo basado en el crecimiento ilimitado. Se señala la distinción entre la escasez relativa de Ricardo, salvable por el sistema de precios, y la escasez de Malthus o escasez absoluta, insuperable vía los precios relativos por la sencilla razón de que la naturaleza es finita. ¿Estaremos frente a la gran “trampa del progreso”? A través de un análisis crítico de los costos presentes en el proceso de crecimiento, se argumenta a favor de un modelo económico alternativo que hace uso del concepto de “estado estacionario selectivo”. Este modelo busca conciliar el progreso social con la preservación de los recursos, al limitar el crecimiento económico en ciertas áreas y promoverlo en otras. Se exploran las implicaciones de esta propuesta y se discuten algunos aspectos que se encuentran en la historia del pensamiento así como el cruce de miradas con otras disciplinas. Si bien, esto más que una propuesta representa una protesta y una exhortación a la cautela respecto al rumbo que estamos siguiendo actualmente.

Palabras clave: Estado Estacionario; Decrecimiento; Desarrollo Sostenible; Cambio Cultural
Clasificación JEL: A13, B59, O10, P16, Z13

Abstract

With certain reservations, not without apprehension, I venture to write these polemical and controversial lines, challenging the prevailing current in which we operate: the unqualified

*** Agradezco los comentarios recibidos, para un esbozo muy anterior del presente trabajo, del recordado miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, Dr. Alfredo Navarro y del Dr. Jorge José Motta, Emérito de la UNC. Esos aportes fueron de una inestimable ayuda. Los errores y defectos que aún permanecen son responsabilidad de mi ignorancia o de mi empecinamiento. Existe, incluso una presentación previa, en mero borrador, de estas ideas, en «Crecimiento o “Estado Estacionario”: Un Debate Necesario», *Xth, Economic Policy Conference*, Málaga, 2011. También existe una versión más inmediata pero muy diferente: “En defensa del estado estacionario: un análisis que confronta la visión predominante”, DT 4, FCE – UNC, 2020, en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/DTI/article/view/30388>

pursuit of growth. From a classical economic perspective—that is, from the standpoint of social philosophy—this article addresses the issue of economic growth as an end in itself. The notion of unlimited economic growth has dominated economic and political discourse for decades. However, this paper argues that this perspective is highly questionable and should be re-examined. Keynes asked, from an ethical perspective, if growth is a means to an end, what is that end? And how much growth is enough? The relationship between economic growth and 'quality of life' (human well-being) is questioned, and the social and environmental consequences of a development model based on unlimited growth are explored. A distinction is made between Ricardo's relative scarcity, which can be overcome through the price system, and Malthusian scarcity, or fundamental scarcity, which cannot be overcome by the price system for the simple reason that nature is finite. Through a critical analysis of the costs present in the growth process, an argument is made in favour of an alternative economic model that uses the concept of “selective steady state”. This model seeks to reconcile social progress with the preservation of resources, by limiting economic growth in certain areas and promoting it in others. The implications of this proposal are explored and some aspects found in the history of thought, as well as the intersection of perspectives with other disciplines, are discussed. Although it must be said that more than a proposal, this represents a protest and an exhortation for caution regarding the direction we are currently following.

Keywords: Steady state; Sustainable development; Cultural change; Degrowth

JEL Classification: A13, B59, O10, P16, Z13

INDICE

- I. INTRODUCCIÓN
- II. INGRESO AL DEBATE
- III. CRECIMIENTO Y CALIDAD DE VIDA
- IV. LOS LÍMITES “NATURALES” DEL CRECIMIENTO
- V. EL SISTEMA ECONÓMICO NO ESTÁ AISLADO
- VI. CRECIMIENTO, DISTRIBUCIÓN, POBREZA Y EXCLUSIÓN
- VII. EL SECULAR DEBATE SOBRE EL PROGRESO... Y EL CRECIMIENTO
- VIII. SOCIEDAD DE CONSUMO: CONSECUENCIA Y CAUSA DEL FENÓMENO
- IX. EL CONTROVERSIAL “ESTADO ESTACIONARIO”
- X. CONSIDERACIONES FINALES
 - X.1. CONSIDERACIONES FINALES. PRIMERA PARTE
 - X.2. CONSIDERACIONES FINALES. SEGUNDA PARTE

INDEX

- I. INTRODUCTION
- II. THE DEBATE
- III. INCOME PER CAPITA AND QUALITY OF LIFE
- IV. THE “NATURAL” LIMITS TO GROWTH
- V. THE ECONOMIC SYSTEM IS NOT ISOLATED
- VI. GROWTH, DISTRIBUTION, POVERTY AND EXCLUSION
- VII. THE SECULAR DEBATE ABOUT PROGRESS... AND ABOUT GROWTH
- VIII. CONSUMER SOCIETY: CONSEQUENCE AND CAUSE OF THE PHENOMENON
- IX. THE OPEN CONTROVERSY: THE “STEADY STATE”
- X. FINAL CONSIDERATIONS
 - X.1. FINAL CONSIDERATIONS. FIRST PART
 - X.2. FINAL CONSIDERATIONS. SECOND PART

**LA ECONOMÍA EN UN MUNDO FINITO:
LECTURA CRÍTICA DEL CRECIMIENTO
Y LA ALTERNATIVA DE UN “ESTADO ESTACIONARIO SELECTIVO”.
BREVE DEBATE DESDE LA FILOSOFÍA SOCIAL**

Alberto José Figueras
Profesor Emérito (UNC)

*Instituto de Economía-Facultad de Ciencias Económicas-Universidad Nacional de Córdoba
Centro de Investigaciones en Ciencias Económicas-CICE (CIECS-Conicet-UNC)*

*“Una filosofía que no contraría a nadie no es una filosofía”
Gilles Deleuze*

Llamará la atención discutir sobre las bondades *netas* del crecimiento, cuestionándolas, en un país que “sufre” su ausencia, ¡en medio de un estancamiento doloroso de décadas! Pero lo que se pretende es debatir un asunto socioeconómico de fondo, y no necesariamente argentino. Estas líneas, muy polémicas, se inscriben fuera del modelo más consensuado de discusión, empezando por la ausencia de formalización. Es otro “lenguaje”, como diría Wittgenstein. Un antiguo profesor en Francia, J. F. Lyotard, sostenía que *el saber* debe defender el surgimiento de diferencias, nuevas ideas en contra de la “racionalidad” predominante previa. Es decir, que la perspectiva *lyotardiana* es centralmente antitecnocrática, defendiendo el disenso. También hay un toque de la crítica de Adorno y Horkheimer a la promesa incumplida del Iluminismo: “*Lo que nos habíamos propuesto era nada menos que comprender por qué la Humanidad (...) se hunde en un nuevo género de barbarie*”(Dialéctica de la Ilustración, Prólogo). En esa clave hay que recorrer estas páginas eclécticas (allí está su debilidad y, a la vez, su fortaleza), que defienden una hipótesis: la conveniencia de una variante “dinámica” del estado estacionario de los Clásicos ortodoxos. Los fundamentos de su defensa están en otros autores. Ellos sí, de verdadero peso intelectual.

I. INTRODUCCIÓN

*“Los seres humanos poseemos una mezcla letal de codicia e ignorancia. Pienso que si
habitaríamos otros planetas, los dejaríamos totalmente destruidos e inhóspitos”*

Alexander von Humboldt

*“A menudo se dice que hay que salvar el planeta
pero no es la Tierra la que está en peligro sino nosotros”*

Concepto de **James Lovelock**, en documental de BBC

Las citas que encabezan este acápite resumen las preocupaciones que nos inquietan. Al afrontar estas líneas, y salir casi completamente del consenso, nos acecha el temor de estar equivocados, pero sería una frustración personal no presentar estas inquietudes que llevamos en debates cara a cara con distintos colegas. Son palabras desde un humanismo “doliente”, pero no pretende ser parte de una agenda “woke”, como alguien me apuntara en una presentación (aún con referencias emblemáticas). Roza la línea posmoderna, pero desde alguna de sus críticas sin compartir no obstante sus propuestas. Estas páginas no se inscriben en la habitual temática técnica de nuestros foros sino que esboza un debate que va más allá, hasta la filosofía social. La idea central aquí vertida de un modo u otro, la hemos repetido en diversos congresos y seminarios desde hace años, provocando el rechazo de los defensores ortodoxos del crecimiento. Por eso comenzaremos con unos párrafos ajenos: “*Es una paradoja notable que, en la cima de los logros materiales y tecnológicos, (...) nos devora la ansiedad, (...) la depresión (...) y tenemos una vida comunitaria escasa o nula. (...) Hablamos de nuestras vidas como de una batalla constante por la supervivencia psicológica pero el derroche es tal que amenaza la integridad del planeta*” (Wilkinson & Pickett, 2009, pag.21).

En “*What’s Wrong with Economics*” (2020), Skidelsky insiste en que la economía vuelve a ser un tema multidisciplinario y, de tal modo, reflexiona sobre sus propios fundamentos y metas. Aquí no debatiremos los fundamentos epistémicos de la disciplina, pero si pretendemos introducir *miradas* que cuestionan nuestro objetivo central de política, cruzando visiones con otras disciplinas.

Así, examinaremos, cuestionándolo, el norte habitual de la política económica (y de la teoría, finalmente) instalada desde el siglo XVIII: el crecimiento ilimitado y, por ello, utópico en un mundo finito. Esta meta se impuso sin cuestionamientos, salvo muy marginales, desde los tiempos de la Ilustración Escocesa (Hume, Smith, etc.) y en menor medida de la Ilustración Francesa. Desde entonces, el estado de “perfección” anhelado es aquel signado por el constante aumento del nivel de actividad económica. Todo cambia..., ¡lo único invariable parece ser esta meta! Pero cuando reflexionamos sobre el crecimiento, implícitamente estamos ingresando en la mayor de las fronteras y la más peligrosa: el futuro. Todo lo que pensemos sobre el futuro finalmente es enigmático y bordea la ciencia ficción. Hoy, dado nuestras potencialidades desde la IA y la expectativa de la singularidad tecnológica, el éxito de lograr el crecimiento es también la posibilidad de la presencia de lo más temido por la humanidad: la extinción como especie.

Una abrumadora mayoría de los economistas y los políticos cree que la expansión ilimitada de la economía no sólo es posible sino también deseable..., y ni hablemos del común de la gente. Los líderes políticos recomiendan el crecimiento como la respuesta al desempleo, la pobreza, las crisis fiscales y otras muchas calamidades sociales. Cuestionar la conveniencia del crecimiento económico parece casi una blasfemia, tal es el arraigo con que se encuentra en la conciencia popular. Sin duda que es un tema controversial. “*Una de las pocas cosas en las que coinciden los políticos es que necesitamos más crecimiento económico. (...). Sin embargo, rara vez nos paramos a preguntarnos (...), si es algo bueno.(...).* En efecto, puede que sea una de nuestras ideas máspreciadas, pero también se está convirtiendo en una de las más peligrosas.” (Susskind, 2024). Algún colega muy próximo argumentó, en circunstancia de un Seminario, que criticar el objetivo de crecimiento *no es técnico pues implica un juicio de valor*. Pero tal sentencia encierra un error de apreciación ¿es que acaso el promoverlo no implica un juicio de valor? ¿es que, por ventura, no es un juicio de valor definir la función objetivo de cualquier modelo?

En otras palabras, la idea hegemónica es impulsar el crecimiento..., y sin discusión alguna. Ni siquiera las agrupaciones activistas cuestionan lo fundamental de esta filosofía de vida. La mayoría de quienes hacemos economía nos hemos formado en el supuesto de que el crecimiento es inevitable y sensato *en todas las circunstancias*. Se supone que debemos participar de esa idea sin cuestionarla. Si se nos permite, en cierta analogía con el debatido *fetichismo de la mercancía*, podríamos hablar de la presencia de un “*fetichismo del crecimiento*”, atribuyéndole capacidades casi mágicas, sin percibir los “daños” o costos que están detrás del fenómeno: como si la mejora en la calidad de vida fuera inherente al crecimiento. Esto es, que éste tendría sólo beneficios, sin costos mayores.

No obstante, nosotros humildemente no compartimos esa idea, y pensamos que sí debe cuestionarse. Ese es el objetivo de estas páginas. No vamos a desarrollar aquí los aspectos benéficos de un proceso de crecimiento, que están suficientemente difundidos y son los más visibles, sino que enfatizaremos las aristas negativas del proceso..., que son muchas. Como antecedente, muchos pensadores han puesto en entredicho de un modo u otro la perspectiva del crecimiento por encima de todo..., incluso antes de la Revolución Industrial, pero sus voces han sido acalladas y son mirados, sobre ese particular, como verdaderos chiflados.

Keynes mismo, para citar a un “referente” de la disciplina, se preguntaba, desde una visión ética, que si el crecimiento es un medio para conseguir un fin ¿Cuál es éste? ¿Cuánto

crecimiento es bastante? (Skidelsky, 2009). Dentro de esa visión cuestionadora, Keynes apunta en el obituario a Marshall que para el economista ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar fuera de su consideración para interpretar correctamente los procesos económicos “*con vistas al futuro*”; y ya entonces, hace una centuria, se quejaba de que la nueva perspectiva de la economía se alejaba de esta visión *abarcadora*.

Vamos a cuestionar el crecimiento como objetivo absoluto (al menos con los resultados hasta hoy, en la tercera década del siglo XXI), intentando rebatir las 3 causas que habitualmente se aducen en respaldo de un crecimiento con efectos netos positivos pues: (a) mejora la calidad de vida; (b) contribuye a la igualdad; (c) no cuenta con restricciones materiales o ambientales. Entonces, y a contramano de lo “establecido” habitualmente, **debatiremos el crecimiento como meta, cuestionándolo desde tres ángulos** en la siguiente secuencia. *Primero*, se debatirá el tema, poniendo en entredicho la supuesta **relación directa entre crecimiento y mejora en la calidad de vida** (Acápites III). *Luego*, tocaremos la **posibilidad de crecimiento sin límite** (Acápites IV y V); y el **efecto neto del crecimiento sobre la desigualdad** (y la pobreza relativa) (Acápites VI). A continuación, en el Acápites VII, se hace **una rápida revisión del concepto de progreso y de algunos de los críticos del crecimiento** (desde Platón) y remarcamos la necesidad de **retomar el debate sobre esta meta de la sociedad** (y de la disciplina). Se sigue con una crítica a **la sociedad de consumo como causa y consecuencia del crecimiento** (Acápites VIII). *Cerrando el trabajo*, tocamos la controversia sobre el **estado estacionario** (Acápites IX). Concluimos con las siempre presentes “*Consideraciones Finales*” (Acápites X).

Parte de nuestra hipótesis recuerda la *paradoja de Easterlin* (en “*Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence*”, 1974), en donde se pregunta si verdaderamente el crecimiento mejora la suerte del hombre. En cierto modo, coincide en un punto: no hay causalidad segura de mayores niveles de ingreso hacia mayores niveles de “felicidad”. Easterlin aportaba pruebas que luego han sido cuestionadas (¹).

Cabe señalar que nuestro análisis y su hipótesis central tienen varios contactos fronterizos con la llamada “economía de la felicidad” y la “economía ecológica”, si bien lo he desarrollado por fuera de su marco teórico, en lo que entiendo como una diferencia de enfoque, principalmente metodológico. En la economía de la felicidad, según interpreto, se piensa en la *felicidad subjetiva* (de los individuos, en una visión más *benthamista*) (²), mientras aquí estamos hipotetizando sobre “*sujetos*”, *como miembros de grupos* y su estado de satisfacción socio-personal (que denominaremos *calidad de vida*). Es pues *un concepto relacional*, que trasciende la felicidad subjetiva, *sin dejar de abarcarla* (³) (es pues, en este sentido, una mirada más

¹ Cuestionamientos por ejemplo en Ruut Veenhoven y Michael Hagerty, *Wealth and happiness revisited: growing wealth of nations does go with greater happiness*, 2003, en donde se defiende que no hay paradoja pues encuentran datos que sostienen que los “países” se vuelven más felices a medida que mayor es su ingreso. Sin embargo, **Daniel Cohen**, a lo largo de su libro “*Homo Economicus, prophète (égaré) des temps nouveaux*”, Albin Michel, Paris (2012), apuntando a una mirada crítica al modelo del *homo economicus*, sostiene nuevamente la paradoja. Presenta una conclusión negativa sobre la relación entre crecimiento económico y felicidad: el crecimiento per se no garantiza mayor felicidad. De hecho, en muchos casos, puede incluso contribuir a su estancamiento o deterioro. En el capítulo 4 del libro, revisa la relación entre crecimiento y felicidad basándose en el caso de China, que es un ejemplo central de su argumento: las encuestas de felicidad muestran que la satisfacción de los chinos con sus vidas no ha mejorado, e incluso ha disminuido en algunas áreas. Su tesis central es que el modelo del *homo economicus* ha fallado en su promesa de traer la felicidad. Ha creado una sociedad de individuos ansiosos, inseguros e insatisfechos, a pesar de la abundancia material

² Cabe apuntar, adelantándonos a alguna crítica, que las raíces utilitaristas en *economía* son anteriores a Bentham. Se encuentran en Hume, y más atrás aún: la idea de perseguir la felicidad material como norte resulta evidente en gran parte de la literatura incluso de la Corriente Mercantilista.

³ Sin embargo, es de destacar que en el Índice Global de Felicidad, publicado por la ONU, se puntúan dos conceptos “relacionales”: apoyo social y generosidad. Sin embargo, desde el ángulo en que pretendemos avanzar, ese índice es

sociológica y no del individualismo metodológico tan propio de los economistas)⁽⁴⁾. En Bruni y Porta, 2007, se utiliza el concepto de “felicidad” y se señala que éste tiene dos vertientes: la de **tipo subjetivo e individualista**, de origen en Bentham (y que es la “meta”, la habitual función objetivo, en la economía de la Corriente Principal); y la de **tipo objetivo y relacional**, que se remonta a Aristóteles. Nosotros aquí nos inclinamos por una “felicidad relacional”, pero extendiendo en cierto modo más aún el concepto hacia aquella *eudaimonía aristotélica*, en la cual la inserción social era central: la pertenencia a la *polis* definía al hombre de aquellos siglos, con una proyección sin horizonte temporal⁽⁵⁾.

También tiene una intersección con la economía ecologista (más que con la economía ambiental), en el sentido que considera el daño al medio ambiente que generamos con la actividad humana y la necesidad impostergable de un cambio “cultural” para salvar el entorno y sobrevivir. Lo que es claramente tangente con la marginada línea de la teoría del “decrecimiento”. Todos estos aspectos están contemplados en los Acápites IV, V y VIII.

En resumen, la tesis central que defendemos en este trabajo, desglosada para su mejor comprensión, sostiene:

- El crecimiento económico perenne es insostenible
- E incluso es “dañino”, en lo material (*ambiental*) y en lo social (*por desigualdad creciente o pobreza relativa*; aunque debe resaltarse, *una menor pobreza absoluta*)
- Sin lograr alcanzar, con certeza, la meta implícitamente pretendida de una “mejora en la existencia” humana (*o “calidad de vida”*).
- Por tanto, se propone la conveniencia de un “*estado estacionario selectivo*”, bajo el paraguas de fondo de respetar un *estado estacionario global*.

ESTADO ESTACIONARIO

En una economía en “estado estacionario” (esto es, *sin crecimiento*) puede darse la *innovación*, que a su vez llevaría al “desarrollo”. De modo habitual, este estado estacionario se conecta a una demografía estancada y a un nivel de consumo reducido. Desde el ángulo medioambiental una economía en *estado estacionario* se mantiene dentro de los límites ecológicos naturales.

altamente cuestionable, por lo menos en lo cuantitativo. Hablemos por ejemplo de la “variable” GENEROSIDAD, que se encuentra contemplada. Los países nórdicos Noruega, Suecia y Dinamarca figuran bastante alto en esta arista (rondando la ubicación 22, 23 y 24); sin embargo, si algo falta en Suecia es precisamente la “generosidad”. Se lo hemos escuchado apuntar hace unos 30 años, personalmente y si no falla la memoria, en Conferencia en la UNC, a Vito Tanzi; pero es posible recurrir a comentarios más recientes. Un artículo de Luis Suárez Mariño en su blog (27/4/2017) señalaba que: “*desde que Olaf Palme fijara como uno de los objetivos nacionales a largo plazo despojar a las relaciones familiares de cualquier relación de dependencia económica, y en un manifiesto titulado “La familia del futuro: una política socialista para la familia” estableciera que «toda relación humana verdadera se tiene que sustentar en el principio de independencia entre las personas»(...) (transcurrido) casi medio siglo desde entonces, la situación parece ser la de una sociedad que, habiendo logrado la autosuficiencia de la mayoría de sus individuos, muestra síntomas de esquizofrenia, porque aun cuando el bienestar social, que ya existía en Suecia en los 70, se ha mantenido, la falta de vínculos afectivos han tornado el individualismo, propiciado desde la política, en soledad. Hoy, en Suecia, la mitad de su población vive sola y el 25% de la gente muere en la más absoluta soledad, sin que nadie reclame su cuerpo, ni sus bienes.*”. Nos preguntamos **¿Se puede llamar a una situación tal un marco “generoso”?**

⁴ Agudamente nos han recordado la desconfianza del Premio Nobel Von Hayek respecto a la realidad de los “agregados”..., y aunque comportamos parcialmente esa desconfianza, aceptar de pleno la idea *hayekiana* implicaría negar buena parte de la teoría sociológica.

⁵ En todo caso, estamos trabajando una aproximación ahistórica al concepto de felicidad. Una aproximación primitiva, casi tosca. Bajo el término felicidad se han entendido cosas muy diferentes a lo largo de la historia: desde el ideal de la vida virtuosa, propugnada por los estoicos, pasando por la beatitud contemplativa y generosa de un cristianismo de hermandad hasta la actual mirada enfocada en una mera felicidad hedonista, tan contemporánea, emergida con enorme fuerza desde la Ilustración del siglo XVIII. Para una perspectiva de ubicación histórica acabada es conveniente recurrir a D. M. McMahon, 2006, *Una historia de la Felicidad*, Taurus, Madrid

Los cuestionamientos aquí esbozados y la propuesta desprendida, sin lugar a dudas, necesitan un condicionamiento social para ser aceptados. Desdichadamente dependen, para ser siquiera escuchados o debatidos, de que sean provechosos para los intereses políticos, económicos, ideológicos o culturales del momento... y no creo que hoy lo sean, salvo en contados ambientes y con muy particulares intereses político-ideológicos. Por otro lado, no contamos con un modelo formal, sino que solamente aplicamos el método *discursivo (resolutivo-compositivo)*. Por desdicha, nuestras limitaciones nos impiden llegar más allá. Si se nos permite la analogía, esta es una especie de presentación de “arte conceptual”, y no una forma de “arte convencional” (el cual se ajusta a las formas, materiales, modelo, etc. tradicionales).

II. INGRESO AL DEBATE

“El crecimiento económico infinito (...) se ha vuelto una especie de religión secular que todos comparten”

A. Leonnard

“La vida sólo se puede entender mirando hacia atrás, pero se debe vivir mirando hacia delante”

S. Kierkegaard

Los debates sobre los efectos del crecimiento y sus “bondades” se centran hoy en los caminos que hacen a su presencia y las formas de potenciarlo. Se habla de las doctrinas de los “círculos viciosos” (o “barreras particulares”), así como de los obstáculos de expansión (p.ej. falta de incentivos para invertir, déficit de infraestructura, carencias de capital por ahorro insuficiente, crecimiento demográfico excesivo). Por otro lado, se afinan las teorías que apuntan hacia los necesarios “estímulos para el crecimiento”. Se habla a este respecto de los argumentos de la Escuela Clásica, la línea marxista, la Escuela Neoclásica, el fenómeno de la convergencia (Barro, Sala-i-Martin) el crecimiento equilibrado (Rosenstein-Rodan, Nurkse) *versus* el crecimiento desequilibrado (Hirschman, Scitovsky, Schumpeter), etc. **Pero hoy la idea misma del crecimiento en sí, no se cuestiona** (salvo en algunos pocos ambientes ecologistas..., y por supuesto no en todos).

Sin embargo, por el contrario, hace tres décadas, **en los años '70 y '80, se polemizaba sobre la conveniencia del propio crecimiento**. Nombres destacados no faltaron, entre ellos Julio H. Olivera y Kenneth Boulding.

En su contribución al debate, **el Profesor Olivera** distinguía entre los fenómenos de *crecimiento, desarrollo y progreso*. Según sus palabras, “*el fenómeno de estructura más sencillo es el crecimiento económico, que sólo consiste en el aumento del producto real (...). El desarrollo económico significa algo más pues denota una utilización cada vez mayor de la potencialidad productiva (...). El progreso económico (...) entraña un juicio de valor: es el tránsito de un estado de la economía a otro que se juzga más satisfactorio, el avance en una dirección que se considera positiva*” (Olivera, J., 1971).

Como aclaración terminológica, no trabajaremos bajo las definiciones antedichas del profesor Olivera. Aquí trataremos el *crecimiento* y el “*progreso económico*”, pero a este “progreso económico” lo llamaremos *desarrollo* (por ser más acorde al vocabulario habitualmente consensuado); y reservaremos el concepto de *progreso (a secas)* para el “cambio

tecnológico positivo” y no dañino⁽⁶⁾ (como podrían ser los adelantos o mejoras en el campo de la salud)⁽⁷⁾.

Pero si bien, hace décadas, muchos de los más conocidos economistas tenían algo que decir sobre el tema, hoy *“la concepción amplia del progreso económico se ha debilitado”* (Olivera, 1971). Ya nos decía el Profesor Olivera en 1971, con tono crítico que: *“Al menos esto es así entre los economistas profesionales. Es posible que haya contribuido (...) a ello el desenvolvimiento de la economía como ciencia positiva. La ciencia económica sólo examina un aspecto de la conducta, el derivado de la escasez (...). sería absurdo pedir (...) que explicara todas las variadas manifestaciones de la actividad humana. La abstracción es necesaria al método científico. Pero (...) este hecho puede originar en el economista una tendencia a subestimar las otras dimensiones de la conducta (...), tal subestimación no sólo es condenable en sí, sino que fue reprobada explícitamente por los iniciadores del método económico moderno”*.

También **K. Boulding** criticó ese afán meramente economicista, ya que para él, como nos señala A. Rapoport, *“la ciencia no es una aglomeración de hechos o técnicas, sino una búsqueda de la sabiduría”*⁽⁸⁾. Y aportó elementos que aquí rescatamos, hablando de una *“cowboy economy”* (el modelo que hoy predomina, y que censuraba) y su opuesta, la *“spaceman economy”* (que proponía como una salida salvadora, de acuerdo con la idea de una *“Spaceship Earth”* con recursos finitos y muy frágiles mecanismos biológicos de sustento)

III. CRECIMIENTO Y CALIDAD DE VIDA

“Peor que ver una realidad oscura es no verla”

Antonio Machado

Partiremos de la idea de que el crecimiento conduce a un mayor nivel de vida (medido por el ingreso por habitante). Sucede que los hechos nos revelan claramente que el crecimiento no es sinónimo de “desarrollo” (o “progreso económico”) ni de “progreso” (a secas), en el sentido que damos aquí a esos conceptos siguiendo el lenguaje ya antes señalado. Acontece que el “desarrollo” está constituido también por elementos no materiales, que rebasan largamente al mero consumo. En él se enfatizan otros valores no materiales, elementos intangibles: espirituales, culturales, y hasta el mismo ocio. **Con “desarrollo” estamos entonces hablando de un concepto que excede al crecimiento económico.** Lo supera. Implica una mejora en el nivel de ingreso promedio, pero también en la distribución del ingreso, además de una

⁶ Nadie podría dudar, en Argentina, de que la promulgación de la ley 11640 (llamada de *sábado inglés*), el 7 de octubre de 1932, fue *un progreso*. El descubrimiento de la vacuna contra la poliomielitis ha sido un indudable *progreso*, pero es muy discutible que lo sea la invención del horno de microondas (cuyos efectos finales de largo plazo sobre el organismo de quienes están expuestos, en realidad, hoy desconocemos).

⁷ Abandonamos así el ideal victoriano de progreso en el sentido multidimensional y siempre “positivo”, un concepto que es tradición desde el siglo XVIII y XIX. En Pollard (1968), se lee: *“existe la creencia de un patrón de cambio en la historia (...) conformada por variaciones orientadas en un mismo sentido, y ese sentido siempre se encamina a lo mejor”* (citado en Wright, 2004, Cap.I). La mirada de un futuro siempre mejor, de optimismo ciego, es muy sajona; y está tan arraigada que se refleja en el idioma inglés. Por ejemplo, se dice *“to go wrong”* pero *“to come right”*. Muchas acepciones con el verbo *to go* suman un adjetivo de connotación negativa. Si la comida se deteriora, se expresa con: *“it has gone bad, it has gone rotten, bread goes stale*. Mientras que *to come* tiende a utilizarse en expresiones positivas, como el mencionado *“come right”* o *“my dreams come true, my luck is come good”*. ¡En el futuro está lo mejor... lo peor, lo malo, ya pasó! La lengua *espeja* nuestra cosmovisión.

⁸ Olivera en Argentina y Boulding en Estados Unidos, presidieron las asociaciones respectivas de economistas. ¿serían hoy elegidos? La tendencia va en dirección a *muy buenos técnicos* en economía más que a *pensadores sociales*, o intelectuales, en sentido amplio. Ha cambiado el paradigma disciplinal.

modificación beneficiosa de las estructuras sociales. Sería, si se quiere, crecer pero “cualitativamente” y de modo “*bien entendido*”.

En este ensayo introduciremos un concepto adicional: la **calidad de vida socio-personal**. La calidad de vida socio-personal incluye la calidad de vida social (*desarrollo*) y va más allá, pues puede haber *desarrollo* y sin embargo la calidad de vida de la persona, *inserta en la “comunidad”*, disminuir por una serie de factores, tales como congestión, anomia, masificación, mayores exigencias de competitividad, stress, etc.⁽⁹⁾ Sería pues una idea del **bienestar social de la persona**⁽¹⁰⁾. Para no confundir términos, **en adelante al hablar de calidad de vida** o de *bienestar a secas*, **estaremos aludiendo a la calidad de vida socio-personal** (reiteremos que reservamos, como se dijo líneas arriba, “*progreso*” para aludir al “*cambio tecnológico positivo*”)

Hechas estas aclaraciones terminológicas, diremos que si nos atenemos a los esquemas de análisis económico habituales podemos decir que la sociedad evalúa los beneficios sociales del crecimiento y los enfrenta a los costos sociales del mismo. Tal como se los mira, pareciera que los primeros superan a los segundos. Pero acontece que allí se presentan dos problemas: **un problema de estimación y otro de ponderación** (Boulding, 1974)⁽¹¹⁾. La sociedad “**estima**” unos y otros según la información disponible y su capacidad de percepción, que por razones comprensibles es de corto plazo. A su vez, la “**ponderación**” de cada uno de los elementos que conforman beneficios y costos, y que han sido “estimados”, **opera en función de la escala de valores predominantes en nuestra cultura del “consumo”** (hedonista, individualista, utilitaria). En definitiva, para evaluar el crecimiento existen **problemas de estimación** de cada componente (precios relativos) y **de ponderación** de los mismos (peso de cada componente en una canasta de producción). Bajo tal esquema de valores, y estimando los “datos” que se quieren considerar, **los beneficios sociales del crecimiento económico, según parece, superan a los costos sociales del mismo**. Todos los pueblos presentan en su cultura **rasgos económicos**. Es decir, que las actividades económicas de sus miembros provienen de un proceder cultural. Esto es, la cultura conforma las actividades económicas (producción, distribución y consumo). Dicho en otras palabras, **la economía no es sino una manifestación cultural**; y por tanto, lo es la forma de **ponderar** beneficios y costos..., y, como apuntamos, hay problemas.

Para evaluar el crecimiento, una rápida mensura del nivel de vida, más sofisticado que la mera perspectiva del hombre común, resulta ser el nivel del ingreso por habitante⁽¹²⁾. Si bien es sólo una media; y con claros problemas, ya que a menudo no capta los cambios cualitativos, incluso de los mismos bienes materiales y servicios. Pero además de estos defectos de estimación por precios relativos (y también ponderación), el producto medido por habitante **solo contempla “bienes”** (abarcando con este vocablo entre comillas bienes finales y servicios) y **excluye los “males” del proceso de producción**⁽¹³⁾.

⁹ A falta de mejor vocablo, como dijimos, llamaremos a este concepto *calidad de vida socio-personal* (o *bienestar a secas*)

¹⁰ Desde ya que estos conceptos han sido largamente debatidos por los “pensadores sociales” más que por los economistas (que han seguido, en general, el utilitarismo de Bentham). Sen (1993), en Amartya Sen y Martha Nussbaum (1993), se discute el tema, pero creo que Sen se equivoca en la aproximación al decir que una persona explotada no puede “estar realmente bien”, aunque esté satisfecha con su suerte. Falla en la aproximación pues si alguien está objetivamente explotado pero es “feliz” por causales culturales, estará en mejor condición que aquel que no es objetivamente explotado pero está insatisfecho por razones culturales. Precisamente el hombre de hoy, en los países desarrollados vive en constante insatisfacción por las exigencias de la sociedad de consumo..., pero debatir esto sería otro artículo, aunque algo deslizaremos en nuestro acápite de crítica a la sociedad de consumo.

¹¹ Boulding, K., 1974; *Calidad de vida y opulencia económica*, en Clarke *et al*, 1977, pags.119 y 122.

¹² Como sostuviera Smith, el hombre tiende “*a mejorar su propia condición*”. Es decir, incrementar su “bienestar material”: el ingreso per capita puede tomarse a priori como una aceptable variable *proxy*

¹³ El ansia de crecimiento instalada en la sociedad **puede ser tan perversa** que a una economía para contar con un buen índice de actividad **le convendrá tener un gran número de actividades contaminantes**, que den lugar

Atentos a esta realidad, ya en los setenta, **W. Nordhaus** y **J. Tobin** en un coloquio del NBER, en Nueva York, plantearon una medida alternativa de bienestar **que excluyera** de la medición convencional **los gastos que llaman “lamentables”** (como los de defensa y seguridad), **restara las innegables incomodidades del mundo moderno** (como la congestión, y el daño ambiental); y **sumara**, en cambio, **los valores atribuidos al mayor ocio**. Con esa propuesta de medida, el llamado **“bienestar económico por habitante”**, Nordhaus y Tobin calcularon que la mejora entre 1929-1965, había sido sólo del 1,1% anual en EE.UU. ..., mientras el PNN per cápita convencional había crecido alrededor del 1,7% anual. Es decir, la “calidad de vida” por ellos medida, antes del “boom” de los años noventa, creció sólo al 60% de la medida tradicional. Pero pese a todo la “calidad general de vida” habría aumentado. **¿De calcular con mediciones más ajustadas** y contemplando otros conceptos excluidos en la suya, y abarcando hasta hoy, **qué resultado obtendríamos?** ¿Habría crecido *la calidad de vida*?⁽¹⁴⁾. Con posterioridad a la propuesta de Nordhaus y Tobin se ha llegado a hablar del Indicador de Progreso Genuino (IPG) que excluiría los gastos lamentables (incluyendo en ellos los destinados a mitigar los daños al medio ambiente, a la protección contra la delincuencia, etc.) y se restarían las pérdidas por destrucción de recursos naturales. Las estimaciones de este indicador para EE.UU. muestran hasta 1995 una tendencia del IPG decreciente y no creciente como el PBI.

ES UN DESAFÍO

Estamos desafiando el paradigma vigente, que se sostiene en la idea de que el crecimiento aumenta nuestra calidad de vida. Esto deriva de un sencillo silogismo, con dos premisas y conclusión (S es M; M es P; por ende, S es P). PREMISA MAYOR: El crecimiento es un proceso que conlleva aumento en el ingreso por habitante. PREMISA MENOR: El aumento en el ingreso por habitante implica mejor calidad de vida. POR TANTO: el crecimiento implica mejor calidad de vida. Pero los hechos de las últimas décadas cuestionan esa idea, al menos en cuanto a su sempiterna presencia. Aquí pretendemos desafiar ese paradigma sosteniendo que ese pronóstico se cumple PERO sólo en un entorno de *ciertas dimensiones*, para luego producirse una evolución contraria a lo pretendido como objetivo (o pronosticado por la teoría).

Eso significa que bien pueden encontrarse eventos que no coinciden con aquellos pronósticos que nos vienen de la Escuela Clásica ortodoxa, de la Escuela Clásica heterodoxa (como Marx) y de la Escuela Neoclásica. Es decir que la presencia de este pronóstico está sujeta a larga controversia. O bien, la conclusión está directamente falsada. Podemos decir que una de las premisas, o ambas, debe ser falsa. **Aquí postulamos que la segunda es falsa** (al menos en toda su trayectoria temporal).

Si se quiere nos estamos acercando a la ambiciosa pretensión típicamente *khuniana*: **cuestionar lo prevaleciente en un intento de “cambio de paradigma”**. Aunque esto, con sinceridad, es algo ya dicho. Por ejemplo, en *Dictionary of Economics*, Ed. Rutherford, London and New York, 1992, ya se lee, en la entrada del vocablo **“economic growth”**: *“Ecologist and others concerned about the scarcity of natural resources have advocated zero economic growth rates as appropriate for the late twentieth century but as early as J. Stuart Mill (in his Principles of Political Economy, Book IV, ch. 6), extolled the benefits of an economy in a stationary state”*.

Señala Wilkinson & Pickett (2009, pag.22) que *“El contraste entre el éxito material y el fracaso social (...) sugiere que para lograr mejoras en la calidad real de vida, tenemos que alejarnos de los estándares materiales y de crecimiento económicos actuales”*. En cierto modo, esto también ha sido tratado en Cohen (2012), que ya mencionamos, así como en Cohen (2015)

obligatoriamente a actividades complementarias de corrección ambiental, ya que *todo es producto y con efectos macro multiplicadores*.

¹⁴ Como dijimos con “desarrollo” estamos hablando de una “calidad de vida” que excede al mero crecimiento económico. **Calidad de vida social y desarrollo serían ideas similares**, próximas. Pero en particular, como adelantamos, apuntaremos a calidad de vida socio-personal y usaremos este último concepto de *calidad de vida* por resultar si se quiere, *más abarcador*, y especialmente *de carácter más intuitivo* para cualquier lector no economista.

LA FAMOSA PARADOJA

Lo dicho por Wilkinson & Pickett (2009) se conecta a la *paradoja de Easterlin* (ver nota al pie, páginas anteriores), que puede resumirse diciendo que no hay evidencia científica que avale que los aumentos en el PBI p.c. torne a la gente más dichosa. ¿Cómo se explica que haya un cierto umbral a partir del cual mayores niveles de ingreso no conduzcan a una mayor dicha? ¿Cómo países ostensiblemente menos prósperos, por ejemplo, Filipinas, muestre un mayor porcentaje de población que se declara “feliz” que en EE.UU o los países europeos? **¿Cómo se explica esta paradoja?** Nuestra hipótesis es que **se explica porque en esos países prósperos se está transitando una “etapa” en la cual el aumento en el ingreso por habitante tiene efectos negativos sobre la calidad de vida** (y esta pérdida de calidad de vida, afecta la percepción subjetiva que llaman felicidad).

La relación entre “bienestar” y nivel de vida está bien lejos de ser directa. La “calidad de vida” (CV), entendiendo por tal un estado completo de bienestar, **no siempre aumenta con el “nivel de vida” (NV)**, medido por el ingreso promedio por habitante⁽¹⁵⁾. Es decir, que atacamos el concepto lineal de la evolución de la calidad de vida a medida que se da el crecimiento en el nivel de ingreso por habitante. Sin duda que las funciones de los procesos reales no suelen presentar su máximo en el infinito, y bien puede hipotetizarse que la función que vincula calidad y nivel de vida responde a una forma cuadrática de “U” invertida. La forma de la curva responde, si se quiere, al extendido y tradicional concepto de los rendimientos decrecientes. Recordemos que una representación tal se formaliza con:

$$CV = \alpha + \beta NV + \chi NV^2 \quad (\text{desde ya, con un valor de } \beta < 0)$$

Podemos ensayar una presentación intuitiva de nuestra tesitura con el auxilio de una gráfica de coordenadas, en un eje “calidad de vida” y en otro “nivel de vida” (Gráfico I). En esta dualidad, bien puede verse un lejano eco de las oposiciones dentro del utilitarismo del siglo XIX: Bentham privilegiaba la cantidad de satisfacción (nivel de vida) mientras J. Stuart Mill valoraba la calidad en la satisfacción (calidad de vida). Es decir, que podría distinguirse un utilitarismo cuantitativo (en Bentham, Ricardo o James Mill) y un utilitarismo cualitativo (en J. Stuart Mill). Una sociedad (mundo, país, región o ciudad) puede encontrarse **en su tramo ascendente o en su tramo descendente**. Puede hablarse de una “paradoja del crecimiento”. Por otro lado, la ubicación de la curva en el espacio CV/NV dependerá de múltiples factores (densidad de tráfico, congestión de servicios, hacinamiento habitacional, entorno natural, valores culturales, etc.). Es bastante probable que, digamos sólo a modo de ejemplo, la ciudad de Buenos Aires (y su gran Conurbano) o de Córdoba en Argentina (mi tierra) se encuentren en la rama descendente, mientras que otras zonas económicas con bajo nivel de actividad comparada o relativa, como las ciudades de Jujuy, Formosa, Resistencia o Posadas⁽¹⁶⁾ se ubiquen en su tramo ascendente (Gráfico I). Si aplicamos la cláusula “*ceteris paribus*”, desde ya que a mayor ingreso per capita habrá mayor “satisfacción” (social e individual) ⁽¹⁷⁾.

Para una *semiplena prueba* de esta postulación, podemos valernos de datos utilizados en Layard, 2005 (reproducidos a su vez en Ansa Eceiza, 2008). Allí se observa, aunque trabajando

¹⁵ Para ser más estrictos, podríamos considerar la “calidad de vida” como un vector de elementos diversos (nivel patrimonial, nivel social, ocio disponible, presión social, conflicto social, situación personal, competitividad social, nivel de ingreso, nivel de consumo, entorno ambiental, nivel de desigualdad, tasa de crecimiento del nivel de ingreso y/o del nivel de consumo, etc.). Presumiblemente quien tenga un buen nivel patrimonial dé menor importancia relativa al nivel de ingreso o a las desigualdades sociales. Es muy posible que quienes vivan en un entorno ambiental reconfortante den menor relevancia al nivel de consumo (ver más adelante Recuadro dentro del texto)

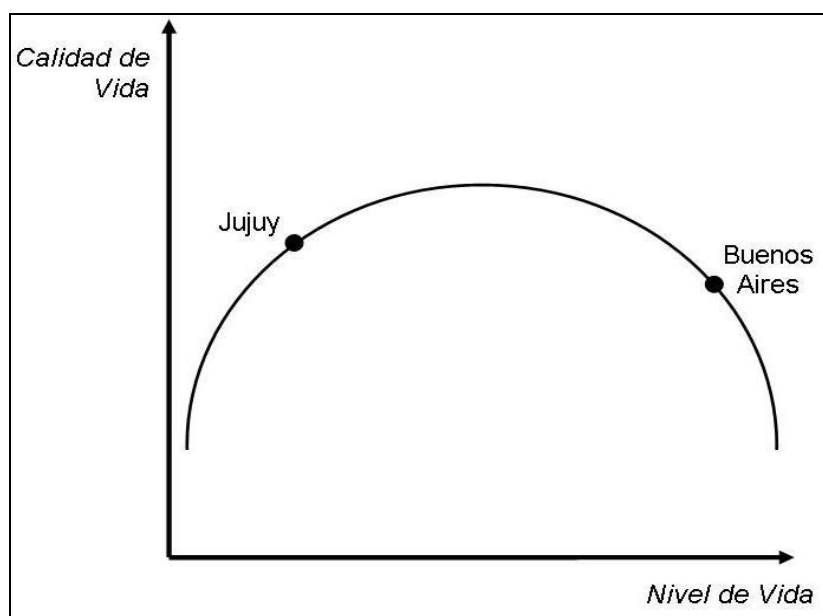
¹⁶ Con Buenos Aires pretendemos ejemplificar áreas de alto nivel de ingreso y con Jujuy, Formosa o Resistencia, áreas de un comparativamente menor nivel de vida.

¹⁷ Pero si al subir el ingreso cambian precisamente por ese hecho otras variables, entonces salimos de la cláusula protectora “*ceteris paribus*” y bien puede descender la “satisfacción” (calidad de vida).

con esquemas de la *economía de la felicidad*¹⁸, que Alemania tiene el mismo nivel de felicidad que Nigeria, con un ingreso por habitante setenta veces superior. Se impone la pregunta ¿qué ha perdido Alemania para llegar allí, y sus habitantes extrañan? Rusia tiene un ingreso per capita el doble de Indonesia, tres veces el de Vietnam y cinco veces el de Nigeria, pero un nivel de “felicidad” que es la mitad de estos países. Italia, Japón o Corea del Sur tienen niveles de ingreso muy superiores a Colombia o México, y sin embargo niveles de satisfacción inferiores.

Galbraith, en *“The Affluent Society”* (1958), sostenía que la realidad que domina en las naciones industrializadas es la abundancia, y dado esto *“la sabiduría convencional [de la economía como disciplina] surgida de la escasez (...) resulta inadecuada (...)”*; y agrega que la atención continúa, equivocadamente, dirigiéndose a los problemas de la producción y la productividad (en otras palabras al crecimiento) según la “sabiduría convencional” (que fue, construida para un mundo donde predominaban las carencias). En otras palabras, según nuestra interpretación gráfica, **lo que es válido para el tramo ascendente de la gráfica** (que sería la sabiduría convencional) **no lo es para el tramo descendente**.

Gráfica I



Si vamos a los símiles biológicos, hay que recordar que todos los sistemas naturales tienden a optimizar su rendimiento, pero **existe un punto de inflexión a partir del cual lo que era bueno se convierte en un exceso dañino**. Esto es bien claro para la alimentación, cuando la nutrición se plasma en obesidad, o en el cultivo intensivo que conduce a la desertización.

“Es una paradoja notable que, en la cima de los logros materiales y tecnológicos, a muchos nos devore la ansiedad, y seamos tan proclives a la depresión”. Con estas palabras se inicia el capítulo 1 de Wilkinson & Pickett (2009). Luego en el texto continúan, *“(...) el lujo y el derroche (...) son tales que amenazan la integridad del planeta”*(...). *“El crecimiento económico, durante tanto tiempo motor del progreso, ha cumplido en gran medida su función en los países ricos.”*

¹⁸ Que, entendemos, difiere conceptualmente de lo que aquí postulamos (ver nota al pie N° 1 y 2). Por eso hablamos de una “semiplena prueba”

Allí, plantean una gráfica, la 1.1, en la cual muestran que a medida que mayor es el ingreso por habitante en los distintos países la relación entre “crecimiento y esperanza de vida se debilita”. Digamos que ese vínculo se “ameseta”. Llega a una cima plana. Y agregan, una gráfica 1.2 que vincula ingreso y percepción de felicidad: “*Al igual que sucede con la salud, el grado de felicidad de las personas aumenta en las primeras fases del crecimiento y luego se estanca, (...) en los países ricos de forma más o menos paralela a la esperanza de vida*”. Y esto no surge solamente de un análisis de sección transversal entre países, sino del seguimiento en el caso de algunos de ellos, para los cuáles hay series de datos. “*En algunos países, como Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña, es posible examinar los cambios en los niveles de felicidad durante períodos prolongados (...). Y los datos muestran que (...) la felicidad no ha aumentado (...). Los investigadores han observado lo mismo empleando otros indicadores de bienestar*”.

Y agregan, “*En los países más pobres el crecimiento económico continúa siendo muy importante (...). Del aumento (...) de vida material resultan mejoras sustanciales, en los indicadores objetivos como la esperanza de vida, o en los subjetivos, como la felicidad. Pero conforme los países pasan a (...) prósperos, el aumento en el ingreso medio va perdiendo importancia*”. Y rematan diciendo: “*Las pruebas confirman que las curvas de las gráficas 1.1 y 1.2 mencionadas se estabilizan porque los países han alcanzado un umbral de (...) vida material a partir del cual los beneficios del crecimiento económico son menos evidentes*”

Por su lado y mucho antes, J. K. Galbraith a lo largo de su obra fue madurando **una crítica a la teoría económica de la Corriente Principal debido a la preocupación de ésta por el crecimiento**, sin contemplar sus facetas negativas. Acusó a las sociedades “avanzadas” de producir cosas inservibles o superfluas sólo para mantener ese crecimiento (e incluso potenciar su tasa, lo que es conveniente, e incluso imprescindible, para la dinámica del sistema, nos decía).

Sin dudar, los logros o aspectos positivos del crecimiento son innegables. Hace 200 años, nuestros antepasados vivían en condiciones de real miseria. Un ejemplo de como mejoró el nivel de vida y la *calidad de vida* es la iluminación. Antes de la electricidad (aunque ésta tampoco es inocua en cuanto a aristas negativas), el mundo era atrozmente oscuro. Una vela proporcionaba solo una centésima parte de luz que una de nuestras bombillas de 100 W. Se cocía, leía, cocinaba y conversaba en una semipenumbra (aunque, y es para resaltar, sin lamentos o sentimientos de privación por ese esfuerzo). Por las noches, en la calle, las personas debían abrirse paso casi a tientas en la oscuridad. Fue el crecimiento el fenómeno que permitió que hoy, ocho generaciones después, hayamos podido superar las enormes limitaciones en que se vivía¹⁹). En nuestro esquema, sostenemos que se ha transitado por la “rama ascendente” de nuestra “U” pero consideramos que hoy, en muchos sitios, en calidad de vida estamos en descenso. El ápice de la “U” resulta de absoluta sencillez conceptual, pero desde ya que su definición empírica no resulta de fácil aproximación.

DETERMINANTES DE LA “CALIDAD DE VIDA”

La “calidad de vida” de cada cual es un fenómeno multicausal, en el cual juegan determinantes psicológicos (Ps), biológicos personales (Bp), biológicos ambientales (Ba), sociológicos (S) y económicos (E). Nadie niega estos últimos.

En forma argumental → $CV = f(Ps, Bp, Ba, S, E)$

Sin duda que, *ceteris paribus*, cuando mayor sea el ingreso y la riqueza de un agente, mayor será su CV..., pero lo que estamos postulando es que los otros factores (p.ej. los biológicos

¹⁹ Para una perspectiva de los cambios culturales y técnicos a lo largo de los últimos cuatro siglos, es recomendable el libro de B. Bryson, *At Home*, con una prosa exquisita y una erudición notable, aunque salpicado de algunas afirmaciones peregrinas (p.ej. en cap. I, que Malthus, con su “Ensayo”, dio origen a la economía política; o en cap. III, que en el vocabulario inglés, el latín prácticamente está ausente, solo dejó “cinco palabras” (sic)..., una afirmación a todas luces errada)

ambientales y los sociológicos) se mueven (*o pueden moverse*) en sentido opuesto a los factores económicos, “anulando” sus efectos positivos, y tornando el resultado *neto* en negativo. Es decir, bajando la CV. Quienes trabajan la economía de la felicidad, como Wilkinson & Pickett (2009), han considerado que el punto de inflexión a partir del cual la curva de crecimiento de la felicidad tiende a frenarse ronda los 25.000 dólares. Pero otros, como el Nobel 2015, Angus Deaton, sostiene que ese límite, al menos en EE.UU. se encuentra en torno a 75.000 dólares.

¿QUEREMOS MÁS BIENES PARA FINALMENTE VIVIR PEOR?

Estamos pues cuestionando la visión habitual del crecimiento como valor. **¿Es que queremos más bienes para finalmente vivir peor?** En la sociedad se ha instalado la obsesión por el crecimiento: crecimiento por siempre y cuanto más mejor. **La sola reducción, no ya del “nivel de vida” sino de la mera tasa de crecimiento de ese nivel, basta para tornar en nerviosas y angustiadas** ⁽²⁰⁾ **las conductas de todos:** políticos, economistas, periodistas, etc.⁽²¹⁾. Pero estos grupos no son más que el reflejo de una conducta arraigada en nuestra sociedad: consumir más y más.

Esta tendencia y sus resultados fueron cuestionados en los años '60, '70 y primeros '80; y llegó a ser, incluso, una preocupación de la calle. Se hablaba críticamente de la bautizada “*sociedad de consumo*” y sus males..., **pero el propio consumo nos sobornó**⁽²²⁾. En la calle se fueron apagando las críticas, y las voces se acallaron en el mundo académico. Si se nos permite, en cierta analogía con el *fetichismo de la mercancía*, podríamos hablar de un “fetichismo del crecimiento”: como si la mejora en la calidad de vida fuera inherente al crecimiento.

Son reveladoras las palabras de Jared Diamond ⁽²³⁾, (2008, pag. 20/21) vinculadas a la calidad de vida. “¿No transmiten palabras como ‘civilización’ (...) la falsa impresión de que la civilización es buena (...) y la historia de los últimos 13.000 años ha supuesto progreso hacia una mayor felicidad? De hecho, ¿acaso no damos por supuesto que los estados industrializados son ‘mejores’ que las tribus de cazadores-recolectores, ni que (...) el estadio basado en el hierro represente un ‘progreso’, ni que haya conducido a un aumento de la felicidad humana? Mi impresión basada (...) en mi vida en ciudades de EE.UU. y aldeas de Nueva Guinea, es que las llamadas ‘bendiciones de la civilización’ tienen sus pros y sus contras. Por ejemplo, en comparación (...) los ciudadanos de los estados industrializados disfrutaban de asistencia médica mejor (...) y una vida más larga, pero reciben mucho menos apoyo social de amistades y familias”.

Vale la pena recordar algunos nombres (y títulos), que décadas atrás se adhirieron a ese círculo que señalaba los problemas que el crecimiento generaba (y los costos que iba dejando tras de sí), no dejándose cegar exclusivamente por sus beneficios (que sin duda también están muy presentes). Así podemos mencionar a **K.W. Kapp** con “*Social costs of bussiness enterprise*” (de 1963); **E.J. Mishan**, “*The costs of economic growth*” (de 1967, con traducción de 1971); **J. Forrester**, “*World dynamics*” (de 1967); **P. Ehrlich**, “*The population bomb*” (de 1968) y los más interesante de todos, de **Dennis Meadows et alter**, “*The limits to growth*” de 1972, y “*Toward Global Equilibrium*” de 1973. Se puede criticar alguna de esta literatura señalando que sostenían la necesidad de detener el crecimiento pero manteniendo el *status quo*; lo cual implicaría que **los países menos desarrollados no podrían ya converger** hacia los

²⁰ Estamos tentados en decir “histéricas”

²¹ Esto es comprensible desde la óptica codiciosa del *homo economicus* (el *loco racional* como lo llama A.K.Sen), ya que como postula el modelo de Samuelson del multiplicador-acelerador (de 1939), la mera reducción de la tasa de crecimiento en la demanda de bienes de consumo puede producir una recesión de magnitud (e incluso una crisis)

²² Ejemplo de la muda del mundo sociocultural: cuando comenzó a expandirse el consumo de masas (década de 1920), se hablaba de los “*los años locos*”. Es decir, nuestros abuelos veían el despegue del consumo como una locura.

²³ Fisiólogo evolutivo y biogeógrafo, Miembro de la Academia Nacional de Ciencias de USA

desarrollados. Pero el aporte importante es que en el grueso de estos trabajos, además de cuestionar al crecimiento y sus efectos “netos”, **los autores se preguntan si es posible un crecimiento sin límites**, sin medida, y a tasas crecientes, **en un mundo físico que por naturaleza es finito** (por ejemplo es lo que se plantea en aquel informe final del grupo de Meadows, en el MIT, “*The dynamics of growth in a finite world*”, de 1974). Los autores publican en 2004, otro trabajo (*Limits to Growth: the 30-Year Update*, D. Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows) que, aunque algo contradictorio en su argumentación, señalan ser mucho más pesimistas que en 1972 (Fitoussi et al., 2008, Cap. I)

Los economistas han iniciado una nueva ofensiva, ahora indirecta, a favor del crecimiento, pero esta vez la táctica argumental es diferente: sostienen, contraintuitivamente, que las ciudades (centros habituales de crecimiento) son “ecológicas” (!) y fuentes de salud (!). El adalid de esta ofensiva es Edgard L. Glaeser con su polémica obra “*The triumph of the city*” (2011), con un subtítulo ciertamente provocativo “*How our greatest invention makes us richer, smarter, greener, healthier and happier*”.⁽²⁴⁾⁽²⁵⁾

Contrariamente a lo que habitualmente pensamos, esto es que las ciudades son grandes fuentes de contaminación, inseguras, costosas, sucias y generadoras de enfermedades de toda clase, vicios y desequilibrios psíquicos, Glaeser sostiene que las ciudades son el principal “invento” de la Humanidad, y nuestra única esperanza hacia el futuro, ya que como se lee en el subtítulo nos provee de todo lo que anhela nuestra sociedad materialista y pragmática, obsesionada por el crecimiento y el consumo⁽²⁶⁾. Consciente de que una preocupación políticamente correcta es la ambientalista, entre otras cosas, argumenta que las ciudades tienen una menor huella de carbono que los promedios nacionales (es decir, emiten menos monóxido por persona, cosa cierta en general aunque hay grandes excepciones, v.gr. Pekín, Stuttgart).

Pero lo que se omite señalar es que si bien Nueva York emite menos gases de efecto invernadero que el promedio de Estados Unidos, emite más que el promedio de Brasil, España, Sudáfrica, China, Argentina, etc. Al argumento de Glaeser se le puede oponer precisamente el mismo argumento que centralmente estamos defendiendo. Es decir, **las ciudades tienen un tamaño óptimo**, que ciertamente es difícil de cuantificar; pero algo es seguro: **este tamaño óptimo no puede estar en la concentración urbana “infinita”**, como parece desprenderse de Glaeser (2011)⁽²⁷⁾. No estamos en condiciones de definir ese tamaño óptimo; y en ese sentido

²⁴ Parece que el anhelo de Glaeser fueran las Megalópolis. Existen muchos ejemplos de megaciudades... que parecen ser el *desiderátum* para residir del agente promedio de la economía de mercado globalizada (por oportunidades de empleo y negocios; y especialmente “amenities”; esto es, comodidades, diversión y perfiles “culturales”). Uno de esos ejemplos es **Boswash** (la extensión comprendida entre Boston y Washington en un eje de unos 650 km, paralelo a la costa este de EE.UU., que incluye N. York, Filadelfia, Baltimore, con más de 50 millones de habitantes). También **Chippits** (que va de Chicago a Pittsburg, abarcando Cleveland y Detroit, con alrededor de 25 millones) o **Tokaido**, en Japón, con 45 millones (que incluye Tokio, Yokohama, Nagoya, Osaka y Kobe).

²⁵ En la misma sintonía que Glaeser de resaltar la importancia de las grandes áreas metropolitanas como fuente de desarrollo económico, aunque con otros argumentos más valederos, podemos citar a Richard Florida con su concepto de la “clase creativa” y de “diversidad” (Cfr. *Cities and the Creative Class*, 2005; *Who's Your City?*, 2008)

²⁶ Esto parece ser un hecho: **la urbanización y el crecimiento económico están históricamente interligados. Las ciudades han sido polos de crecimiento**: crece la población, crece el ingreso por habitante y el cambio tecnológico. Existen tres razones principales para que el crecimiento se vea potenciado en los centros urbanos: (a) economías de aglomeración; (b) la atmósfera urbana es más propensa a la innovación; (c) los mercados de factores operan más eficientemente. Sin embargo, debe recordarse que la causalidad inversa también ha estado presente: **el cambio tecnológico** (aumento de productividad) **ha conducido a la urbanización** (v.gr. con la Revolución Agrícola del Neolítico y los cambios en el agro en Gran Bretaña, previos a la Revolución Industrial).

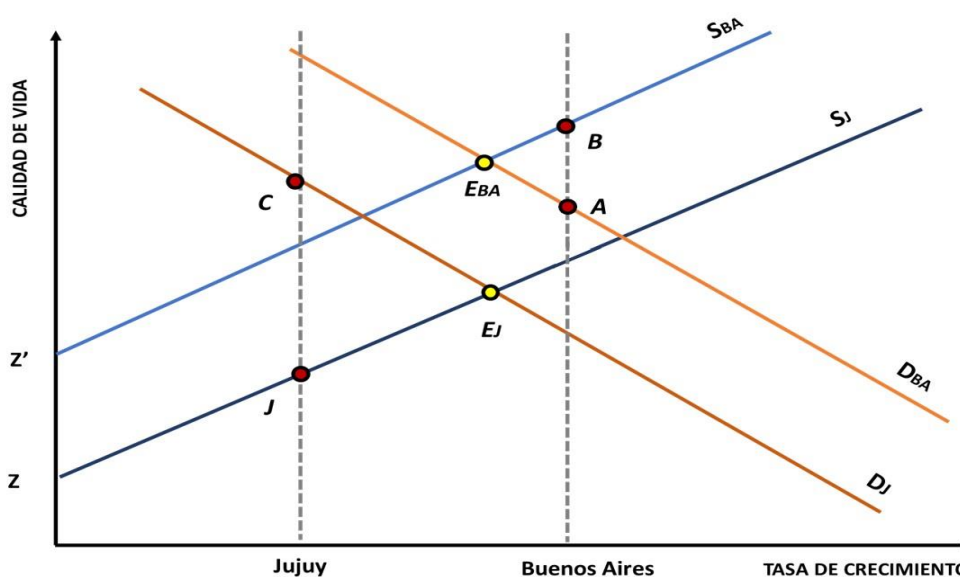
²⁷ Es pertinente señalar dos cosas. La primera es que **Nueva York no contamina** en su zona... **pues “exporta” contaminación** al consumir los bienes producidos en otros lugares (su enorme volumen de importaciones, pongamos por caso, sus automóviles... no los produce pero los utiliza). ¿Y eso de qué modo es considerado por Glaeser... o ese aspecto lo ignora lisa y llanamente? Por otro lado, las grandes ciudades actuales (digamos, más de un millón y medio de habitantes) dan pie a una gran acumulación zonal de contaminación atmosférica (la nube tóxica que lleva a

coincidimos con la ya clásica idea de Walter Isard (*Location and Space Economy*, 1956, MIT Press) de que no puede realizarse de modo práctico una curva de economías netas de urbanización; pero, sin duda, ésta seguramente debe contar con un punto de inflexión, a partir del cual comiencen las deseconomías.

***** ***** *****

Pasamos a presentar un esquema muy sencillo que complementa el análisis conceptual de la “U” invertida. Podemos trabajar con un análisis gráfico convencional como si la tasa de crecimiento fuera un “bien”, con **su curva de demanda** (que refleja preferencias de la gente) y su curva de oferta, siendo su “costo/precio” la Calidad de Vida. Esta curva de **“oferta de tasa de crecimiento”** será desde ya creciente: cuanto mayor tasa de crecimiento se pretenda más alto será el costo, pagadero en sacrificio de *Calidad de Vida* (cualquier gran ciudad puede ser un buen ejemplo). En otras palabras, el costo marginal de proveer crecimiento en términos de calidad de vida es mayor⁽²⁸⁾. A su vez, la demanda nos dice que cuando menor es el precio (en calidad de vida) mayor será la tasa de crecimiento que la sociedad pretenda.

Gráfica II



muchas grandes urbes, como Madrid, a declarar algunos días de “emergencia ambiental”), particularmente por la emisión de gases por el transporte automotor (de combustión interna), pero si éste no existiera y se diera la locomoción por tracción a sangre, las ciudades padecerían una inmensa *contaminación biológica*. Imagine las toneladas diarias de estiércol y orina, que aumentarían año a año por el crecimiento en el nivel de actividad... en el siglo XIX, las urbes hedían a establo. Es decir, **el volumen de actividad es un problema**.

²⁸ La curva de oferta parte de un nivel positivo en la ordenada (Z) pues dado que hay ya un “stock de deterioro”, aún con tasa de crecimiento igual a cero, existe un costo en CV (para salvar ese stock deteriorado sería necesario incluso un “decrecimiento”, como algunas líneas proponen). Podemos aplicar, por similitud, el concepto de D’Elia (2011) sobre medio ambiente, cuando dice que “*el clima puede definirse como un bien público global con la particularidad de que el impacto de las emisiones de GEI depende del stock acumulado más que de los flujos de nuevas emisiones*” (V. D’Elia en Comte Grand y Chidiak, 2011, pag. 67). Aquí lo aplicamos a la relación CV / tasa de crecimiento: aún cuando el crecimiento sea cero, el costo en CV será positivo *por el deterioro acumulado*.

Suponemos dos áreas: **un área “desarrollada”** (p.ej. ciudad de Buenos Aires) y **un área “poco desarrollada”** (p.ej. por caso, provincia de Jujuy). Cada área tendrá su propia demanda y oferta de este particular bien llamado “tasa de crecimiento económico”.

Con aceptable lógica, la curva de oferta de tasa de crecimiento de Buenos Aires está más arriba por el mayor deterioro del “entorno” (social y ambiental), por tanto para obtener una determinada tasa de crecimiento debe sacrificarse mayor “calidad de vida” (su curva de oferta estará más a la izquierda en Buenos Aires que en Jujuy).

A su vez, en este marco analítico proponemos que la curva de demanda de Jujuy está por debajo de aquella del área más “desarrollada”, reflejando una menor preferencia por el crecimiento. Se encontraría pues por debajo de la de Buenos Aires (digamos que *por razones culturales*, al ser una “sociedad más tradicional” *está menos inmersa en la vorágine consumista* y de crecimiento). Es decir que **podemos suponer que la población en Jujuy por razones culturales tiene menor preferencia por el crecimiento** (curva de demanda más baja) pero su costo en CV también es menor. Entonces con demanda más baja y costos marginales de CV también más bajos, el nivel de equilibrio en tasa de crecimiento (*el óptimo*) bien podría estar muy próximo en ambos sitios. Tenemos, pues, los niveles de equilibrio “E” (E_{BA} y E_J). Suponemos, por simplicidad para el dibujo, que el nivel de tasa de crecimiento de equilibrio coincide en ambas regiones (ver Gráfica II, eje horizontal).

A su vez, cada área tiene una diferente “capacidad en recursos” (en capital físico y humano) que limita la tasa de crecimiento posible de alcanzar. Entendemos que la del área desarrollada (BA) está a la derecha de su equilibrio, y la del área menos desarrollada (Jujuy) está a la izquierda del suyo.

Es decir, que la limitación en Jujuy de alcanzar su punto E es de capacidad en recursos. En Buenos Aires, no existe ese nivel de limitación tan bajo y por eso **suponemos que está operando por sobre el equilibrio**. Hasta aquí como Buenos Aires está operando hasta donde su nivel de recursos le permite, su costo (punto B) es mayor que su valoración (punto A, sobre la curva D_{BA}). Por tanto, como en cualquier análisis convencional, lo “conveniente” es reducir el nivel de actividad para estar en un óptimo. En Jujuy, se da la situación inversa: operando hasta donde su nivel de recursos le permite, la valoración para su nivel de actividad (C) es mayor que su costo en CV (J): por tanto, socialmente le es conveniente incrementar su nivel de actividad, pero no se lo permiten sus recursos (*capitales*).

Resumiendo, nuestra hipótesis supone que BA opera a la derecha de su equilibrio pues se lo permite el stock de capital disponible (significa que el costo es mayor que la valoración marginal social). Jujuy opera a la izquierda de su equilibrio pues no cuenta con capital suficiente (su valoración marginal es mayor que su costo marginal en CV). Si el capital migrara de Buenos Aires a Jujuy, ambos ganarían en su costo en CV. Si ambos operan sobre el límite de su capital, el costo en CV de BA es muy superior al de Jujuy (punto B versus punto J).

Con este análisis, podríamos concluir que Buenos Aires, para encontrarse en una mejor situación deberá contraerse y Jujuy, para lograr también una mejora, deberá expandirse. En este caso, para que Jujuy lo lograra debería contar con un aumento en sus *capitales* disponibles (bien podrían migrar desde Buenos Aires donde serían ya redundantes, al contraerse su nivel de tasa de crecimiento). En ambos casos, Buenos Aires contrayendo y Jujuy expandiendo, se acercarían al óptimo social de sus equilibrios.

Otra forma de ver el asunto sería pensando en términos de un *VAN social “dinamizado”*, adecuado y prudentemente calculado (con un horizonte infinito) de los efectos socioeconómicos (incluyendo el impacto sobre el hábitat en sentido amplio) de persistir las tasas

de crecimiento que se están presentando. En estos términos, nuestra tesis es que habrá áreas con un VAN positivo (p.ej. Jujuy) y otras con VAN negativo (Buenos Aires). Nuevamente las localidades mencionadas lo son a título de mero ejemplo a partir de una supuesta situación.

Para este paso, los conceptos válidos en la metodología de evaluación del cambio climático bien pueden extenderse a la evaluación de los efectos de la tasa de crecimiento económico sobre el cambio en la CV (que incluye, por supuesto, el tema climático y el deterioro del hábitat). Para evaluar los efectos, nuevamente recurrimos, por analogía (y porque además lo abarca) a la evaluación de los impactos del cambio climático tal como se señala en D'Elia (2011). Existen efectos por inacción (dejar que continúe la tendencia) y por acción²⁹. Elementos siempre presentes en las valuaciones son el riesgo y la incertidumbre, destacándose dos casos relevantes: las irreversibilidades y el riesgo de eventos catastróficos. Desde nuestro modesto parecer (totalmente averso al riesgo), la posibilidad del riesgo de casos extremos justifica adoptar medidas preventivas (obrar con prudencia y sin codicia): el **estado estacionario selectivo** (o su contraparte, sólo un **crecimiento selectivo**) no parece, desde lo conceptual, encerrar ningún riesgo catastrófico en el horizonte (bajo un fondo de **estado estacionario global**).

Para esta evaluación (como para el medio ambiente), debe tener un valor destacado el largo plazo; y con un peso importante (y no que la tasa de descuento prácticamente elimine los impactos lejanos). Esto implica un compromiso entre generaciones, pero ¿se da acaso esa solidaridad intergeneracional que Barro supuso en su famoso artículo de 1974 y que instaló el debate sobre la “equivalencia ricardiana”? Me temo que no.

La conclusión, bajo estos supuestos, es que para volver su VAN en positivo Buenos Aires debería contraer su nivel de actividad; y Jujuy, expandiendo el suyo, aumentaría el valor de su VAN. Es otra manera de hablar de la mencionada “U” invertida.

IV. LOS LÍMITES “NATURALES” DEL CRECIMIENTO

“Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza nunca”
Osvaldo Canziani (Nobel de la Paz)

Hasta aquí hemos rebatido la conexión *positiva* entre crecimiento y calidad de vida. Ahora pasamos a debatir **la posibilidad del crecimiento indefinido**.

Así llegamos a otro punto que parece haberse evaporado de las consideraciones habituales de los “cientistas” sociales: **el límite físico**. Para dejar patentes los límites existentes, bastaría citar el aumento de la huella ecológica, el deterioro de distintos hábitats³⁰ (incluso humano), el calentamiento global, la escasez de agua, la desertización, los riesgos de la basura

²⁹ Para los efectos de la inacción “se parte de un escenario base, llamado *business as usual*, donde se define la trayectoria del clima, de las actividades y de las emisiones en un escenario donde no se incorporan acciones nuevas” (D'Elia, 2011). Para los efectos de la acción, “se comparan el escenario que incorpora medidas (...) con el escenario base” (Vanesa D'Elia, en Comte Grand y Chidiak, 2011, pag. 70)

³⁰ Así los asentamientos humanos se van multiplicando (y aumentando sus tamaños), tanto como las áreas bajo explotación (agropecuaria y minera), y destruyendo los hábitats naturales e invadiendo los territorios salvajes. De esta manera tenemos miles de millones de perros/gatos y menos de 2000 guepardos, de osos polares, o de tigres siberianos. Hay más de 600 especies en peligros de extinción. De tal modo, por presión sobre los recursos naturales, se da un conflicto evidente: *número de animales domésticos + población humana versus el mundo salvaje*. ¿Piensan en esta triste ecuación los “animalistas”? ¿o no ven esta realidad? ¿o no es políticamente correcto? Es necesario guardar espacio para otros, que no sean humanos, mascotas u otros animales domesticados.

tecnológica, la basura nuclear, los desechos químicos y físicos en las aguas, etc.⁽³¹⁾. Pero la mayoría no comparte esta mirada prudente. Sin embargo, el límite físico existe⁽³²⁾, y en general está definido, hasta donde es dable saber hoy, por las dos primeras y más famosas leyes de la termodinámica. **La primera ley**, llamada **principio de conservación de la energía**, nos dice que en todo proceso la energía no se destruye, solo pasa a otras formas, incluyendo trabajo y calor disperso. Es decir, se pasa de energía almacenada (útil) a trabajo y energía dispersa (o inútil) en forma de calor. Una de las formulaciones de **la segunda ley**, conocida como **la ley de Clausius**, nos dice que nunca es posible transformar completamente en trabajo la energía que está contenida o almacenada. Solo es posible parcialmente. Siempre algo se desperdicia. Una fracción pasa a calor inutilizable. Se introduce el concepto de *entropía del sistema* (o medida de desorden del mismo). Y este principio es terminante: la entropía de un sistema aislado aumenta⁽³³⁾. En otras palabras, la energía no puede reciclarse. No puede volver a utilizarse. Toda energía tiende fatalmente a degradarse con la actividad (por ejemplo, económica), pasando *de la forma útil a la forma inútil*⁽³⁴⁾.

Por supuesto que existe, en paralelo, **una visión optimista que sostiene que antes que la energía** (tal como la conocemos)⁽³⁵⁾ **se agote encontraremos un sustituto superior...**, pero esto no es sino un salto de fe, ya que nadie puede estar seguro científicamente de eso. Como en todas las tecnologías, hay factores inimaginables y no contemplados, cuyos efectos no son previsibles (ni pretendidos ni imaginables)⁽³⁶⁾.

Una segunda vertiente optimista, encadenada a la precedente, es **confiar en que el sistema de precios enviará señales**, incentivando el proceso científico-técnico, **que den paso a un fenómeno de sustitución**. En este optimismo económico he incurrido personalmente en muchas oportunidades. Y si bien es cierto que los precios relativos pueden ayudar a morigerar temporariamente el problema, o al menos a evitar su aceleración, resultan un remedio engañoso ¿por qué resulta finalmente un remedio falaz? Pues porque *el sistema de precios permite la superación de la “escasez relativa” pero no de la “escasez absoluta”*, que es la que aquí nos preocupa⁽³⁷⁾.

Efectivamente, podemos distinguir dos clases de escaseces: **la escasez de Ricardo y la escasez de Malthus**. La primera, **la ricardiana**, nos habla de una *escasez relativa*, ya que la

³¹ Está claro que ya en vez de naturaleza, lo que legaremos será “*basuralidad*” (que son los residuos humanos abandonados en entornos naturales), incluso en altísimos picos, como el Everest.

³² Hacia el último cuarto del siglo XIX, Jevons realizó un análisis de los límites que imponía la escasez de carbón. Además de la reflexión analítica, *de tipo malthusiano*, sin duda le llamó a tal análisis el estrangulamiento, entre 1650 y 1750, en la producción de hierro al “agotarse” la provisión de carbón vegetal en razón de la rápida deforestación que sufrían las Islas Británicas (entre otras cosas por la industria naval). Además, el límite físico impacta no sólo en los insumos sino también en el entorno sanitario. Una prueba de los efectos de la acción negativa del hombre sobre el entorno sanitario lo tenemos en la proliferación de la malaria (o paludismo) consecuencia de la tala de los bosques de los Apeninos (de Italia) en los siglos III y IV de nuestra era (que debilitaron a las guarniciones romanas en Italia, y permitieron una más fácil victoria de los godos; desde ya que los factores fueron muchos pero éste no es nada despreciable)

³³ Aunque en los ambientes de los físicos se habla, también, de la entropía negativa (o negantropía), que es aquella entropía que el sistema exporta para mantener reducido su nivel.

³⁴ Se suele decir sencillamente que los sistemas ordenados (de baja entropía) tienden al desorden (alta entropía). Conceptualmente, encierra la idea de la irreversibilidad de los procesos.

³⁵ A excepción de la energía nuclear y la geotérmica, toda la energía en nuestra tierra proviene, de un modo u otro, del sol. Por ejemplo, la energía fósil no es sino la energía solar acumulada por vegetales y animales millones de años atrás. Aunque, como nota importante, la energía geotérmica tiene un peso insignificante. Hoy solamente en Islandia y en Nueva Zelanda tiene presencia importante en la estructura energética.

³⁶ Wells hace más de 120 años planteó la posibilidad de consecuencias apocalípticas: en su “Guerra de los Mundos”, la extinción de los marcianos invasores, por inesperados resultados biológicos, encierra la moraleja de que **la tecnología**, por más poderosa que sea, **no torna a los seres en invulnerables**.

³⁷ Dejamos de lado la llamada *apuesta Simon-Ehrlich* y el debate sobre su resultado pues entendemos que encierra una contradicción que no tenemos en claro a fuer de ser sinceros.

naturaleza impondría limitaciones particulares, puntuales, y no una inevitable escasez general. La segunda, **la malthusiana**, nos advierte de un límite absoluto, más allá del cual la disponibilidad es cero³⁸). Sostiene pues la presencia final de una *escasez absoluta*. La teoría económica, en particular, desde los inicios de la etapa científica, ha pervivido siempre obsesionada con el crecimiento. Podría decirse que toda ella apunta a propulsarlo. Nelson(2005) nos dice “*Si los economistas tuvieron un impacto modesto en generar crecimiento (...), sí en cambio tuvieron un rol central en brindarle legitimidad social*”. Fueron excelentes vendedores de la idea. En los inicios, tres siglos atrás, nivel de vida y calidad de vida avanzaban en paralelo. Entendemos que hoy ya no, como hemos intentado plantear en el acápite anterior. Pero “*la filosofía liberal y la marxista sólo se preocupan del nivel de vida y no de la calidad de vida*” (Ph. Saint Marc, en “La Contaminación”, Ed. Salvat, Barcelona, 1973). A la vez, **ambas líneas principales fueron soslayando**, por su presunta lejanía, **la finitud de la naturaleza**³⁹).

Lamentablemente, en especial desde la obra de **H. Barnett & Ch. Morse** (“*Scarcity and growth: the economic of natural resource availability*”, J. Hopkins UP, de 1973) y la sección “*Natural Resources as a constraint on economic growth*” de la American Economic Review, Papers and Proceedings (de mayo de 1973), **la idea predominante ha sido que sólo es válida la escasez ricardiana** (o relativa), ya que los precios nos permiten lidiar con la escasez relativa por vía del mecanismo de sustitución; así como también que el proceso científico-técnico (el cambio tecnológico que desplaza la función de producción) borra las restricciones absolutas. **Son dos optimismos paralelos: el económico** (que supone que el mercado salva la escasez ricardiana) y **el científico-técnico** (desde cuya mirada no es preciso prestar atención a la escasez absoluta pues se parte de la creencia de que la revolución científico-técnica nos salvará de ella). Respecto de este último optimismo desmesurado, valen las prudentes palabras de Vitousek “*Cambiamos el planeta más rápido de lo que llegamos a entenderlo*” (citado en Fitoussi et al., 2008, Cap.II).

Pero he aquí que cincuenta años después de aquellos escritos de Barnett y Morse, **la presencia de la escasez absoluta es difícil de negar**. No estamos proponiendo que ésta siga siendo una economía preindustrial, de *suma cero*, como era la existente en los tiempos de Malthus, ya que las revoluciones industriales han permitido multiplicar el producto (valor agregado) vía el mecanismo de crecimiento y combatir la pobreza absoluta. Pero este valor añadido siempre chocará con una realidad: **la expansión ilimitada en un mundo finito es estrictamente imposible**. De esta línea emana la marginada línea del “decrecentismo”, mencionada en el Acápite I. Por tanto, *en el límite*, seguimos enfrentados a una escasez malthusiana. La naturaleza impone una restricción general, **dada por el carácter finito del planeta Tierra** y las conclusiones (aceptadas) de las leyes de la termodinámica. Esta situación ya la planteó con agudeza **Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994)** en “*The entropy law and the economic process*” (en 1973). **La baja entropía está presente en las cosas útiles, pero es escasa a nivel de conjunto**. Las reservas de *baja entropía* (combustibles fósiles, depósitos minerales, etc.) están limitadas en su cantidad total, mientras que la población y el consumo por habitante son crecientes (a tasas cada vez mayores). Dicho de otro modo, desde la lógica podemos deducir que la “capacidad de carga” del planeta, esto es su posibilidad de sustentar el

³⁸ Todos en ciencias sociales conocemos la teoría de la población de Malthus, aunque la proposición de que “los problemas para obtener los medios de subsistencia” crecerían geométricamente ya había sido formulada por Robert Wallace en “*Numbers of Mankind*” (en 1753). Estas ideas, llevadas a nuestro presente, significan que **si los recursos naturales** (incluido los hábitats, o la disponibilidad de materias primas no renovables) **son “fijos” y el crecimiento de la demanda es ilimitada, la cantidad de medios naturales por persona disminuirá constantemente** con esa demanda insaciable..., hasta un inevitable colapso. Lo que llamaríamos “catástrofe”.

³⁹ Y aunque en la tradición *liberal* teorizaban un límite, el temido **estado estacionario**, se pensaba optimistamente en dos soluciones: la “ricardiana”, retardando el estado estacionario con técnica y comercio internacional; y la “keynesiana”, por un cese de la carrera consumista (Fitoussi y Laurent, 2008, Cap.I)

consumo de las poblaciones, tenderá a reducirse en la medida de que las existencias finitas de los diferentes recursos desciendan. Por ende, **la escasez absoluta es clara y apremiante**⁽⁴⁰⁾.

LA ESCASEZ GENERAL DE RECURSOS, INCLUIDA EL AGUA

Cuando se recorren las discusiones sobre este punto de la escasez, pareciera que lo único que preocupa es la escasez energética, y que ésta se puede salvar por las ya famosas, aunque poco extendidas, energías alternativas a los combustibles fósiles. Pero esa no es la única limitación. **Todo es finito, y muy finito:** los minerales, el agua dulce, el agua no contaminada, las áreas cultivables, etc. No basta con encontrar fuentes de energía inagotable como podría ser la fusión nuclear (con todos los riesgos que, desde ya, implica su uso, aunque pese a esos riesgos, existe el Proyecto multinacional ITER, que apunta a alcanzar la fusión nuclear como fuente de generación de energía). En Welzer (2010), *“Guerras climáticas”*, se reflexiona acerca de los conflictos por presión sobre los recursos, más allá de la mera energía. Bien puede que el agua sea el recurso más acuciante en las próximas décadas. Precisamente, el agua no tiene sustituto posible. Ya en el 2022, un tercio de la población mundial sufría estrés hídrico. Según muchos expertos, en el 2050, la mitad del planeta se enfrentará a muy limitadas disponibilidades de agua. Incluso esto se conecta al problema de la “distribución” ya no del ingreso ni de la riqueza en su concepto más habitual sino de los recursos como el agua (p.ej. la India cuenta con aproximadamente el 19% de la población pero solamente dispone del 4% del agua). La presión del crecimiento en el nivel de actividad y del consumo por habitante llevan a una cada vez mayor demanda de agua frente a una “oferta constante”. Es de recordar para nuestra evaluación que además del agua “visible” que utilizamos día a día (para higiene, para beber), también está el “*agua virtual*”. Por ejemplo, cultivar el algodón necesario para una camiseta requiere unos 1000 litros de agua; sin contar la producción en sí, embalaje, transporte, etc, que llevaría la estimación a unos 2200 litros. Esa es la llamada “*agua virtual*”..., porque no la vemos, constituye un “uso invisible” u oculto. Desde ya, la cantidad de agua, presente en el planeta, es constante, el asunto es su distribución geográfica y su presentación (gaseosa, sólida, líquida, dulce, salada, etc.).

El agua requerida para producir un simple jean varía, pero estimaciones, como la de la Universidad Politécnica de Madrid, sugieren un rango entre 2.100 y 3.100 litros. Otra, de la propia Levi Strauss & Co señala valores mucho mayores. El consumo de agua en la producción no es solo el que se usa en fábrica. Se debe considerar toda la **huella hídrica**, que incluye tanto el **consumo directo** (el agua utilizada en la planta) como el **consumo indirecto** (el agua necesaria para la producción de las materias primas, así como la generación de energía que alimenta la fábrica). Si hablamos del consumo por habitante, la diferencia entre el consumo de agua directo (grifo) y el total (huella hídrica) es crucial para entender el impacto real de cada país. El consumo de agua por habitante varía significativamente entre países, influenciado por el clima, el nivel de ingreso, las políticas de gestión del agua y, sobre todo, por la **huella hídrica indirecta** (la agricultura y la industria). En **Estados Unidos**, el uso doméstico directo ronda los 575 litros por persona al día. En **Argentina**: el consumo de agua doméstico por habitante es bastante alto para su nivel de ingreso, con un promedio diario de unos **320 litros**. Cifras significativamente superiores a la recomendación de la Organización Mundial de la Salud (OMS), de 100 litros por día para consumo doméstico. A su vez, cuando se incluye la huella hídrica total (la producción de alimentos, bienes y energía), la cifra es muchísimo mayor, con algunas estimaciones que superan los 7.800 litros por persona/día para EE.UU y de 3.850 litros/día para Argentina. Hace no mucho, Ciudad del Cabo estuvo a punto de ser la primera gran urbe en alcanzar el “día cero”; esto es aquella jornada en que no tendría agua disponible.

En esencia, estamos ante lo que se conoce como **la crisis del agua**, que se refiere a la creciente disparidad entre la disponibilidad de agua dulce y la demanda de la misma. Factores como el **cambio climático** intensifican esta escasez. La **explosión demográfica** y el **crecimiento económico** también ejercen presión. La **contaminación** es otra faceta crítica de la crisis pues la descarga de aguas residuales sin tratar, los vertidos industriales, el uso excesivo de fertilizantes y pesticidas en la agricultura, y la minería, contaminan ríos, lagos y acuíferos, haciendo que el agua disponible sea inservible para muchos usos.

⁴⁰ No obstante, el optimismo tecnológico habla de alcanzar un nivel de Civilización Tipo I en las categorías de Kardashev. Estaríamos todavía en un nivel de 0.73, sin llegar al nivel I.

Los precios pueden ayudarnos a lidiar con la escasez ricardiana, al incentivar la sustitución por aumento del precio relativo del recurso escaso, pero **el sistema de precios relativos nada puede hacer contra la escasez absoluta**, ya que, por definición, no es posible que suban todos los precios relativos (es decir, los precios relativos de todos los recursos). La sustitución, que incentiva el mecanismo de precios, significa reemplazar una fuente de baja entropía (un recurso) por otra (otro recurso), pero no hay sustituto posible para la baja entropía⁽⁴¹⁾ en sí (ya que por concepto es escasa). ¿Es esta la principal “trampa del progreso”?

LA POSICIÓN OPTIMISTA

La posición optimista (un rasgo del pensamiento de la Modernidad) confía en la tecnología como camino, por un doble efecto: salvar los problemas ambientales y potenciar, a la vez, el anhelado crecimiento (ver nota 39). Por ejemplo, solucionar el temido efecto invernadero⁽⁴²⁾⁽⁴³⁾ disolviendo en los océanos, sin la precaución necesaria, inmensas cantidades de hierro (en teoría, esto favorecería el fitoplancton, que absorbe carbono). Otro ejemplo, la tecnología eléctrica en el automóvil para reducir emisiones... pero mientras no se produzca un *adecuado cambio en la generación*⁽⁴⁴⁾, *que sea no contaminante*⁽⁴⁵⁾, lo único que sucederá, en esencia, será alterar el sitio de contaminación: de la

⁴¹ La entropía, dicho simplemente, es el grado de desorden de un sistema. Si es baja, significa la presencia de mucha energía útil para transformarse en trabajo.

⁴² Como todos ya sabemos, la combustión de los combustibles fósiles genera anhídrido carbónico (o dióxido de carbono), además de otros contaminantes. La atmósfera lo contiene en pequeña cantidad, pero creciente: en 1900, era el 0.029%; en 1960, era 0.0315%; en 1990, era 0.035%; en 2000, 0.037%; y en 2017, alcanzaba ya 0.0403% (según la OMM, Organización Meteorológica Mundial). Pese a sus valores, aparentemente reducidos, el anhídrido carbónico es una trampa térmica: durante el día, permite pasar la luz solar; pero a la noche impide la devolución de calor por la tierra en radiación infrarroja, generando el **“efecto invernadero”**. Los gases de invernadero son benéficos en cantidades adecuadas. Juegan como los cristales de un invernadero de jardín, atrapan el calor y mantienen el ambiente cálido..., pero ahora parece ser que en demasía. Y a una velocidad tal que no da tiempo de adaptación. Ese lento pero constante aumento de temperatura global que se origina puede romper el equilibrio de congelación/fusión de los hielos eternos (glaciares continentales y hielos polares). Los datos sugieren que esto realmente se está produciendo, lo que llevaría al aumento en el nivel de los océanos, quebrando el sistema climático mundial, y los ritmos estacionales, tal como los conocemos. Incluso más: como los gases son menos solubles en agua caliente que en agua fría, a medida que la temperatura crece, parte del anhídrido carbónico disuelto en mares y océanos, sería cedido rápidamente a la atmósfera. De tal modo, el ciclo perverso se aceleraría, y bien podría desencadenarse **un efecto invernadero desenfrenado**, con un impacto letal para todas las formas de vida actuales. En pocas décadas podríamos tornarnos un planeta como Marte o como Venus: inhabitable.

⁴³ Ciertamente es que hay muchos proyectos de geoingeniería para detener y revertir el cambio climático y/o también dar paso a nuevas formas de generación de energía (paneles solares orbitando, escudos solares de protección, envolver la tierra con lentes difractores, “cubrir” la superficie de los glaciares, etc.) pero son megaproyectos que encierran, a la vez, riesgos mayúsculos, que pueden tener consecuencias impensadas. Tal vez con impactos negativos más que positivos. Un sueño que consiste en *doblar apuestas*, despreciando la posibilidad de la “ruina del jugador”. Por eso sería bueno considerar las reflexiones sobre **el imperativo categórico de Hans Jonas** (ver Recuadro más adelante).

⁴⁴ Está en discusión si una alternativa válida es la generación eléctrica centralizada (o de cadena larga) o descentralizada (o de cadena corta). Esta última variedad, según sus defensores, reduce el impacto ambiental, y por lo tanto podría ser base del uso de autos eléctricos. En la actualidad, este modo descentralizado es de pleno uso en la red alemana *Emergiewende* (un tercio de la electricidad). O bien, el pase masivo a energía nuclear, en especial por las exigencias energéticas de IA..., asumiendo los riesgos que implica su operación y luego el descarte de residuos.

⁴⁵ Todas alteran el medioambiente, de un modo u otro... también la hidroeléctrica, que con sus embalses cambia los paisajes, genera microclimas y destruye flora y fauna... y con efectos irreversibles. ¡Imaginemos el impacto del complejo de las Tres Gargantas en China! Se piensa en la nuclear (incluso para vehículos), por ejemplo, con una fuente radiactiva de plutonio, como la instalada en el robot Curiosity que opera en Marte. ¿y qué haremos con los residuos radiactivos? También la eólica (con sus grandes molinos de viento, que suelen afectar a las aves, que mueren contra sus enormes aspas), aunque ésta es muy puntual. El uso de paneles solares exige la existencia de importantes baterías, que demandan buen volumen de recursos. En las ansias por aumentar “sin cautela” la producción, ha habido proyectos ciertamente delirantes, como el del arquitecto Herman Sorgel, en 1928, que proponía una presa de 35 km, cerrando el estrecho de Gibraltar, para ganar tierras y generar energía. ¡Menos mal que “Atlantropa”, como se llamaba el proyecto, no se llevó a cabo! ¡El desastre que podría haber ocasionado es inimaginable!

concentración citadina de automóviles a las centrales en zonas menos pobladas. Se suben ciegamente al sueño de la fantasía tecnológica... la tecnología ayuda, pero hasta ahora, en esta duplicación de apuesta que significa, no queda claro si, *en el largo plazo*, está beneficiando o perjudicando.

Los recursos de toda índole son finitos por definición. Escasos, económicamente hablando. Es una cuestión de sentido común. Sin embargo, en la optimista ideología del crecimiento, se recurre a una respuesta siempre a mano: la salvación está en una tecnología más eficiente. Esta férrea creencia de que toda solución es tecnológica puede llevarnos a situaciones no buscadas. Pongamos por caso que obtenemos un método que permite un mayor rendimiento calórico del gas. Esto baja el costo por caloría consumida (además de reducir la carga ambiental). Pero como lógica consecuencia económica, aumentará la utilización de ingenios que usen gas (entre ellos, los automóviles), tanto en cantidad como en intensidad; de modo tal que se desemboque en un mayor consumo agregado de energía. **Estaríamos ante la llamada “paradoja de Jevons”**, quien en “*Coal Question*” (de 1865) planteó: “*Toda mejora en la máquina no hace sino acelerar el consumo de carbón*”. Y, entonces, *menos redundaría en más*.

Para continuar esta línea de debate, es conveniente introducir la idea de **dos clases de necesidades: absolutas y relativas**. Las primeras las experimentamos en general, sin la presencia de condicionamientos sociales (alimento, refugio, vestimenta), en cambio las segundas emergen de un contexto social, y a menudo se han denominado “secundarias”. Pero, a su vez éstas han adquirido en el último siglo un dinamismo que va más allá de lo perentorio y secundario para caer directamente en lo superfluo y caprichoso, algo característico del dispendio presente en la “civilización del consumo”. A diferencia de antaño, **las necesidades que no existen “se crean socialmente” a gran ritmo**. De allí que **las necesidades absolutas** (primarias) **son finitas** y saciables, en tanto que **las necesidades “secundarias” son insaciables** (e infinitas)⁽⁴⁶⁾.

EL IMPERATIVO CATEGÓRICO DE JONAS

Es muy bueno considerar las reflexiones de **Hans Jonas**, en su texto “*El principio de responsabilidad*” (Ed. Herder, 1995, original en 1979), que propone reformular el famoso **imperativo categórico de Kant** por otro adaptado a estos tiempos de incesantes y peligrosas innovaciones: “*Obra de tal manera que la vida del futuro sea como la de hoy (...). La moderna tecnología ha introducido acciones (...) que la ética anterior no puede contener. Ninguna ética del pasado tuvo que considerar la condición global de la vida humana y el futuro lejano de la raza humana*”. La adopción de la innovación tecnológica, sin mayores cuestionamientos, es un valor cultural que bien puede contribuir a “*salvarnos*” como también aproximarnos al abismo, por eso sería muy bueno que se considerase seriamente **el imperativo categórico de Jonas** (*que propone en todas estas innovaciones obrar con cautela y humildad*).

En un entorno social que considera, erróneamente en mi modesto parecer, sólo la escasez relativa y, a la vez, todas las necesidades como absolutas o primarias (aunque en rigor no lo sean), se desemboca inevitablemente en la obsesión por el crecimiento de la “torta” (pocas veces se piensa en sus “ingredientes” y en la cuestión central de su reparto)⁽⁴⁷⁾. Lo que

⁴⁶ Esta misma idea está en Keynes, 1930 (“*The economic possibilities of our grandchildren*”), con leve variante, cuando señala que las necesidades absolutas pueden ser satisfechas por todos al mismo tiempo; **pero las relativas son aquellas que nunca podrán ser satisfechas a todos al mismo tiempo**, porque cuanto más de ellas cubran algunos, menos satisfechos se percibirán otros (Braun y Llach, Cap. 13). Está hablando pues de que la proliferación constante de bienes “genera” en cierto modo pobres constantes (si los consideramos tales por no satisfacer sus necesidades).

⁴⁷ Ciertamente es que los economistas, y particularmente la Escuela Austríaca, siempre reconoció la escasez. Pero ésta era una escasez sin calificación, y finalmente, bien mirada, sólo se refiere a la “relativa”, superable por los “precios relativos” (eso se desprende de la famosa definición de economía de Lionel Robbins). Pero también es cierto que aquella época de formación inicial de la línea neoclásica era comparativamente un tiempo de abundancia natural y necesidades en general verdaderamente primarias. A Carl Menger le bastaban 15 minutos de caminata para

hoy, nosotros, como privilegiados que somos, “consumimos” y es superfluo, es lo que se les sustrae implícitamente a otros. Ahora..., y en el futuro. La aceptación de la presencia, por razones naturales, de **una escasez absoluta**⁽⁴⁸⁾, insalvable por precios relativos, a la vez que **el reconocimiento de necesidades superfluas, conduce a discutir la economía de estado estacionario o “crecimiento cero”**. Sin duda que con reducciones en el nivel de población (o al menos su estancamiento) *a través de tasas de crecimiento poblacional netas negativas* (o al menos *nulas*) y con una baja en el consumo “planetario” *promedio* por habitante habría que preocuparse menos por la escasez absoluta.

NO ES UN REVIVAL DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO

Como esperamos que quede suficientemente claro, nuestra propuesta no es una *revival* de la Teoría del Desarrollo, pues aquellos autores propulsaban un crecimiento aunque con facetas sociales. Nuestra propuesta entendemos que va más allá, y cuestiona el propio crecimiento, argumentando que **puede haber desarrollo y progreso sin crecimiento**.

A esta altura del relato, el lector está en pleno conocimiento de que **nuestra preocupación es el efecto *neto* del crecimiento**. Pero **lo preocupante más que la expansión en sí quizás sea su velocidad creciente**. ¿Qué queremos decir con esto? Pues que uno de los hechos presentes en la historia mundial es que **los países que en cada época crecen más rápido, liderando el proceso mundial, lo hacen a tasas cada vez mayores**, tal vez con incontables repercusiones ecológicas, estructurales y sociales. Veamos. En el período inicial de la Revolución Industrial, Gran Bretaña, la nación líder, vio crecer su ingreso por habitante a un ritmo del 1.3% anual entre 1780 y 1840. El país que le siguió, EE.UU., entre 1840 y 1914, creció al 2%. La siguiente nación que toma la posta, Alemania, lo hace al 2.3% entre 1870 y 1914. Argentina lidera entre 1870 y 1929 con 2.9% anual. En la posguerra, Japón aumenta su ingreso por habitante al 7% entre 1950 y 1980; y Corea, en 1965/1990, lo hace al 7.1% (Cfr. De la Balze, 1995). En los últimos 20 años, las tasas de las naciones que estuvieron a la cabeza en el despegue, como China o Kuwait, rondaron el 10% anual (período 1991/2002). Una velocidad casi 9 veces mayor que aquella de los primeros tiempos industriales, y 5 veces más que los EE.UU. en su época de despegue. ¡Vamos en un automóvil a velocidades cada vez más altas..., y no hay frenos!

Es muy llamativo pero que **lo que se mira como *peligroso* en el nivel micro no se percibe como *peligroso* en el nivel macro**. De tal modo que se endilga la llamada “*crisis de Toyota*”⁽⁴⁹⁾ a la velocidad de su crecimiento, pero los mismos autores no perciben del mismo modo la cuestión en la dimensión macrosocial (que en esencia es más compleja en su manejo que la dimensión micro o empresarial, y por tanto más vulnerable a los desajustes). Se sostiene que Toyota incrementó su capacidad productiva en 50% en solo una década, y que esa velocidad desembocó en los desequilibrios en su estructura que condujeron a masivas fallas de calidad. Así, Edward D. Hess, en su libro de 2010, “*Smart growth*” (*El crecimiento inteligente*), señala la causa del problema. En su opinión: “(...) *la audacia con que Toyota (...) se proponía llegar al primer puesto del ranking mundial de ventas contribuyó a crear fisuras (...) que desembocaron, a su vez, en esta crisis. La capacidad de la empresa de vigilar la calidad puede diluirse cuando crecer se convierte en la meta dominante (...). Más importante que crecer es*

encontrarse en un entorno boscoso de maravilla. No es el caso de hoy ¡Cuánta destrucción hemos realizado desde entonces como Humanidad! ¿Pensarían ellos lo mismo hoy, o se preocuparían como nosotros?

⁴⁸ No obstante, la sociedad “niega” esta *escasez absoluta*, elucubrando sobre la posibilidad de una minería espacial (en la luna o en asteroides) o incluso migrar (¿masivamente?) a Marte o a otros cuerpos celestes una vez que hayamos agotado (o “destruido”) la tierra.

⁴⁹ Nos estamos refiriendo al aparente problema de diseño y control de calidad en Toyota, que saltó a la consideración pública en razón de las dificultades detectadas con los frenos y el acelerador de varios modelos (entre ellos Corolla, Camry y Highlander, fabricados desde el 2005 al 2009)

mejorar”. Está claro que **en una empresa la velocidad es un problema**, generando desajustes. **¿y a nivel macro?**⁽⁵⁰⁾ ¡Qué selectiva ceguera!

V. EL SISTEMA ECONÓMICO NO ESTÁ AISLADO

“A menudo se dice que hay que salvar el planeta pero no es la Tierra la que está en peligro sino nosotros”

Concepto de James Lovelock,
en *Planeta Humano*, Documental BBC

Nuestra disciplina se construyó inicialmente sobre la dinámica de la Escuela Clásica, que observaba un límite externo, natural: la cantidad de tierra fértil. Era la visión pesimista o “lúgubre”. Sin embargo, a la par, el comercio internacional y la técnica eran vistos por los mismos Clásicos como caminos para salvar ese límite. Otra alternativa era el cambio en la forma de propiedad (que proponía la heterodoxia clásica, o sea el marxismo). Pero la Escuela Neoclásica (con la excepción de Jevons) dejó de lado el factor tierra y más bien miró el sistema como aislado. Y desde entonces así se presenta la economía: **como un “sistema autónomo”**. Es decir, aislado..., sin determinantes ni consecuencias externas. **Pero el sistema económico en verdad no está aislado**; en rigor cuando la Escuela Neoclásica y Keynesiana (incluso la Clásica y la Marxista) construyeron sus esquemas durante el siglo XIX y principios del XX, *el axioma implícito de aislamiento* podía aceptarse razonablemente.

Pero hoy, debido a la exponencial capacidad productiva de la economía⁽⁵¹⁾, aquel supuesto es imposible de sostener, resultando preciso considerar que la economía *“opera dentro de los límites de un ecosistema global con capacidades finitas”* de producción y absorción (ecosistema que, a nivel de conjunto, no es sino la biosfera) (Brown et al., 1991). Pero no solamente no está aislado en cuanto a hace a los insumos que toma (materiales y energía) sino de los desechos (residuos y energía que disipa)

Brown et al. (1991) señalan que *“una medida útil del tamaño de la economía en relación a la capacidad de la tierra (...) es la porción del producto fotosintético del planeta que se destina a la actividad humana”*. Este producto, que se suele denominar **“producción primaria neta”**, es la cantidad de energía solar fijada por los vegetales a través de la fotosíntesis, una vez “neteada” de la energía utilizada por esas mismas plantas. En esencia es entonces el flujo de *“la energía bioquímica que sostiene todas las formas de vida”*. **Peter Vitousek**, en trabajo de 1986, sostenía que por entonces (con un producto mucho menor que el actual, aproximadamente un tercio) se destinaba a las necesidades humanas el 40% de esa “producción primaria neta”, dejando para todo el resto de las especies del planeta sólo el 60% restante. En el mismo artículo se señala que de continuarse las tasas de crecimiento de entonces (de consumo y de población) la proporción asignable a los humanos llegaría al 80% hacia el año 2030 (en el siglo XVIII, se estima que era inferior al 2%) (Vitousek et al., 1986).

¿Cuáles serían las estimaciones actuales, considerando la explosión consumista de China e India... y de buena parte del globo? **El crecimiento ilimitado** (que implícitamente se propone en la teoría y está bien presente en la conducta social) **en un planeta finito es una**

⁵⁰ Hay quien sostiene, como N.Klein (2007) que hoy el auge está conectado a los desastres. Es decir, que incluso las catástrofes serían bien vistas desde el punto de vista económico, aunque fueran problemáticas para las personas.

⁵¹ Téngase presente que en una economía que crezca sólo al 2,5% anual, su nivel de vida se duplicará en el año 25 y en el año 65 estaría produciendo ya 5 veces más. Si crece al 5% anual, la duplicación del producto se alcanzaría a los 14 años, y en el año 32 se habrá quintuplicado.

contradicción: agotamos los recursos no renovables⁽⁵²⁾ e incluso los recursos renovables, ya que desgastamos la “base de su sustento” (el hábitat) al no dar tiempo suficiente para que los procesos naturales puedan reponerla. La relación entre pretensiones infinitas (de crecimiento) y recursos limitados fue tocada en Cohen (2015)⁽⁵³⁾.

LAS HUELLAS HUMANAS

En los más de 35 años que han transcurrido desde Brown et al. (1991) y P. Vitousek (1986), se han afinado más que los conceptos las formas de “estimación”. Entre las series de “huellas o marcas humanas” que vamos dejando a fines de la segunda década del siglo XXI tenemos la *huella de carbono*, la *huella ecológica* y la *huella hídrica*. **La Huella Ecológica**⁽⁵⁴⁾ es un indicador del impacto ambiental generado por la demanda humana de recursos sobre los ecosistemas. Para una población determinada, resulta ser el área biológicamente productiva que es necesaria para producir los recursos que consume, y absorber los desechos que genera dicha población. Representa pues la demanda. Por otro lado, está la **Biocapacidad** que constituye la disponibilidad de recursos. Es decir, representa la oferta. Ambas se miden en hectáreas globales, y su diferencia nos brinda déficit o superávit ecológico.

En 2005, el número de hectáreas bioproductivas mundiales por persona (*global hectares per person*) fue 2,1; pero el consumo por persona mundial fue 2,7. Es decir, ya se estaba sobreconsumiendo: **destruimos recursos a una velocidad superior a la regeneración natural**⁽⁵⁵⁾. Argentina está en el promedio mundial de hectáreas bioproductivas por persona (pero muy por encima de China e India). Según datos de *Open Data Platform*, en 2013, Argentina tenía superávit ecológico con nivel entre 2 y 4; Brasil entre 4 y 6, mientras Chile tenía déficit. Los países con mayor déficit ecológico eran el Reino Unido, los Países Bajos y algunos del Golfo Pérsico (Emiratos y Kuwait). Mientras EE.UU., Japón y China operaban con un déficit de la mitad del existente para el Reino Unido o Alemania. (cfr. *Open Data Platform*, data.footprintnetwork.org).

Por supuesto que existen cálculos diversos. De acuerdo a estudios más recientes, en 2019, según la capacidad de regeneración de nuestro planeta y dado el uso de recursos mundiales actuales, se necesitarían 1,75 *planetas tierra* para cubrir lo utilizado en un año. Si la población mundial consumiera en 2019 como en EE.UU. necesitaríamos cinco planetas (o ecosistemas planetarios), si lo hiciera como en Australia 4,1 planetas..., como en Rusia 3,2, como en China 2,2, como en Brasil 1,7 planetas, etc. (Cfr. <https://www.overshootday.org/newsroom/press-release-june-2019-spanish/>). Nos estamos devorando los víveres y elementos que portamos en nuestra única y verdadera “nave espacial”: el Planeta Tierra. El riesgo de colapso está allí. Antecedentes de civilizaciones desaparecidas, según los indicios, por cambios ambientales o agotamiento de los recursos no faltan: los mayas, el imperio Khmer (en la actual Camboya⁽⁵⁶⁾), la antigua Sumer (en el actual Irak), la civilización de la isla de Pascua⁽⁵⁷⁾.

⁵² Demos un ejemplo entre decenas. Según Olivier Vidal (Director de Investigación, CNRS Grenoble) en declaraciones a DW señaló recientemente que “desde el principio de los tiempos la Humanidad ha producido entre 800 y 1000 millones de toneladas de cobre. Pero si continuamos con el crecimiento, esa cantidad se producirá solamente en los próximos 30 años”

⁵³ Daniel Cohen, en “*Le monde est clos et le desir infini*” (2015), realiza un examen histórico, económico y filosófico de la obsesión de la humanidad por el crecimiento económico y las graves consecuencias que surgen cuando esa pretensión ilimitada se enfrenta a un mundo de recursos finitos. Cohen señala, como muchos antes que él, que el crecimiento se ha convertido en la “religión del mundo moderno”.

⁵⁴ Es preciso no confundir la huella ecológica con la huella de carbono. **Esta última es la suma de las emisiones de gases de efecto invernadero** (como el dióxido de carbono o el metano, entre otros), generados directa o indirectamente por un agente (o producto). Es la “huella” que se deja en el medio ambiente **con cada actividad que da lugar a gases de efecto invernadero**. Se expresa en unidades de carbono equivalente (CO₂eq). En la web, se pueden encontrar varios softwares en línea que permiten calcular la huella personal de cada uno y comparar (con las limitaciones del caso).

⁵⁵ El **déficit o el superávit ecológico** nacional es medido como la biocapacidad por persona de un país (en hectáreas totales) menos su huella ecológica por persona (también en hectáreas).

⁵⁶ La desaparición de Angkor (capital Khmer), según fuertes indicios, se debió a cambios medioambientales localizados. Bien pudo ser víctima de su propio éxito: el volumen de población habría llevado a una sobreexplotación del medio que habría acabado deforestando, erosionando el suelo y deteriorando su complicado sistema hidráulico (Cfr. *Angkor*, Ed. Gredos, Barcelona, 2018)

⁵⁷ Un biólogo español, Valenti Rull, sostiene en “*La isla de Pascua. Una visión científica*” (Madrid, 2016) que la catástrofe no provendría del hombre como factor fundamental sino del clima (un período de sequía extremo). Pero otros, como los ecólogos alemanes A. Mieth y H.R. Bork, hablan de una tremenda deforestación de origen humano (la isla habría contado con 16 millones de palmeras, un número que parece exagerado para una superficie de 16 km², lo que daría una densidad de 1 palmera por metro cuadrado... y más aún por superficie “neta”, ya que existían

La visión predominante que enmarca la relación entre la naturaleza y el hombre, al menos hasta poco tiempo atrás, es la que ha dado en denominarse *antropocentrismo tecnocrático*, que considera al hombre como independiente de la naturaleza. Esta visión deriva de aquella de R. Descartes, Francis Bacon y T. Hobbes, que sostiene que el conocimiento no es para llegar al fondo de la realidad sino para dominar a la naturaleza. Conectado a esta idea se encuentra el mito del progreso, tan valorado por la Ilustración del Siglo XVIII, especialmente inglesa: el progreso técnico, posible por la ciencia moderna, mejoraría siempre y en toda circunstancia las condiciones de vida⁽⁵⁸⁾. Una manifestación diáfana de esa óptica optimista se encuentra en un autor adherente de ese tiempo: Edward Gibbon, en “Decadencia y caída del Imperio Romano” (Ed. Turner, Madrid, 2012, original de 1788): “*Cada época en el mundo ha incrementado y sigue aumentando la riqueza real, la felicidad, el conocimiento y tal vez la virtud de la raza humana*” (por entonces parecía evidente el espectáculo de una marcha constante de progreso mientras que desde la Gran Guerra de 1914, y en especial desde mediados del siglo XX, somos más escépticos... ¡o más realistas!)

Así se desemboca en la filosofía social de la tecnocracia optimista de Saint Simon y Comte. La difusión de esta mentalidad creó la sociedad tecnológica (o como diría Ernesto Sábato, *civilización tecnolátrica*), tan criticada por la Escuela de Frankfurt, y tan sospechada como impropia por la crítica posmoderna de Lyotard, Derrida, Foucault, etc.⁽⁵⁹⁾ “*Esta mentalidad tecnocrática suponía la infinitud de recursos como material disponible ilimitadamente para la producción*” (Ballesteros, 1995)⁽⁶⁰⁾.

Aunque **de los efectos negativos del crecimiento, los impactos ambientales son los más difundidos** y por eso resulta casi redundante señalarlos entre economistas, no podemos dejar de realizar una brevísima mención. Si bien el planeta se ha encontrado, en el pasado remoto, con constantes fluctuaciones climáticas, que van desde períodos muy fríos (glaciaciones) a períodos ciertamente cálidos, aquellos eran ciclos *largos*, de miles de años (en 650.000 años hubo 7 ciclos). Por tanto, daban mayores posibilidades de adaptación, y además respondían a fenómenos propiamente naturales. Los cambios climáticos actuales son respuestas *aparentemente* a factores *antrópicos* (esto es, causados por el hombre) y estarían dando pie a una Era Geológica Antropocénica (según Crutzen y Stoermer, en su artículo “*The Anthropocene*”, publicado en 2000, citado en Fitoussi et al., 2008, Cap. 1), totalmente novedosa para los tiempos biológicos de la Tierra.

Está de más remarcar que la velocidad de estos cambios hace muy difícil las adaptaciones de los seres vivos. **La actividad económica humana** de los tiempos que corren **desde la**

espejos de agua y volcanes). En uno de los tantos símiles posibles, de los que el lector conocerá decenas mejores, en tiempos recientes, el hombre al intervenir históricamente sobre los humedales de la boca del Misisipi en búsqueda de más producción los destruyó; y así disminuyó la producción que precisamente pretendía aumentar. Otro caso, esta vez en un mundo alejado de la economía de mercado (la antigua URSS), ha sido el mar de Aral, reducido a una décima parte de su superficie de hace 55 años, cuando era la cuarta superficie lacustre del mundo. Aunque no es preciso ir tan lejos para encontrar eventos “de muy difícil retorno”. Es el caso de las Encadenadas, un conjunto de lagunas interconectadas que forman una cuenca cerrada o endorreica en el oeste de Buenos Aires. Ellas son Alsina, Cochicó, del Monte, del Venado, Epecuén. Pues bien, el aumento de las precipitaciones y el manejo de las infraestructuras (canales, terraplenes y rutas) han provocado un crecimiento de su nivel y la desaparición bajo las aguas de localidades importantes como Villa Epecuén

⁵⁸ La Ilustración tiene sus orígenes en Gran Bretaña, con el precedente de la filosofía racionalista (Descartes) y empirista (Locke, Newton, etc.) del siglo XVII. Su característica es una extraordinaria fe en el “progreso” y en las posibilidades del hombre para transformar el mundo y dominar la naturaleza. Sin duda, que se ha conseguido transformar el orbe, pero no “dominar” la naturaleza ya que hoy todo parece estar saliendo de cauce.

⁵⁹ Incluso optimistas acérrimos, desde un marxismo althusseriano, señalan con dureza: “*No sólo la técnica progresa hacia el infinito o la destrucción*”. (Cfr. Fernández Liria, 2015, pag. 120)

⁶⁰ En similar perspectiva podemos ubicar a Gilles Lipovetsky con sus seis ensayos de “*La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo*” (Anagrama, 2006).

Revolución Industrial, según los indicios, ha llevado a un veloz crecimiento de la cantidad de gases procedentes de esa actividad, especialmente por la presencia de los nuevos convertidores de energía fósil. Así los gases halocarbonados pasaron en la atmósfera de cero partes por millón en 1770 a 0.28 en 1990, el metano creció de 0.8 partes por millón en 1770 a 1.7 en 1990, el dióxido de carbono de 280 partes a unas 410⁽⁶¹⁾, etc. Al explotar los combustibles fósiles el hombre ha cambiado aceleradamente la composición atmosférica⁽⁶²⁾. Este fenómeno *aparentemente*⁽⁶³⁾ conduce a un aumento de temperatura global a gran velocidad (calentamiento global), llevando el promedio de la Tierra a un incremento de 0.2 grados en 1950 (respecto de 1770), 0.35 grados en 1980, 0.65 grados en el año 2000 y el 2024 fue el primer año la temperatura media global superó los 1,5 grados por sobre los niveles preindustriales. Si bien no ha excedido formalmente la meta del Acuerdo de París (para ampliar ver Fransen, T., 2025). Se entiende hoy que el punto crítico son los 2 grados Celsius de incremento⁽⁶⁴⁾. De acuerdo a la National Oceanic and Atmospheric Administration de EE.UU. *“julio de 2013 fue el 341º mes consecutivo de una temperatura global por sobre el promedio del siglo XX”* (de Ambrosio, 2014, pag.64). Además los 10 años más cálidos registrados han ocurrido todos desde 2015. Hoy, 2025, la situación es mucho peor. Todas estas cadenas de modificaciones llevan a cambios globales impredecibles, como por ejemplo en variaciones en la ubicación de las áreas ciclónicas y anticiclónicas, y con ello en los regímenes de lluvias, la cantidad de hielos polares, el nivel del mar, la superficie de los glaciares, etc. De tal modo, **estamos alterando las condiciones ideales para soportar una vida compleja**. La biodiversidad es destruida rápidamente, incluso en países preocupados, como Alemania.

A su vez, con la tala acelerada de extensos bosques se destruyen las “fábricas” de oxígeno y se interrumpe la absorción de dióxido de carbono (que no es sino el viejo y conocido “anhídrido carbónico” de la enseñanza media, con nuevo nombre desde el 2005). Son tantas las variables en juego, y complejas las relaciones entre ellas, que es muy difícil predecir las

⁶¹ En los últimos 500.000 años, nunca se habían superado las 300 partes (con un promedio de 220). Recién aconteció en 1950; y hoy superamos ya 400 partes. ¡Explosivo!

⁶² Los combustibles fósiles son básicamente carbono e hidrógeno. Cuando son quemados, el carbono se oxida y produce **anhídrido carbónico** (hoy más conocido como dióxido de carbono), uno de los gases de efecto invernadero. Son las famosas emisiones de **CO₂**

⁶³ Pese a nuestra adhesión a estas hipótesis, hablamos de indicios y decimos aparentemente pues en ciencia, con estricta propiedad, **nada hay definitivo**; y mañana la hipótesis hoy predominante de una Era Antropogénica puede ser rechazada. Por ejemplo, el especialista internacional Douglas Pollock lo niega, con gran énfasis, recordando, entre muchos argumentos, que el mayor generador de efecto invernadero no es el dióxido de carbono sino el vapor de agua (causante del 50% del efecto invernadero, mientras al dióxido de carbono sería imputable alrededor del 20%).

⁶⁴ Aunque hay diversas apreciaciones, según Paul Rose (ex vicepresidente de la Royal Geographic de Londres), en documental de la BBC, la estimación más confiable es la de Naciones Unidas, que sin embargo pronosticaba un rango muy amplio para el siglo XXI, de entre 1.4 y 5.8 grados. En estudios diversos que menciona en el mismo documental, **la estimación de cambio más probable sería de tres grados** (superando el punto crítico). Es cierto que han existido cambios climáticos globales en el pasado (p.ej. el óptimo atlántico medieval) pero estos cambios se debieron a causas naturales (por radiación solar y cenizas volcánicas), y los modelos climáticos en base a esas variables replican muy bien los valores térmicos históricos. Pero **los mismos modelos no pueden replicar la evolución de las temperaturas desde 1850 en adelante** con las mismas variables naturales del pasado (radiación solar y cenizas volcánicas). **Solamente lo logran incorporando los efectos de la acción humana: los gases del efecto invernadero**. En otras palabras, lo que revela el modelo es una Era Geológica Antropocénica. Es decir, generada por el hombre (concordando con la mencionada idea de Crutzen y Stoermer, op.cit.). Los datos sugieren que la Tierra tiene ciclos naturales de enfriamiento y calentamiento. En la corriente época geológica deberíamos estar transitando lentamente un sendero de enfriamiento hacia una próxima Era Glacial, pero observamos lo contrario, rompiendo los ciclos naturales de la Tierra (hay consenso de la presencia de 7 grandes ciclos en 650.000 años). En ese sentido, estamos en un camino sin precedentes. Lo más notable en el Antropoceno es la velocidad de descarga del carbono fósil en la atmósfera. Ha habido períodos geológicos en los que el CO₂ ha sido tan alto o más que en la era actual pero nunca antes, en los miles de millones de años, se ha vertido tan rápido.

consecuencias futuras, pero las proyecciones existentes son dramáticas en su pesimismo⁽⁶⁵⁾. **Pareciera que el crecimiento, de continuar así, nos conduce a la autodestrucción.**

Incluso, lamentablemente, el mismo proceso se autopropulsa. Al aumentar la temperatura global, las zonas polares, en las áreas de hielos oceánicos (por ejemplo, el Ártico y o la Barrera de Ross en la Antártida), en los lugares donde los hielos son más delgados, y existen grietas, se produce una absorción de calor proveniente de la luz solar, y esto libera gran cantidad de partículas de carbono atrapadas. Estas partículas ascienden hacia la superficie, convertidas en dióxido de carbono, y una vez en la atmósfera potencian el efecto invernadero (y con ello el recalentamiento, la liberación de nuevas partículas y así sucesivamente en un peligroso círculo vicioso). ¿Y cuál es la reacción de la sociedad? Muchos están preocupados pues el proceso físico-químico se ve incontenible (y en auge, dadas las pautas culturales, económicas y de consumo actuales); pero otros, la mayoría diríamos, ven la “ventaja económica” del derretimiento de los hielos árticos, ya que permitirá nuevas rutas marítimas entre Europa del Norte⁽⁶⁶⁾ y el Este de Estados Unidos con el expansivo comercio del Lejano Oriente (Corea, Japón y muy especialmente China); y como sabemos la reducción de costos de transporte genera, *ceteris paribus*, un aumento en la tasa de crecimiento de producción y consumo..., algo que es el anhelo de políticos en el poder y técnicos gestores de política.

Para completar el casillero de peligros, llegaron **los alimentos transgénicos**. La introducción de genes nuevos en el genoma de la planta o del animal manipulado provoca transformaciones impredecibles⁽⁶⁷⁾. No es que el método acelere procesos de por sí naturales sino que trabaja *contra natura*, sobre procesos que jamás podrían haberse producido (al menos hasta los conocimientos científicos actuales), tal como que un tomate transgénico tenga el gen de un pez. Una “cruza” que no parece naturalmente probable. En estos “experimentos”, en los cuales la biosfera toda participa, hay suficientes peligros reales como para afirmar que los alimentos de estas fuentes no son seguros. A punto tal que muchos países restringen su comercialización. **¿Y si es así, por qué se continúa con esto?** La respuesta es sencilla. **La palabra mágica, al final, es crecimiento.** Por supuesto que los defensores sostienen que esto contribuye a erradicar el hambre del mundo. ¿Es que algún lector conoce un agricultor que haya aplicado en su momento el cuestionado *glifosato* (el famoso herbicida) a su sembradío *transgénico* por causas sociales tan atendibles como erradicar el hambre?⁽⁶⁸⁾ Lo hace por la sencilla razón de que aumenta rendimientos y baja costos (individuales)⁽⁶⁹⁾. En definitiva, por que sube las ganancias..., aunque en el largo plazo, en un siglo, no podamos saber qué

⁶⁵ Tenemos que encontrar urgentemente tecnologías y actividades que compensen los errores ya “acumulados”, tal como **expandir actividades con CO₂ negativo** (es decir, que recuperen, no que emitan dióxido de carbono), p.ej. musgo que absorba dióxido de carbono.

⁶⁶ Después de 500 años, estaríamos creando el buscado paso del noroeste (que persiguió John Cabot, entre otros). Llegar al Pacífico desde Europa del Norte a través del Ártico insumiría 7.000 km menos aproximadamente.

⁶⁷ “Hay suficientes peligros reales como para afirmar que estos alimentos no son seguros. Las experiencias pasadas con biocidas como el DDT aconsejan prudencia extrema” (Cfr. *Gran Enciclopedia Espasa Calpe*, Bs.As., 2005, Tomo 38). La introducción de genes provoca transformaciones genéticas impredecibles, así como alteraciones del metabolismo celular del alimento manipulado. El proceso puede acarrear la síntesis de proteínas extrañas al organismo (que, por ejemplo, generan alergias), la producción de sustancias tóxicas (ausentes en condiciones naturales), así como modificaciones de las propiedades nutritivas. Los cultivos transgénicos ponen en peligro la biodiversidad y potencian la *contaminación genética*, ya que existe el posible escape de los genes transgénicos resistentes a los herbicidas hacia las poblaciones silvestres, incluso dando pie, potencialmente, a “super malas hierbas” (*Gran Enciclopedia Espasa Calpe*, Bs.As., 2005, Tomo 38).

⁶⁸ Sobre este particular es interesante recurrir al artículo en mimeo de Alberto Lapolla (Director del Instituto de Formación de la CMP), “*Las 52 millones de toneladas de soja transgénica y la ética de científicos e ingenieros agrónomos*” (2010)

⁶⁹ Por supuesto que se nos puede responder, desde la teoría, con el argumento de la mano invisible de Smith, que estaría obrando a favor de todos, pero está claro que en este caso la búsqueda de la máxima ganancia individual (al igual que sucede con un ladrón, en el viejo planteo de J. Bentham) no conduce a un óptimo social si se lo mira con un horizonte de largo plazo (aunque en el corto plazo, bien puede que sí)..

repercusiones tendrán estas aplicaciones. **Y los Estados, en muchos casos, ¿por qué no prohíben estas prácticas? Por que favorecen el crecimiento;** y ésta parece ser la única meta que importa (ya que, centralmente, por su cumplimiento son evaluados los gobiernos en las urnas)

Esto es, **mientras la sociedad “exige” más y más bienes**, y los políticos y gestores de política económica hacen todo lo posible para suministrárselos (y a tasas crecientes), **el proceso delata costos sustanciales** (en salud humana, congestión, contaminación, desertización y hasta violencia social) y con un apremiante “agotamiento” biológico y físico natural en el horizonte.

LA IDENTIDAD DE KAYA

La **identidad de Kaya** es una expresión matemática que resume la relación entre los factores que influyen en las emisiones de dióxido de carbono que se emiten a la atmósfera. Si se parte de una tautología que es: $CO_2 = CO_2$; y luego operando con el truco matemático de dividir y multiplicar por los mismos factores Energía Usada, Nivel de PIB y Población, se llega a la expresión formal desarrollada por el economista japonés Yoichi Kaya, en coautoría con Keiichi Yokobori siendo objeto de su libro titulado: *Environment, Energy and Economy: strategies for sustainability* (Medio Ambiente, Energía y Economía: estrategias para la sostenibilidad), resultado de la Conferencia Global sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Tokio en 1993⁽⁷⁰⁾. La expresión nos dice que:

$CO_2 = \text{Intensidad de polución} \times \text{Intensidad Energética} \times \text{Ingreso p/habitante} \times \text{Población}$

Si observamos la formulación, queda muy claro lo preocupante del caso, pues suponiendo que se mantuvieran los factores tecnológicos: la intensidad de contaminación (*dióxido de carbono por unidad de energía*) y la intensidad energética (*energía necesaria por unidad de producto bruto*), **si el ingreso por habitante sube** (es decir, hay crecimiento) o crece la población, el nivel de dióxido crecerá, aumentando el efecto invernadero.

Kaya y Yokobori con su fórmula han distinguido los diferentes factores coadyuvantes para el nivel de dióxido de carbono. En este escrito, nosotros sostenemos que ese nivel es solamente un síntoma, pero **la enfermedad es el crecimiento..., y para más descontrolado⁽⁷¹⁾**. Esto es el aumento del tercer factor en la identidad. Identidad que **trabaja** indirectamente **solo uno de los elementos** que se “gastan”: el ambiente **¿y los otros? ¿los minerales, por ejemplo?**

Es decir que, **al hecho de que no hay producto sin costo** (en recursos y contaminación) **se suma que la economía es un sistema abierto**, y su funcionamiento no puede soportar una expansión al infinito. Sin embargo, **el conjunto de la población “no parece estar consciente de estas realidades biológicas”** (Vitousek et al., 1986), incluyendo en ellas la propia capacidad humana de adaptación a una realidad mutante⁽⁷²⁾.

⁷⁰ La identidad es una presentación más precisa que la expresión previa de Paul Ehrlich & John Holdren, conocida como I=PAT (Impacto ambiental es igual a Población X Consumo por persona X Tecnología)

⁷¹ Las fuentes sucias de energía (v.gr. carbón) son las que más dióxido de carbono generan. En 2018, constituían un 79% del total, pero luego la reducción del carbón, sustituido por gas, va llevando a que se estime que la descarbonización del modelo energético sería fuerte hacia 2025 (*aunque hay muchas dudas, pues China ha “retrocedido” en sus planes de descarbonización, pues es su recurso energético más abundantes*). Esto se dará si los precios relativos son favorables a la energía limpia. Sin embargo, que la energía sea más barata, llevará a menores costos, por tanto a menores precios, y de allí a un mayor consumo, que conduciría a mayor crecimiento, y entonces *por cantidades podría depredarse el ambiente, aún disminuyendo la intensidad de contaminación y la intensidad energética* (la “paradoja de Jevons”, ya mencionada). **Un claro caso de depredación por cantidades es el turismo** que ha degradado de modo notable por su masividad, por ejemplo a lugares como Patong, en Tailandia..., y en tan sólo algo más de una década.

⁷² Resulta significativo que se acepte defender el concepto de *hábitat ecológico*, (como lugar físico de un ecosistema que reúne las condiciones naturales a la cuales una especie está adaptada, y que se sostenga la necesidad de la persistencia de esos hábitats so pena de dañar a las especies naturales) pero al mismo tiempo **no se difunda ni se defienda con el mismo énfasis el concepto de *hábitat humano***, como el conjunto de condiciones físicas y culturales que posibilitan sin daño la vida de una población. ¿Por qué no se lo defiende? ¿Será por que el crecimiento altera (y velozmente) el hábitat humano (incluso más velozmente que los hábitats ecológicos), generando daño, y si se lo defendiera se estaría atacando el crecimiento, y esto es un tema tabú?

Y esto último, aunque muy frecuentemente obviado (salvo en los congresos médicos), es de enorme significancia. Así, si bien la creciente utilización de medios técnicos, que suprimen tareas enojosas o de un gran esfuerzo físico, **debería traducirse en un aumento genuino de la “calidad de vida”** (con habitantes más sanos y equilibrados) **paradójicamente se da lo contrario**. La deshumanización del trabajo y las relaciones laborales, la aplaudida competencia, la afanosa búsqueda de la elogiada productividad, la soledad de las grandes ciudades, la ruptura del intercambio natural con el medio físico y la necesidad de adaptarse a un mundo que cambia de forma acelerada, ha conducido a la aparición de trastornos mucho más serios que el agotamiento muscular (para cuya recuperación nuestro organismo está plenamente preparado). El número de personas irritables, tensas, con trastornos digestivos, circulatorios, coronarios, alérgicos, con enfermedades autoinmunes, crece de forma alarmante. Aparece pues un *síndrome general de adaptación (el stress)*.

Esta “enfermedad” inespecífica fue observada tempranamente en la primera sociedad que, al cierre de la Segunda Guerra, vivía el último “grito” de la modernización: **la sociedad norteamericana**. En 1950, el médico austrohúngaro **Hans Bruno Selye**, publicó *“The stress of life”* (Mc Graw-Hill, NY, 1950), donde estudió el tema y creó el concepto, señalando que mientras hasta entonces la población moría de enfermedades *infecciosas*, tratables por la medicina clásica, ahora, **la gente padecía** (y moría de) **enfermedades de desgaste o degenerativas** (muchas de ellas, “autoinmunes”), apuntando que eran **originadas por ese fenómeno biológico de la “incapacidad general de adaptación”** (y particularmente del sistema hormonal) a las presiones y situaciones cambiantes, propias del frenético ritmo de la vida “actual”. En definitiva, enfermedades originadas por lo que él llamó *“stress”*⁽⁷³⁾. **Daño en el corto y, lo más preocupante, en el largo plazo**. Y esta situación patológica se va agravando a medida que se profundiza la velocidad del *American Rhythm of Life* (y su difusión mundial a través de la globalización y los conocidos efectos “demostración” y de “grupos de referencia”, siempre presentes en los procesos sociales de copia por las culturas periféricas a las culturas centrales). En la misma línea, se encuentra el análisis del filósofo surcoreano de la universidad de Berlín **Byung-Chul Han** en *La sociedad del cansancio* (2010)⁽⁷⁴⁾

⁷³ Pero ¿es el stress una enfermedad? La respuesta no es simple. Hans Selye lo define de una manera amplia: *“El stress es una respuesta no específica del organismo ante cualquier exigencia”*. El cuerpo humano proporciona una respuesta ante cada estímulo que recibe. Cuanto más intenso sea éste, más intensa será la respuesta. **Y ante estímulos excesivos, hay respuestas excesivas**, que van debilitando el organismo para respuestas adecuadas a otros estímulos futuros. Dentro de su *teoría general del stress*, el doctor Selye le asigna importancia al que denomina *“Síndrome General de Adaptación”*, en cuyo primer escalón, como detonante están los **agentes estresantes**, que desencadenan una serie de modificaciones en el organismo (con el propósito de adaptar ese organismo al estímulo, de modo inmediato). Este síndrome de adaptación, particularmente al peligro, permitió (y permite) al hombre sobrevivir ante los ataques externos: un recolector primitivo, acechado por un tigre o un leopardo, contaba con esa veloz adaptación (que incluye importantes cambios fisiológicos instantáneos) para huir de la situación. Pero esto era momentáneo y pocas veces se presentaba en un recolector prudente; pero, en cambio hoy, es una presencia periódica, casi seguramente diaria, por no decir constante, solamente que **hoy no es un leopardo sino las exigencias sociales las que acechan**. Peor aún, Selye señala que **los efectos no se remiten a una reacción de emergencia sino que perduran luego de los impactos de los agentes estresantes**. Otros especialistas señalan la importancia de un elemento permanente en la sociedad moderna: **la ansiedad** (que, en muchos casos, surge de la tensa espera de una próxima e inminente agresión social). Esta adaptación orgánica ante los factores estresantes **provoca una acentuación del funcionamiento glandular** controlado por la hipófisis a través de hormonas llamadas “estimulinas”. Las glándulas **comienzan a liberar grandes cantidades de adrenalina, cortisol** (la llamada “hormona del estrés”, de la amenaza inminente) **y demás**. Las cuales provocan visibles cambios orgánicos: vasodilatación, aceleración cardíaca y respiratoria, etc. El permanente estímulo de las glándulas suprarrenales suele llevar a fallas: hiper o hipo funcionamiento; pero incluso el propio centro de control, la hipófisis, enferma y acarrea sobreactividad o subactividad a las glándulas corticosuprarrenales, a la tiroides, a las gonadas, etc. *¿Y todavía nosotros, la gente de a pie, nos preguntamos el porqué de nuestras reacciones desmedidas e irrefrenables en la vida diaria?* Incluso el estrés crónico provoca cambios en la estructura en los circuitos neuronales (consúltese de Días-Ferreira, Sousa, Melo, Morgado, Mesquita, Cerqueira, Costa (2009), *“Chronic stress causes frontostriatal reorganization and affects decision-making”*, <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/19644122/>)

⁷⁴ **Byung-Chul Han**, en *La sociedad del cansancio* (2010), sostiene que la nueva sociedad ya no enfrenta problemas graves de enfermedades infecciosas pero que ha dado paso a un mundo con graves síntomas patológicos, (con

Podemos agregar que, en razón de la gran capacidad de producción actual, el peligro es mucho mayor. Así, por ejemplo, en el siglo XVIII, podía estallar la gran caldera de una máquina a vapor, hoy puede volar una central nuclear. **La sofisticación de los medios lleva a la sociedad a ser más vulnerable al error y la perversidad, al factor inesperado.** No obstante, se actúa, y sobre todo se vive, con imprudente inconsciencia⁽⁷⁵⁾. Es decir que innegables límites, aunque borrosos (y poco reconocibles en algún caso), señalan *la conveniencia* de un “estado estacionario”, y mucho antes de que llegue a ser una necesidad imperiosa..., ya que, como sabemos, **los procesos presentan un “punto de no retorno”**⁽⁷⁶⁾. Esta posibilidad nos lleva de nuevo a la propuesta de **Hans Jonas**, en “*El principio de responsabilidad*”(1995, original 1979), que propone reformular el imperativo categórico de Kant, dando paso al **imperativo categórico de Jonas** (o principio de responsabilidad) y que ya mencionamos en un recuadro. Luego, tendremos que frenar no por prudencia sino por mera supervivencia.

POR SI FALTARA ALGO: LAS ENFERMEDADES

Además, de que el estrés “agrava” cualquier dolencia, el cambio climático ha dado paso a nuevas enfermedades en las otrora áreas templadas. La malaria, el dengue, la fiebre amarilla y la *chikungunya* son casos claros. También el calor potencia la reproducción de bacterias y quien sabe en que medida afecta la mutación de éstas y de los virus (o la aparición de nuevos). Y por si lo anterior no bastara, las olas de calor golpean las grandes ciudades; y por la presencia de mayor volumen de dióxido de carbono, hasta los hongos comunes crecerán más y más..., y con ello las alergias. La presencia de nuevos riesgos, en palabras de Carlo Cipolla, se destaca en recuadro separado (al cierre de este acápite). Tampoco deben olvidarse las enfermedades zoonóticas (aquellas que se transmiten entre animales y humanos). Su presencia es más probable en la medida en que invadimos hábitats, otrora salvajes: la proliferación de nuevas enfermedades virósicas, en las últimas décadas, son una prueba. El daño económico es muy alto, incluso sin considerar la dolorosa pérdida de vidas: en el caso de la epidemia Sars 2003-2004 rondó en 50.000 millones de dólares; y la gripe tiene costos anuales de 500.000 millones.

A esto se suma que la exigencia macroeconómica de nuestra forma cultural de vida (crecimiento y consumo, en rueda potenciadora) desemboca en otras dolencias, por lo común invisibles. Allí están los riesgos de la exposición a sustancias químicas y a campos electromagnéticos. Entre los primeros, se destacan los plásticos. Mejor dicho, elementos incorporados como los ftalatos y el bifenol-A. Son

afecciones neuronales), derivados de la hiperactividad propia de la competitividad (y, agregamos nosotros, del crecimiento derivado en círculo potenciador): como trastornos serios de la personalidad, la extendida depresión y el famoso *burnout* (agotamiento o cansancio... ¿*hastío*?). Todo esto conspira contra una mejor calidad de vida, llevando a un desgaste de la persona (aunque en los papeles se enfatice su libertad e individualismo)

⁷⁵ Brian Fagan, en “*La corriente de El Niño y el destino de las Civilizaciones. Inundaciones, hambrunas y emperadores*”(2010), se lee que una circunstancia paradójica es que **cuanto más hemos crecido más vulnerables nos hemos tornado** a los eventos como El Niño. Ahora no podemos huir de esa “trampa climática”, pues no hay, como antaño, nuevas tierras a las cuales desplazar las comunidades; y de hecho, una proporción cada vez mayor de la población mundial ya no puede migrar para alejarse de la sequía, la inundación o el hambre que los episodios de El Niño (o la Niña) generan. Recordemos que la Corriente de El Niño forma parte fundamental (en el Pacífico) de la circulación oceánica global y la circulación termohalina (o cinta transportadora oceánica), conduciendo, en todo el planeta, junto a otras corrientes, el flujo de calor de la superficie a las profundidades y de las zonas tropicales a las polares.

⁷⁶ A partir del marco acordado en 1992 en Río, en 1997, se llevó a cabo la famosa Cumbre sobre Cambio Climático en Kyoto. Allí 125 países aprobaron el protocolo de compromiso. Pero EE.UU y China no lo suscribieron: el país que más contamina en el agregado (China) y el que más contamina por habitante (EE.UU.). **Sin duda en defensa del nivel de vida pero no de la calidad de vida de sus habitantes.** La 15° Conferencia sobre Cambio Climático, en Copenhague, diciembre 2009, que esperaban redactar una continuación de Kyoto no llegó a un consenso. Y la posterior de París, gastó demasiado dinero para los paupérrimos logros alcanzados. La Conferencia de Partes en Glasgow, la COP26, a fines del 2021, llevó el tema a todas las portadas y plataformas, como nunca antes. Parecería un paso positivo, pero lamentablemente la sociedad y sus referentes caen en la contradicción constante. Por ejemplo, una reconocida modelo y “empresaria” argentina, de frecuente aparición televisiva, por supuesto aplaude la moda y sus cambios, pero dice ser *gran defensora del medio ambiente* ¿es que acaso cree que la moda, con sus vaivenes consumistas, no impacta negativamente el medio ambiente? ¿piensa acaso que el sector textil y la moda en general no tiene huella hídrica ni de carbono? **¿Contradicción por ignorancia o cinismo oportunista?** Son dudosos los efectos prácticos de la COP30 en Río ya que ninguno de los grandes líderes mundiales ha comprometido su presencia

elementos que migran desde los plásticos (abandonando los compuestos que los incorporan) y se constituyen en los temibles disruptores endócrinos, que afectan gravemente el sistema hormonal y autoinmune (sobre estos temas, a los cuales soy muy ajeno, es interesante consultar entre otros a Manera, 2015, “Una amenaza invisible”). En cuanto a lo segundo, la proliferación de los campos electromagnéticos, tal vez sea lo más preocupante pues se expanden a una velocidad super acelerada (wifi, telefonía móvil... y hasta la inocente conexión de una heladera). Sus síntomas son variados: incluyen fatiga extrema, dolor de cabeza, mareos, náuseas, grandes dificultades para dormir, y en algunos casos, problemas cardíacos o digestivos (aunque la OMS no la reconoce aún como una enfermedad médica y sólo se le atribuye entidad psicológica). Los nombres más mencionados de las nuevas dolencias emergentes son **Sensibilidad Química Múltiple** y la **Hipersensibilidad Electromagnética**. Por supuesto, que el crecimiento exige cada vez más y más cantidades de compuestos químicos y de campos electromagnéticos.

Nos reiteramos, existen grandes debates sobre si existe cambio climático; y de existir, cuál sería su causa. Sin embargo, hay un gran consenso en la comunidad de científicos aplicados al estudio del clima: hay cambio climático y éste sería de origen antropogénico (es decir, generado por la actividad del hombre)⁽⁷⁷⁾. Se estima que como parte del cambio la temperatura podría crecer entre 3 y 5 grados centígrados en el presente siglo (ver referencia de Paul Rose, en nota al pie en páginas previas)⁽⁷⁸⁾. Aunque hay quienes sostienen que esta es una sobrestimación, otros argumentan que es una subestimación, y la situación sería mucho más crítica aún. Según el Centro de Datos Climáticos de EE.UU (NOAA, en siglas inglesas), considera que el mes de julio de 2013 fue el 341° mes consecutivo de una temperatura global por sobre el promedio del siglo XX. De los diez años de mayor temperatura global, desde 1880 hasta 2013, nueve pertenecen al siglo XXI y el otro es el reciente 1998. En África, se suceden los records de calor, igual que en Austria, en Pakistán..., en Argentina. Nuestro país ha padecido, entre 2006 y 2013, los cinco años más cálidos desde 1906 (Acot, 2005; De Ambrosio, 2014). Todos hemos observado en nuestras vidas cotidianas recientes, tormentas, vientos, granizadas, inundaciones, que eran impensadas años atrás. ¿Es preciso acotar algo más?

EL FACTOR CLIMÁTICO: UNA BREVE REFERENCIA⁽⁷⁹⁾

La Humanidad ha vivido un sendero conectado al clima. Después de la última **Gran Glaciación**, hace 12.000 años (unas 600 generaciones) ha habido un clima *relativamente* estable, que permitió a los humanos “desarrollarse”. Precisamente el siglo más catastrófico, el siglo XIV, se inició con el período más frío y tormentoso en más de medio milenio, que afectó a las cosechas: fue el principio de la **Pequeña Glaciación**. En Europa, los veranos fueron muy húmedos y se arruinaron los cultivos, dando paso a la Gran Hambruna (en la cual, desdichadamente, el 20% de nuestros abuelos partió). Pero no fue lo peor. Aparentemente, el cambio climático global afectó a los roedores en el Asia Central, y a un organismo biológico que portaban y transmitían a través de sus pulgas (en realidad, el cambio afecta siempre *a todos los organismos biológicos...*, *a unos más y a otros menos*). Así se generó el inicio del gran brote de la Terrible Peste de la cuarta y quinta década del siglo XIV⁽⁸⁰⁾. El cambio climático natural generó las condiciones para la Gran

⁷⁷Los especialistas no ignoran la posibilidad de un Ciclo de Milankovitch. **El Ciclo de Milankovitch** (o de los Hielos, por dar cuenta de las glaciaciones) explica los cambios de clima **por variaciones orbitales** (esto es, en los movimientos de traslación y rotación del planeta) acudiendo a alteraciones en la precesión. (cambio en la orientación del eje de rotación de la Tierra), en la excentricidad de la órbita (la forma de su elipse de traslación) o en su oblicuidad (cambios en el ángulo del eje de rotación de la Tierra). **Pero estos ciclos explican los cambios climáticos en un largo plazo**, no en un corto plazo como el que vivimos y menos con la celeridad actual.

⁷⁸ Se sostiene que los 5° a 6° Celsius en que aumentó la temperatura hace 55 millones de años (que cambió los niveles de lluvias, de océanos, las corrientes marinas, etc), lo hizo en el término de unos 20.000 años. Nuevamente podría acontecer, según se estima, pero ahora en sólo una centuria. Es decir, a lo largo del corriente siglo (ver referencia de Rose, nota al pie en páginas previas). **¡Diecias veces más rápido!** Siempre ha habido cambios climáticos, solamente que ahora es tan acelerado que pocas especies podrán adaptarse.

⁷⁹ Hay muchos textos que teorizan sobre efectos del clima en la historia, p.ej. Parker, 2013 y Blom, 2019.

⁸⁰ Esos fueron sus años como pandemia, pero la peste permaneció endémica en Europa, cuando no epidémica en diversas olas posteriores al siglo XIV, incluso en el siglo XVIII. En especial, fuera de Europa, en el Oriente asiático. (Cfr. J. Betrán, 2006, Historia de las Epidemias en España y sus Colonias, Madrid)

Peste, pero **fueron los desplazamientos humanos los que la dispersaron**, por las rutas comerciales y los senderos de los ejércitos, primero en el Asia y luego en Europa. Pero desde la Gran Peste, hasta el siglo XX, el clima fue muy estable (lo que implicó que resultara predecible) como en pocas oportunidades antes, y eso permitió condiciones de crecimiento y, también, en parte de desarrollo..., hasta fines del siglo XX.

«Líderes políticos, economistas y muchos otros, cegados por las formas en que el crecimiento parecía mejorar la vida, empezaron a creer que el crecimiento no solo era bueno sino que tenía un costo mínimo o nulo. “En Occidente, aunque el crecimiento tiene su precio — declaró un economista británico (...) a principios de la década de 1960—, puede que al final no sea tan terriblemente alto”. Resultó estar tremendamente equivocado. La incesante búsqueda de crecimiento ha acarreado un precio enorme, con consecuencias destructivas que aún no comprendemos del todo. Ese precio se suele expresar en términos medioambientales: el crecimiento nos lleva hacia una catástrofe ecológica (...).» (Susskind, 2024)

Hasta aquí se puede tener la impresión de que los únicos impactos dañinos del crecimiento son a la salud y al medio ambiente, pero no es nuestro parecer y aparentemente tampoco el de Susskind (2024)..., al menos en eso acordamos. *«Pero el crecimiento también está relacionado con muchas de las demás preocupaciones principales (...). Las tecnologías promotoras del crecimiento (...) también han creado desigualdad: han hecho a la humanidad más próspera, pero también más dividida. Han amenazado el trabajo (...): la inteligencia artificial y otras tecnologías están alterando los mercados laborales (...) de una manera que no está claro que podamos controlar.» (Susskind, 2024).* Entonces, parece que los costos de daño no alcanzan sólo a lo psicofísico y ambiental sino que, según desarrollaremos en los próximos acápites, quizás otro mal no menor, otra pérdida, sea social.

Por eso, es menester **la construcción de un nuevo “paradigma” en el análisis económico. Un paradigma que bien podemos llamar de “antieconomía”⁽⁸¹⁾**, ya que desde los inicios del pensamiento económico científico con A. Smith la meta fue, salvo contadas excepciones, “potenciar el crecimiento”. Simultáneamente es preciso **un cambio de valores** en el conjunto social: **el paso de la desmesura a la moderación**. Lo cual, desde ya, es lo más difícil. A la vez, y como consecuencia de las dos metamorfosis anteriores, **se impone un cambio en las instituciones que permita implementar**, sin daño social mayor, **la meta de un “estado estacionario”**.

¿ANTIECONOMÍA?

Ya que todas las líneas del pensamiento económico que parten del siglo XVIII han tenido como norte declarado el crecimiento, por cuestionar tal objetivo estas páginas bien pueden catalogarse como de “antieconomía”. Pero la economía es la ciencia que estudia la administración de una innegable escasez: escasez de bienes y escasez de recursos de toda índole (desde los naturales a los humanos). Recordemos que un buen economista debe considerar todos los efectos, hasta los más distantes, y por eso mismo la administración de que hablamos, en su evaluación, tiene necesariamente que contemplar el agotamiento inexorable de recursos (desde la biósfera a los minerales y los combustibles), por tanto esta línea de debate se inscribe perfectamente en la mirada económica, ya que busca eso mismo: **economizar recursos mirando la totalidad del horizonte** y no sólo, en miope perspectiva, lo más inmediato (con ausencia del principio de prudencia, y no contemplando los riesgos que puedan afectar.).

⁸¹ El uso del término **anti-economía** no significa tácitamente que la temática de este artículo no sea un asunto de la economía como disciplina. El término lo hemos acuñado en razón de que **nuestra visión se opone a la visión económica predominante, que coloca al crecimiento como eje fundamental** (casi fundacional). Así ha sido sostenido y defendido por prácticamente **todas las corrientes del pensamiento económico**, algunas acompañando ese crecimiento con un reclamo de índole redistributivo (como las corrientes socialistas y marxistas) y otras no, pero siempre defendiendo el crecimiento como objetivo relevante..

Cabe acotar que si bien el crecimiento colabora en aliviar o hasta cubrir las necesidades primarias de los “pobres”, **no por ello dejarían de ser “pobres”...**, es más, **posiblemente su pobreza crecería en términos relativos** (al multiplicar el mismo crecimiento las necesidades “sociales” o la presencia de los llamados “bienes posicionales” o de status, a los cuales la gran mayoría no tendría inmediato acceso, Fernández de Castro et al., 1987, Cap.7)⁽⁸²⁾. Similar criterio es el que se maneja en la argumentación de Keynes sobre necesidades absolutas y relativas que ya mencionamos.

Es para destacar que en el mundo francés, la presencia de *les théories de la décroissance* ha sido importante (y aún tiene cierta presencia), pero está marginada en el ámbito de la economía. Pocos quieren hablar de esto. Es casi un tema tabú. En los 70, aparece el gran inspirador moderno N. Georgescu Roegen, y también Ivan Illich que contribuyó con su argumentación de pensador social a esta teoría del decrecimiento. Hoy tiene exponentes como Serge Latouche, J. Harribey, G. Kallis o J. Hickel.

Susskind califica el movimiento como “el disparate del decrecimiento”. Modestamente discrepamos. Escribe en Susskind, 2024, *«se basa en un malentendido sobre el funcionamiento real del crecimiento económico, un error que se refleja en la máxima de que “no es posible un crecimiento infinito en un planeta finito”»*. Y agrega *«El crecimiento no proviene de utilizar más y más recursos finitos, sino de descubrir más y más formas productivas de utilizar esos recursos finitos»*. De esto no cabe la menor duda..., como no cabe tampoco la menor duda de que los recursos siguen siendo finitos por más ingeniosa y eficientemente que los usemos. Valga la analogía: si estamos perdidos en el desierto, la cantidad de agua dulce que tengamos a disposición siempre será finita por más ingeniosamente que la consumamos. Además, el mismo Susskind reconoce un final al hablar de recursos finitos; por tanto cae así en una contradicción ya que por definición algo finito siempre tiene un punto de agotamiento por más productivo que sea su uso.

PREOCUPADA OPINIÓN DE UN ESPECIALISTA... hace 50 años

Hace medio siglo, un historiador de referencia, Carlo M. Cipolla, emitió la siguiente opinión, tan preocupante como premonitory en más de un aspecto: *“En el pasado han existido períodos durante los cuáles las catástrofes han sido únicamente consideradas desde el punto de vista del hambre y la escasez de alimentos (...). Pero luego, empezamos a darnos cuenta de que en realidad el exceso de población podría constituir una amenaza desde otros puntos de vista y que, aparte de la posibilidad del hambre, existían otros peligros no menos terribles. Podríamos encontrarnos con una epidemia que nos sorprendiera desprevenidos, y que cuando llegáramos a tener vacunas contra ella hubiera causado ya la muerte quizá de media humanidad; podríamos considerar también que la vida en algunas grandes ciudades pueda llegar a ser insostenible, tanto debido a la contaminación como al incremento de la delincuencia y las tensiones sociales. Por otra parte, si producimos bienes para las necesidades de la creciente población obtendremos una enorme cantidad de subproductos negativos que envenenan el aire y destruyen el medio ambiente (...) podemos llegar a un desequilibrio general (...)”*. (Cfr. La Explosión Demográfica, página 11, Biblioteca Salvat de GT, 1973)

⁸² Hay otra circunstancia que no puede obviarse. Históricamente, el crecimiento ha disminuido **la pobreza absoluta**, pero a la vez, como hemos señalado en el texto, puede **aumentar la desigualdad** (que no es sino una medida de pobreza *relativa*). Esto se ha venido dando en China con toda claridad. **Y esto se cumple** en mayor medida en cuanto se suele considerar pobres relativos a todos aquellos que tienen un ingreso inferior al 40% del ingreso medio del país. Esta pobreza, por definición, solamente podría superarse distribuyendo más “igualmente” el ingreso. En las últimas décadas, a nivel mundial, el porcentaje de pobres ha caído, pero el número absoluto de pobres ha aumentado. Por supuesto, el cómo medir la pobreza es todo un tema. Es interesante recurrir a la polémica sobre tal punto entre Steven Pinker y Jason Hickel (aunque ninguno de los dos es economista, pero sí “pensadores sociales”)

VI. CRECIMIENTO, DISTRIBUCIÓN, POBREZA Y EXCLUSIÓN.

“La alegría dura poco en la casa del pobre”

Refrán popular

“Lo que es naturaleza en los animales es miseria en los hombres”

Blaise Pascal (Pensamientos, 117)

El gran drama de la Humanidad ha sido (y es) más la pobreza que la desigualdad. Fue realmente con la Revolución Industrial cuando comenzamos a escapar masivamente de los niveles de subsistencia (de la pobreza, que es finalmente un caso de “desigualdad absoluta”). Con el crecimiento “todos” ganan, aunque habitualmente la desigualdad crece⁽⁸³⁾ *no necesariamente* porque unos empeoraron sino porque otros mejoraron comparativamente más⁽⁸⁴⁾. Se debe reconocer que desde 1986 a 2015/2016, el crecimiento mundial ha permitido bajar el coeficiente de Gini, en varios países de América Latina, pero empeoró en los Países Industrializados y en los países asiáticos, como China, Vietnam o India (y también, en los ex países del bloque soviético). En estos últimos países **se ha reducido la pobreza en millones de personas, y al mismo tiempo ha aumentado la desigualdad**. Esta es una faceta tocada en Cohen (2012)⁽⁸⁵⁾. No obstante, todo depende de la medición de la pobreza; y como ha apuntado Serge Paugam en “Las formas elementales de la pobreza” (2005): *“la definición de un umbral de pobreza, aunque bien elaborado (...) siempre será arbitrario”*.

Así, hemos llegado a uno de los más esgrimidos argumentos para justificar un constante e ilimitado crecimiento: **la presencia de pobreza** (el otro argumento es que sin crecimiento no habría “progreso”, por ejemplo en las técnicas médicas). Argumento engañoso pues deja de lado la posibilidad de “redistribución”, ya que mientras haya crecimiento económico habrá una esperanza de que pueda mejorar la vida de los “pobres” **sin sacrificio alguno por parte de los “ricos”** (lo que, en definitiva, cumpliría la definición de “mejora paretiana”). Pero la realidad es que el logro de una economía global sustentable *desde el punto de vista ambiental, y armónica y cohesionada desde lo social*, no parece posible de mantener en el tiempo sin que los económicamente afortunados **limiten su consumo para que los “pobres” puedan incrementar el suyo**. Esta es nuestra hipótesis de un “estado estacionario selectivo”⁽⁸⁶⁾

⁸³ En especial ante grandes cambios tecnológicos. Ejemplos a citar son Gran Bretaña del XVII y XIX, Alemania y EE.UU. del XIX y principios del XX, China o Rusia desde 1990.

⁸⁴ Sin dudas que el crecimiento ha sacado la Humanidad de la restricción de “mera subsistencia” en que vivía hasta hace cinco siglos; y particularmente desde hace 30 años ha ubicado a millones de personas por encima del nivel de pobreza (China, India, Vietnam). Bien podría decirse, que en aquellos años y *en términos de la hipótesis que aquí postulamos, esas áreas geográficas se encontraban en el tramo ascendente* de la curva de relación de Nivel de Ingreso y Calidad de Vida. Es éste un efecto muy positivo, **pero no puede decirse lo mismo de los efectos sobre la desigualdad**. La sociedad china en 1970 tenía seguramente un alto nivel de igualdad; pero, a la vez, un gran nivel de pobreza. El último medio siglo ha implicado un crecimiento enorme, bajando el número de personas en situación de pobreza, pero al mismo tiempo creció la desigualdad. Desde 1986 a 2015/2016, el crecimiento mundial permitió bajar el coeficiente de Gini, en varios países de América Latina, pero empeoró sustancialmente en los Países Industrializados y en los países asiáticos, como China, Vietnam o India (y también, en los ex países del bloque soviético). En estos últimos países **se ha reducido la pobreza en millones de personas, y al mismo tiempo ha aumentado la desigualdad**.

⁸⁵ El crecimiento económico acelerado en China ha ido de la mano de un aumento masivo de la desigualdad. Las personas ya no se comparan con sus padres, sino con sus vecinos más ricos. Este efecto, conocido como la “trampa del bienestar”, hace que la felicidad sea un objetivo desplazable y difícil de alcanzar. La frustración y la envidia se convierten en sentimientos más comunes, aumentando la ansiedad y la inseguridad sobre el futuro, a pesar del aumento de la riqueza. Cohen utiliza el caso chino para demostrar que la lógica del *Homo economicus*, que valora la acumulación material por encima de todo, no necesariamente conduce a la felicidad. El crecimiento per se no es la solución si no se aborda el problema de la desigualdad con eficacia (Cfr. Cohen, 2012).

⁸⁶ Pese a todo lo señalado, no se nos escapa que si detenemos la expansión (esto es, el ingreso por habitante mundial se mantiene); y se realiza una distribución igualitaria absoluta entre todos los habitantes del mundo, el nuevo nivel de

La sociedad postindustrial (y sus enclaves en las áreas subdesarrolladas) tiene en sí la semilla del exceso: **consumir más de todo** (juicio que incluso se desliza en la teoría del consumidor bajo el axioma “de no saciedad” o de “no saturación”: siempre se preferirá más a menos). Se convierte entonces en una sociedad especialmente “para privilegiados” (entre los que nos encontramos finalmente nosotros, aunque nuestra participación sea baja). Piense usted que los Estados Unidos, con un 5% de la población mundial consumía en los noventa, el 30% de los recursos globales de energía, y en cuanto a las materias primas rara vez bajaba del 20% del total consumido. Y este ejemplo internacional es perfectamente extensivo dentro de cada país, aunque no contemos con datos tan contundentes. Esto es, la sociedad de consumo por su propia mecánica “de crear nuevas necesidades” (por la publicidad, por el cambio tecnológico) va generando “excluidos”, absolutos o relativos⁽⁸⁷⁾.

Es así que se llega a **la opulencia como adicción**; y a un error de evaluación del crecimiento, según entendemos. Efectivamente, para evaluar el crecimiento existen **problemas de estimación** de cada componente (precios relativos) y **de ponderación** de los mismos (peso de cada componente en una canasta de producción). Pero especialmente se dan dificultades para evaluar y ponderar los beneficios y los costos del proceso de crecimiento, ya que los primeros, los beneficios (la opulencia) son muy visibles y de corto plazo, mientras los segundos, los costos, en general permanecen ocultos⁽⁸⁸⁾ y son de más largo plazo (pero resultan más persistentes, así en lo ambiental como en lo social). Por eso, **la opulencia, al ser de gran visibilidad, puede resultar fácilmente sobre ponderada** con respecto a elementos menos tangibles, como la salud humana, como el medio ambiente, como los lazos sociales⁽⁸⁹⁾.

Retornando al tema pobreza, es útil revisar el análisis de **Simon Kuznets** (de 1966) (“*Crecimiento económico moderno*”, Aguilar, 1973), quien sostiene que la relación entre nivel de “desarrollo” y desigualdad va cambiando, según sea el grado de desarrollo de las naciones. De tal modo que en las sociedades premodernas (p.ej. una tribu, el mundo medieval) hay bajo nivel de desarrollo y reducido nivel de desigualdad. Cuando se inicia el crecimiento, algunos pocos se enriquecen rápidamente (son los “ganadores”). La desigualdad económica se instala y crece. Pero cuando se llega a una etapa superior del ingreso por habitante, tal desigualdad social descende. Se daría pues una “U” invertida⁽⁹⁰⁾. Se va presentando lo que se ha denominado, a

vida post redistribución sería menor al de Uruguay, Panamá, Chile o Costa Rica pues el ingreso per cápita de estos países superaba el promedio mundial (según datos de la ONU para 2018, era de U\$S 11.339, siendo superior en un 10% al de Argentina, que se reportaba de 10.041): Lo cual no está nada mal, **pero la sociedad pretende niveles mayores**. Este sería un cuestionamiento más a nuestra propuesta de “estado estacionario global” aunque con la distinción de un “**estado estacionario selectivo**” (si bien, una vez más destacamos, nuestra idea apunta a la Calidad de Vida y no al Nivel de Vida).

⁸⁷ En la sociedad moderna en que vivimos, se encuentra latente, en el mismísimo nivel teórico, la idea de la exclusión. Esto es, quien no pueda producir al ritmo exigido por el “standard” debe quedar fuera (el enfermo, el no capacitado, el obsoleto por técnica..., el viejo). La meta es la mayor “productividad”, no la integración social.

⁸⁸ En realidad, **están “ocultos” pues no se asocian directamente al crecimiento**, por ejemplo, la inseguridad y la delincuencia, que se multiplican en las grandes urbes, que son los principales “centros” de crecimiento. Pero este asunto sería otro debate. Otro gran coste oculto son las enfermedades zoonóticas.

⁸⁹ Esta sociedad del exceso, de lo “superfluo”, recibió alabanzas no por casualidad de un sibarita de su tiempo, el filósofo y economista David Hume. A mediados del siglo XVIII en “Sobre la seguridad de las artes”, que se encuentra incluido en sus “Discursos Políticos” (de 1752), escribe: “*Los límites entre virtud y vicio no pueden fijarse exactamente en este caso (...). El aumento y el consumo de todos estos objetos que sirven de ornamento (...) son beneficiosos para la sociedad (...). En una nación en la que no exista demanda de tales consumos los hombres sucumben en la indolencia (...) y son inútiles para la colectividad(...)*”.

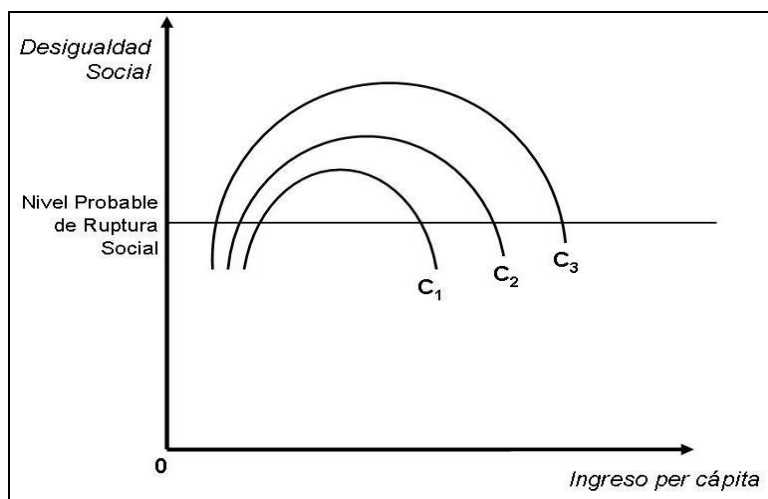
⁹⁰ La idea de Kuznets se basa en que los sujetos migran de un sector rural, de bajos salarios y reducida desigualdad, a un sector urbano de mayores ingresos (por mayor productividad) pero de mayor desigualdad. La situación posterior de menor desigualdad se produciría luego de varias décadas de crecimiento. Vamos a aceptar esta hipótesis como punto de partida del análisis. Los primeros trabajos empíricos se basaban en “cross-section” que avalaban el concepto. Sin embargo, datos posteriores, de series de tiempo por países han fundado trabajos que la cuestionan y puede decirse que van en dirección opuesta (Cfr. Deininger y Squire, 1996). **La moraleja de Kuznets es que no es**

veces, la “montaña rusa de la desigualdad”. Como Paul Krugman subrayó en 2014 *“el problema de la pobreza se ha convertido en parte de un problema más general de aumento de la desigualdad salarial”*⁽⁹¹⁾

Sin embargo, desde el análisis deductivo podríamos argumentar firmemente que el crecimiento incrementa la desigualdad (aunque “todos” mejoren en términos absolutos). El análisis es sencillo: si el crecimiento se debe a cambio técnico con incorporación de capital, y hay heterogeneidad entre los grupos en su capacidad para aprovechar ese “progreso” técnico; y adicionalmente aquellos que aprovechen tal cambio ven incrementar diferencialmente su productividad y, por tanto, su ingreso relativo, puede concluirse que el crecimiento (que viene indudablemente de la mano del cambio técnico) conllevará un aumento de la desigualdad (Figueras, 2011). En esa misma dirección. En la misma dirección apunta Ph. Aghion, ya que en su planteo el crecimiento implica innovación y esta conlleva una distribución desigual ya que no todos participan idénticamente en la innovación (por ejemplo, en Aghion 2010 y 2016). La innovación propulsa la rueda de la prosperidad generalizada... ¡pero, por lógica, desigual!

Hay trabajos empíricos que encuentran indicios claros en esa dirección: Katz & Murphy (de 1992) y Acosta & Gasparini (de 2007), dicho sencillamente, explican que la incorporación de capital amplía la brecha. Prueba de que el crecimiento implica como resultado secundario un aumento de la desigualdad es que, hasta el siglo XVIII (cuando se inicia el gran despegue del crecimiento propiciado por la Revolución Industrial), existían diferencias muy pequeñas entre los niveles de ingreso medio de las diferentes áreas geográficas si los comparamos con las brechas posteriores y las actuales. Precisamente, se suele hablar de aquella época como las *raíces de la “Gran Divergencia”* (Guilera Rafecas, 2016, referenciando un trabajo previo de Milanovic, Lindert y Williamson sobre la desigualdad preindustrial)⁽⁹²⁾

Gráfica III



preciso preocuparse por la desigualdad ya que ésta, según su esquema, se resuelve *per se* durante el proceso de crecimiento.

⁹¹ Desigualdad salarial que, agreguemos, está conectada al dispar aumento de la productividad de cada quien. En el siglo XXI, países como China e India, al tiempo que llevaban fuera de la pobreza a millones, veían crecer su productividad, sus economías y sus brechas salariales.

⁹² Sin embargo, conectado a nuestra propuesta de estado estacionario, Piketty sostiene que la desigualdad será de mayor intensidad si la tasa de crecimiento se reduce a niveles cercanos al 1,5%. **Sería una argumentación que va en contra de nuestra propuesta de “estado estacionarios selectivo” (o de crecimiento selectivo)**

Por otro lado, aquellas observaciones y análisis de Kuznets, podrían complementarse diciendo que **las tasas de crecimiento también tienen su importancia en el proceso**, y no exclusivamente el nivel de ingreso vigente. De manera que bien podemos hipotetizar una curva de Kuznets *para cada velocidad de crecimiento*: a mayor velocidad, más alta la curva. Es decir, mayor desigualdad para cada nivel de ingreso. Podemos teorizar también la existencia latente de un nivel de malestar social a partir de un nivel de desigualdad, que se entiende como socialmente *insostenible* (¿insostenible, quizás?) o **“nivel de probable ruptura social”**. Se presentaría un dibujo teórico de un mapa de curvas, como en la gráfica III, que remedaría de algún modo *el dibujo en perspectiva* de un túnel.

Habíamos mencionado el estrés como enfermedad del “crecimiento” por incapacidad de adaptación personal. Pues bien, incluso un optimista social, como Kuznets, sostiene sin embargo la presencia de una *“capacidad limitada del sistema económico y social para adaptarse a los cambios”* (Fitoussi, 2008, Cap. 2). Lo cual es un límite olvidado, y que puede contribuir a la ruptura social que teorizamos.

Si miramos el contexto mundial, podemos decir que el crecimiento ha demostrado su capacidad para cubrir necesidades primarias pero su incapacidad para reducir desigualdades planetarias y locales. Según los cálculos de Maddison (citados en Fitoussi et al., 2008, Cuadro 6, Cap. 3) el índice de disparidad entre la región más rica y la más pobre del mundo (dividido en *megarregiones*), en 1870, era de 5 y en 1998 de 19. El economista **Paul Bairoch** ha estimado que la diferencia de ingreso (nivel de vida) entre la población más rica y más pobre, por *grandes regiones*, antes de la Revolución Industrial era de 1 a 3. Con la Revolución Industrial llegó a ser de 1 a 30. En 1990, el ingreso de un estadounidense era 180 veces el de un etíope (Bairoch, 1997); y en el 2004, alcanzaba ya las 380 veces. En otras palabras, un habitante de EE.UU. consume en un solo día lo que un etíope promedio consume en más de un año⁽⁹³⁾. También se suele hablar de la *huella ecológica*, esto es la superficie necesaria para producir los recursos consumidos y residuos generados por una persona. En 2005, la huella de un estadounidense era de 9.4 ha, y de un habitante de Malawi 0,5 ha (Campos Salvá, 2010, pag.17). Para otros datos, véase el Recuadro “Las Huellas Humanas”, en páginas anteriores (Acápite V).

Consecuencia de esta hiriente disparidad, algunos *“encuentran virtudes ecológicas en las desigualdades (...) ya que si (...) todos (...) tuvieran acceso a la opulencia (...) ¿cuántos planetas se necesitarían?”* (Fitoussi et al., 2008, Introducción). Incluso si el patrón de consumo fuera el promedio de Argentina se necesitarían 1.2 planetas (si fuera el de Estados Unidos, el valor sería 5.4) (Leonard, 2010, pag. 213)⁽⁹⁴⁾...., ¡y estos valores son de más de una década atrás!

Por si lo anterior fuese poco, **un hecho similar se repite dentro mismo de los países (a nivel de regiones)**, incluso se lo puede teorizar “sencillamente” (cosa que aquí no haremos). En Mario Polèse, 2009 (Cap. V) se lee, resumiendo su argumentación: *“En cualquier sistema en que los ingresos (...) o las tecnologías estén cambiando, la estructura de la demanda está en constante mutación, en beneficio de ciertos productos y en detrimento de otros. A menos que se*

⁹³Hemos aceptado estas cifras como razonablemente verdaderas, aunque muchos estudiosos sostienen que los niveles de desigualdad se vienen reduciendo desde hace décadas. Incluso discuten que la igualdad económica en ingreso y/o patrimonio, sea un valor a defender y perseguir. Alguien que duda sobre la conveniencia de la igualdad es Rodríguez Braun, que ya citamos páginas atrás (Rodríguez Braun, 2000). Tal cita, más extendida, reflejando su idea es *“(...) la relación entre las rentas por persona de los países ricos y los países pobres (...) hace dos siglos era de cinco a uno, y la desigualdad disminuye hacia atrás, precisamente cuando se generaliza la pobreza. De ahí que el buscar suprimir la desigualdad, castigando a los ricos, suela crear efectivamente más pobreza y menos libertad”*.

⁹⁴ Y eso que estamos contemplando el promedio de Argentina y Estados Unidos, lo que incluye a los “pobres” en ambos países; pero si el patrón de consumo fuera el de los *no pobres*, obviamente el número necesario de planetas sería mucho mayor.

postule que todas las regiones (...) tienen las mismas ventajas para la producción de todos los bienes (...), se llega inevitablemente a la conclusión de que el desarrollo económico engendra las disparidades regionales”.

Para completar el cuadro de situación, en el difundido libro de Piketty, cuando trata la “estructura de la desigualdad”, se observa que la misma está aumentando. ¿Desde cuándo? Desde 1980..., *además de lo argumentado por Piketty*, nosotros podemos agregar que es **precisamente cuando la tasa de crecimiento se disparó**. Tal vez, teorizamos, *si aceptamos la idea de Kuznets original*, desplazando la curva hacia arriba (como *el túnel* de la Gráfica III)⁹⁵.

Por todo lo antedicho, creer que el crecimiento es necesario por disminuir la desigualdad relativa, es por decir lo menos muy discutible.

VII. EL SECULAR DEBATE SOBRE EL PROGRESO... Y EL CRECIMIENTO

“Nos encaminamos hacia catástrofes sin precedentes”
Albert Einstein (citado en Wright, 2004)

La idea que encierra el concepto de progreso es, en esencia, que el presente es superior al pasado, y más aún la absoluta fe que el futuro será mejor todavía. Pese a que tal como se lo entiende dogmáticamente hoy proviene del siglo XVIII, su cuestionamiento es muy anterior.

En este tipo de debates, suele ser conveniente, buscar el origen del vocablo, que en sí mismo suele encerrar toda una perspectiva. Suele considerarse que el término “progreso” proviene del griego *prokopé*, que aparece por primera vez en el vocabulario estoico, con el significado de “*mejora en la virtud*”. También se conecta al latín “*gredi*” (andar) y de allí “*progredi*”, *caminar hacia adelante*, avanzar y, por extensión, mejorar. Esta extensión surge remotamente del concepto aristotélico, que sostiene que el hombre busca avanzar hacia su potencialidad. Esto es, *transformar en acto lo que está en potencia*. También la idea del avance hacia **una perfección futura** está en la religiosidad hebrea antigua (los “reinos” mencionados por el Profeta Daniel); y, por tanto, luego en el cristianismo. Así, **para Max Weber**, el *moderno* concepto de progreso no es sino una secularización de la perspectiva judeocristiana de la historia, de la esperanza *escatológica* y del Providencialismo Divino.

Pero aquella idea religiosa que originariamente apuntaba al comportamiento, a la conducta, se extendió luego a todos los planos, en especial materiales. Todo mejoraría con el paso del tiempo. Desde el siglo XVII, se inició un debate sobre el progreso mismo en el sentido cultural; y más adelante, ya en el siglo XIX, particularmente sobre el crecimiento económico.

Sin embargo, **las sociedades clásicas**, como la grecolatina, **entendieron que ese “estadio” de perfección**, que buscaban a nivel social, **estuvo en el pasado**. En una “edad de oro” ya pretérita, a partir de la cual se produce un deterioro. Entonces más que ir hacia adelante habría que caminar hacia atrás. Pero lo común era más bien pensar en ciclos de decadencia y progreso. Así lo entendió Platón; y ya en el Renacimiento, lo reiteró Giovanni Batista Vico con su teoría de “*corsi e ricorsi*”.

⁹⁵ En los últimos años, se ha dado una defensa de la sociedad económica que se forjó desde el siglo XVIII (el siglo del despegue en el crecimiento) por autores como **Steven Pinker** (“*The better Angels of our nature*”, Penguin Books, 2011; y “*Enlightenment Now*”, 2018, con traducción de Paidós, “En defensa de la Ilustración”), y réplicas críticas a esa mirada de Pinker, como la del antropólogo **Jason Hickel** (en “*Less is more: how degrowth will save the world*”, Penguin Random House, 2020), en dónde se defiende, en cierto modo “el decrecimiento” y aunque con variantes, una línea próxima a nuestra propuesta, tal como se desprende de su título.

No obstante, en la época “prerrenacentista” y renacentista, al redescubrirse el producto de las artes de la cultura clásica (fruto de una época de esplendor económico como fueron los tiempos romanos) y confrontarlo con su propio tiempo del “Quattrocento”, el resultado era desfavorable, con la conclusión de que el proceso que se había vivido, durante centenas de años, era de decadencia. Es decir, el redescubrimiento de la cultura clásica llevó a mirar aquel presente de los siglos XIV y XV como una situación de decadencia respecto de la admirada cultura antigua.

Pero a medida que las décadas pasaron, se fue conformando otro juicio contrapuesto; y fue emergiendo un debate. **Debate conocido como la “querella de los antiguos”**, y que los sajones llamarían más tarde “*la batalla de los libros*”. Estrictamente, esta controversia sobre el avance de las artes (y luego del conocimiento y del proceder humano) surgió de una polémica literaria en la tercera y cuarta década del siglo XVII. Primero **Alessandro Tassoni** y luego **François de Boisrobert**, escribieron cuestionando a los pensadores y poetas de la Antigüedad (y, particularmente, a Homero). Esto precipitó el debate. Había quienes preferían a los autores recientes, mientras otros se inclinaban por los antiguos. Por entonces, ya en los mismos inicios, el conocimiento y su adquisición “racional” jugaron su rol: **Francis Bacon** se aleja de la tradición teórica aristotélica y propone una base solamente empírica e inductiva. Es el “*Novum Organum*”, al que se suma después “*El Discurso del Método*” de Descartes.

El asunto del debate fue consolidándose con **Charles Perrault** en su “*Paralelo de antiguos y modernos*”. Los tratadistas entienden que allí se vislumbra ya una “**teoría del progreso**”, la cual tomará mayor cuerpo con la obra de **Bernard Le Bouvier de Fontenelle**, quien fuera Secretario de la Academia Francesa. En 1686, publica “*Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*”, que fue una de las obras que difundió la nueva imagen científica. La cual, a su entender, superaba con creces la de los antiguos. **Entre las muchas proposiciones que allí señala como verdades definitivas** (algo muy típico de los científicos de todos los tiempos, a pesar de sus declamaciones de prudencia metodológica) **estaba aquella que sostenía que todos los planetas y la luna están habitados**, aunque sus pobladores difieren en tamaño, y sus diferencias aumentan con la distancia; de allí que “*un terrestre y un selenita se parecen más que un terrestre y un saturniano*”(sic), nos dice.

Envalentonado, por la recepción que tuvieron los dichos de la obra mencionada, **en 1688 da a la imprenta “Digression sur les anciens et les modernes”, el texto que establecería la “teoría del progreso”, al menos desde los tiempos de la Ilustración hasta la desilusión que la hecatombe de la Primera Guerra provocó. Aunque ahora, particularmente desde los años noventa, ese ingenuo optimismo ha vuelto a ganar adeptos entre la gente culta y los científicos (que incluso intentan, como Fontenelle, divulgar la ciencia, pero no por el conocimiento en sí, sino por propagar esa idea de un progreso, siempre maravilloso e inocente, según ellos).**

También en Gran Bretaña, se da la misma postura. Por aquellas tierras, como dijimos, se la denominó “*la batalla de los libros*”, nombre que le atribuyera **Jonathan Swift** (el autor de “*Los Viajes de Gulliver*”). **David Hume** también aportó lo suyo, y **sugirió que el crecimiento demográfico y el progreso estaban vinculados.**

El lector atento observará que esta idea de Hume no es sino un adelanto del esquema básico del “modelo o mecanismo de crecimiento” de la Escuela Clásica. De hecho, **el surgimiento de las ciencias sociales “modernas”** (que en el siglo XVIII, en Gran Bretaña, se denominaban “ciencias morales”) **estuvo marcado especialmente por el discurso de la idea de progreso** (y, en la ciencia económica, *de crecimiento*, ya que con progreso se quería decir, a esa altura de fines del siglo XVIII, “*progreso material*” que se asimilaba a “felicidad”). Basta el ejemplo de los escritos económicos de Manuel Belgrano, las “*Memorias del Consulado*”, en donde dicho vocablo, “felicidad”, es de cita abundante, siempre con la acepción mencionada.

Adam Smith contribuyó a esa identificación. Así, en el Libro I, Cap. VIII, de “La Riqueza de las Naciones” escribía: “*El estado progresivo* (que es su forma de mencionar el crecimiento) *es el estado alegre y próspero para todos los diferentes estratos de la sociedad*”. Cabe apuntar que en aquellos tiempos se transitaba, en todo el mundo, lo que en nuestra propuesta teórica hemos identificado como “la rama ascendente de la U”.

Después de una inicial visión optimista (o evolucionista) del “progreso” humano del siglo XVII y del XVIII (de Turgot, Condorcet, Saint Simon, Comte), se iniciaron algunos pequeños cuestionamientos sobre los costos de ese “progreso”. Ya en el mismo siglo XVIII, **J. J. Rousseau** en “*Discours sur les sciences et les arts*”(1750) afirmó que el progreso de la ciencia y la cultura corrompe la sociedad y la relación moral entre los seres humanos. Señalaba su parecer con conceptos definitivos, como los siguientes (que creemos bastante aplicables a nuestro tiempo): “*El progreso no ha mejorado al hombre. El hombre primitivo vivía feliz e inocente (...). La civilización tan sólo le ha proporcionado satisfacciones sensuales, estimulado su egoísmo y organizado la explotación social*”. Incluso posteriormente, en *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* (1755), Rousseau sostuvo que en ese proceso histórico la humanidad perdió dos importantes cualidades que caracterizaron su condición original: igualdad y libertad. Por eso sostiene, en *Du Contrat Social* (1762), la idea de superar la corrupción moral a través de un nuevo orden, de un contrato social.

A los románticos (entre quienes bien podemos incluir a Rousseau), les repelían los cambios que hoy denominamos Revolución Industrial. Thomas Carlyle (1795/1881), por ejemplo, conmovido por los que acontecía a ojos vista en las áreas manufactureras, publicó en 1843, “*Past and Present*”, una crítica furiosa al industrialismo. En algún sentido, se repitieron algunas miradas cautelosas y críticas en la última mitad del siglo XIX (en Ferdinand Toennies, en Emile Durkheim). Paul Valéry proponía resistir frente al avance industrial, despersonalizante y masificador, mediante un retorno a las raíces humanistas clásicas, y una vuelta a la interioridad reflexiva.

Más tarde, pese a la creencia *hegeliana* de que la razón “se realizaba en la historia”, **la Gran Guerra de 1914-1918 dio pie a un cuestionamiento mayor** (v.gr. en Max Scheler), que se profundizó más tarde al encontrarnos con la más espantosa guerra de la historia, la Segunda Guerra (1939-1945), seguida de otras experiencias nefastas (las guerras focalizadas de la Guerra Fría), que desembocaron aún en cuestionamientos mayores; por ejemplo, en George Lukacs, “*El asalto a la razón*”, de 1959, **y dos décadas después en la crítica más contundente, la del posmodernismo** (G. Baudrillard, G. Vattimo, F. Lyotard, etc.). Pese a ello, el común de la gente sigue inmersa en un inocente y hasta irresponsable optimismo.

Sin duda que **el concepto de progreso, en el sentido de “conocimiento”, es innegable**⁹⁶). En química, por ejemplo, es evidente que sabemos lo que ya conocía Lavoissier y mucho más aún. **Pero no puede decirse lo mismo respecto de las cuestiones sociales y económicas**. Sin duda que, **cualesquiera de nosotros cuenta con más medios que los que tenía un burgués del siglo XVII**, pero nuestras exigencias sociales son mayores. Por tanto, **resulta necesario algún criterio de valoración para poder afirmar si hubo o no progreso**.

Hace medio siglo, Salvador Giner enfrentado al mismo dilema, señaló, para excluir juicios de valor, **que una sociedad había progresado si se había dado un aumento de su complejidad**. Max Weber, hace 100 años, no se atrevía, y tampoco quería afirmar, que la última sociedad fuera mejor que la primera. Incluso temía que fuera peor; y esto es bien claro en sus

⁹⁶ Aunque esto mismo puede ser discutible. Así, según algunas miradas, el análisis de Th.S. Kuhn concluye que no es sostenible que la ciencia haya progresado desde los griegos a hoy (sin duda por resultar paradigmas *incommensurables*). “*Las revoluciones científicas rompen esa continuidad en el pensamiento de modo que cada revolución propone, en cierto sentido, un nuevo comienzo*” (Marín, 2008)

análisis y temores sobre la “racionalización” y sus efectos últimos de lo que podríamos llamar hoy una “superior organización”.

En cuanto a la crítica puntual del aspecto que en este trabajo cuestionamos, el crecimiento económico, tiene larga data y nombres ilustres, **Alexis de Tocqueville** (1805-1859), **John Stuart Mill** (1806-1873) y **Henry George** (1839-1897) entre los más conocidos y agudos. Tampoco podemos olvidar a lejanos precursores, que como Platón y Aristóteles, observaron con preocupación los cambios sociales en la mercantil ciudad de Atenas que se enriquecía; y *destruía, al mismo tiempo, sus lazos de solidaridad social*. En la Inglaterra del auge de mediados del siglo XIX, tempranamente los hombres con “sensibilidad social” consideraron que aquella armonía de intereses, *sustentada en el crecimiento*, que Adam Smith postulaba en realidad no necesariamente existe⁽⁹⁷⁾. **Es posible que, en términos absolutos, el crecimiento aporte beneficios para todos, pero en tan desigual proporción que crea crecientes tensiones sociales.**

LA TEORÍA DEL PROGRESO EN PARALELO

Existe un concepto de **condicionamiento tecnológico optimista**, que late detrás de la teoría del llamado *progreso en paralelo*. Esta idea a la que nos referimos se funda en el principio de base de que el inevitable progreso del conocimiento científico trae consigo, a su vez, un progreso inevitable de la sociedad, y de carácter sincrónico en todas sus dimensiones, incluyendo el moral (o ético). Por ejemplo, en el plano social, crecería la solidaridad⁽⁹⁸⁾ al par que la tecnología. **La tesis que aquí esbozamos es la inversa: el progreso técnico lleva a una mayor complejidad social** (producto, entre otras cosas, del crecimiento económico), **y esto conduce a una menor solidaridad macrosocial**. Este cambio histórico hacia una menor solidaridad es observado en el siglo XIX (época de la segunda ola de la Revolución Industrial) por sociólogos como G. Simmel (1858/1918), con sus análisis de la vida en las *metrópolis* (especialmente del fenómeno del *hastío*, que considera común en las grandes urbes) y F. Toënnies (1855/1936), entre varios.

Un caso de cómo el crecimiento puede resultar “*perverso*” se encuentra en **los procesos que viven muchas economías “regionales”**. Es evidente que el crecimiento ha sido (y es) espacialmente desigual, como lo señalado por Bairoch y relatado párrafos antes, en el Acápate anterior, permite apreciar. No muchos economistas señalaron este aspecto, y con optimismo ciego entendían que las innegables desigualdades regionales desaparecerían precisamente *¡por el crecimiento!* Pero unas pocas voces dejaron escuchar su disenso: Rosenstein-Rodan, Myrdal, Kaldor.

El economista húngaro **Paul Rosenstein-Rodan** (1902-1985), en un trabajo de 1943, sostuvo que los “países” de ingresos bajos a menudo se encuentran en una trampa pues ningún inversor se arriesga a iniciar el proceso de aplicación de capitales por ausencia de previas economías externas pecuniarias (p.ej. por deficiencias de infraestructura). Pero fue el sueco **Gunnar Myrdal** (1898-1987) quien destacó enfáticamente el hecho en 1957, diciendo “*La idea principal (...) es que (...) las fuerzas de mercado tienden a aumentar más bien que a disminuir las desigualdades entre regiones*”. Presenta su conocida “*teoría de la causalidad circular*”, que luego formalizaría otro húngaro, **Nicolas Kaldor** (1908-1986)⁽⁹⁹⁾, quien apunta la profundización de las desigualdades espaciales: “*Un cambio no da lugar a cambios compensadores sino (...) a cambios coadyuvantes que mueven al sistema en la misma dirección*”.

⁹⁷ Adam Smith entendía que esa armonía se sustentaba en el crecimiento económico.

⁹⁸ Cuando hablamos de solidaridad social estamos pensando en el conjunto de fuerzas que mantienen integrada de manera no coercitiva una sociedad. Algunos, como Durkheim, creen que ésta se fortalece en el entorno urbano (por depender más de la división del trabajo). Nosotros, aquí, nos inclinamos por lo opuesto, como está en Simmel; o incluso en Marx, que entiende que bajo el capitalismo la solidaridad social está minada. Más que creerlo... lo vivimos. Es existencial. Si se quiere, surge de un análisis fenomenológico.

⁹⁹ Llama poderosamente la atención que ninguno de los críticos sea de nacionalidad anglosajona, quizás por no vivir la experiencia de una “debilidad comparada”.

que la modificación original, impulsándolo más lejos. Esta causación circular hace que un proceso social tienda a convertirse en acumulativo”. Cuarenta años después, los estudios (de cuño neoclásico) de los llamados “procesos de convergencia entre regiones”, suelen concluir en la ausencia de convergencia. Es decir, que el crecimiento *por lo general* aumentaría las desigualdades entre regiones (para decirlo con un ejemplo, la diferencia en ingreso por habitante entre Ciudad de Buenos Aires o Córdoba y Formosa se pronostica cada vez mayor, Cfr. Arrufat, Figueras, Blanco y De la Mata, 2005).

Pero el grueso de todos estos aspectos cuestionables, o al menos debatibles, quedan silenciados por el dinero que llena nuestros bolsillos (y el consumo consiguiente). Precisamente, **el crecimiento da lugar a economías externas pecuniarias**, positivas para muchos, negativas en términos comparativos para otros (y no tan visibles). El mecanismo es fácilmente comprensible: el establecimiento o la expansión de una empresa incrementa la demanda de algunos productos, y de ese modo se aumentan los beneficios, *ceteris paribus*, de sus oferentes. En el sentido más amplio del término, el concepto incluye también un aumento de los beneficios como resultado de los incrementos de las distintas demandas, siendo estos incrementos determinados por la expansión del ingreso global de la economía (crecimiento). Dicho de otro modo, **existen economías externas pecuniarias positivas a nivel agregado** (Hagen, 1971)⁽¹⁰⁰⁾.

Pero, así como existen economías externas pecuniarias positivas, **las hay negativas...**, que alcanzan a otros grupos sociales. Por ejemplo, los desarrollistas urbanos recibieron impactos positivos por el auge del agro en Argentina en la primera década del siglo, (ya que los “chacareros” argentinos tienen como costumbre invertir en “ladrillos”). Pero amplios sectores de la población de ingresos fijos recibió un impacto negativo, pues sus ingresos (y especialmente ahorros) no crecieron al ritmo asombroso que lo hicieron los precios de los inmuebles por el “efecto soja”..., y quedaron comparativamente excluidos de la vivienda propia⁽¹⁰¹⁾.

No quisiera dejar de puntualizar una preocupación histórica, incluso para aquellos que defienden el crecimiento con vistas a un horizonte de largo plazo extendido. ¿El aumento de los precios relativos del agro favorece el “crecimiento” estructuralmente equilibrado de la economía argentina? ¿O, por el contrario lo obstaculiza, al dar pie a un tipo de cambio real desfavorable para manufacturas y servicios, generando la llamada *enfermedad holandesa*? Esta fue la preocupación de muchos en los años ’60 y ’70, por ejemplo de Marcelo Diamand (Cfr. “*Agro e industria en la Argentina*”, Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 1980) ⁽¹⁰²⁾.

En lo personal, **siempre censuré la “sociedad de consumo”** (v.gr. en mi tesina de graduación, en el año 1976), desde los lejanos tiempos de estudiante de economía y sociología, pasando por los años de Profesor Titular de Sociología en la UCC (en Córdoba), **pero al mismo tiempo**, como Profesor de Economía, **miraba con buenos ojos el crecimiento**. Como la

¹⁰⁰ Este concepto de externalidades pecuniarias, que se transmiten por el mercado, se debe a T. Scitovsky (en 1954). Estas externalidades pecuniarias positivas (por crecimiento, o sea por expansión de la demanda agregada) nos brindan una explicación “bien ortodoxa”, y sin salir del ámbito analítico de la economía, del sorprendente apoyo que el sector rural argentino recibió de grupos urbanos en su conflicto con el gobierno nacional en el año 2008 (por un asunto de impuestos a las exportaciones). Las economías externas pecuniarias volvieron en aliados incluso a grupos tradicionalmente indiferentes al agro, por no decir “adversarios” (v. gr. la construcción), ya que en Argentina es la renta del agro un poderoso estímulo de la “*demandas agregada*” de la economía (particularmente por aliviar la restricción externa).

¹⁰¹ El auge inmobiliario, con su apetito de suelo, suele ser un lado negativo (y olvidado) al dañar bienes y entornos históricos. Existen casos emblemáticos, que incluso fueron ingresados por la Unesco en la *lista de los Bienes Patrimoniales en peligro* de la Humanidad. Por ejemplo, las Fortificaciones de Portobelo y San Lorenzo en Panamá, el Centro Histórico de Viena, o el de Sharisabz en Uzbekistán.

¹⁰² Incluso algunos historiadores entienden que la decadencia española de los siglos XVII y XVIII tiene, entre otras remotas causas, la victoria de los intereses rurales sobre los urbanos en la fracasada “Rebelión de los Comuneros” (1519-1521) bajo Carlos V.

mayoría, tenía una imagen idílica de sus resultados. **Caía en los mismos errores de juicio que en estas líneas crítico.** Tozudamente no percibía que la “civilización del consumo” (que criticaba) no era sino la consecuencia ineludible, a la vez que la causa impulsora, del crecimiento (que propugnaba).

En otras palabras y resumiendo, la idea de progreso resultó un núcleo de condensación alrededor del cual cristalizó la idea de una religión secular: hacia fines del siglo XVII y principios del XVIII, con base en la revolución científica, la fe religiosa trascendente fue siendo desplazada por una idea inmanente de abundancia material, sustentada en un crecimiento económico sine die, apuntalado en el desarrollo de un cuerpo teórico específico, la ciencia económica.

LYOTARD Y EL PROGRESO EN PARALELO

En esta mirada cuestionadora de la idea ya mencionada del “progreso en paralelo”, subyace la postura de Lyotard *“Esta idea de un progreso posible, probable o necesario, tiene su raíz en la certeza de que el desarrollo de (...) las tecnologías del conocimiento y de las libertades sería beneficioso para el conjunto de la humanidad” (La condition postmoderne: rapport sur le savoir, 1979)*¹⁰³

Y aunque este cuerno de la abundancia ilimitada y sus “beneficios” constituye el discurso central de todas las ideologías económicas (desde Marx hasta el liberalismo austríaco), y también de todas las Escuelas del Pensamiento Social y sus líneas derivadas (Nisbet, 1981, *Historia de la idea de progreso*), algunas voces cuestionadoras se han escuchado..., aunque pocas.

Se olvida la obvia finitud de los recursos y el horizonte de su agotamiento. Un horizonte temporal de agotamiento acercado por el derroche de recursos per cápita que ocasiona la sociedad del hiperconsumo. Se consolida, detrás del concepto de progreso, una ideología de crecimiento material ilimitado (ICMI), reforzada hoy por el surgimiento de la IA, un tren al cual todos quieren subir sin importar la presencia acechante de un peligroso momento: el “día de la singularidad”, que muchos sostienen bien puede ser el inicio del fin de nuestra especie humana, autodestruida por la insaciable búsqueda de potenciar la productividad para el logro de un mayor crecimiento.

BIEN SE MERECE PROFUNDIZAR EL DEBATE

Con todos los elementos señalados, biológicos y sociales, **la cuestión del crecimiento bien merece ser debatida...**, como lo fue antaño, y sencillamente no aceptarlo a ciegas. **Muchos defienden la necesidad del crecimiento ilimitado de modo independiente al hecho de que sea posible u “oportuno”.** Aunque pocos niegan que el crecimiento genera problemas (la contaminación, el hacinamiento, el daño ambiental general son ejemplos evidentes), un gran número sugiere que su prolongación es necesaria para resolver los problemas de desigualdad social. Pero como hemos intentado presentar, aunque de un modo más bien “impresionista”, **estas desigualdades no disminuyen sino que más bien aumentan.** Hasta podría decirse que, con matices, a nivel global y nacional (incluso regional y hasta local) **el crecimiento es aprovechado por los “ricos” y soportado por los “pobres”**¹⁰⁴, que son simplemente “sobornados” con la promesa de una participación marginal en la sociedad de consumo.

¹⁰³ Estamos hablando en alguna medida desde una cierta “crítica de línea posmoderna”, en el sentido de alertar sobre la dudosa viabilidad del proyecto de la Modernidad, entendiendo que concluye en resultados peligrosos o bien negativos. No hay que confundir la línea crítica posmoderna con la “sociedad posmoderna”, que no es otra cosa, para ser muy simples, que una sociedad *hipermoderna*: la conclusión esperable del desenvolvimiento de la sociedad moderna (aquella que viene desde el Renacimiento y muy especialmente desde el siglo XVIII), profundizando sus aspectos positivos..., pero también, y esto es para remarcar, sus aristas negativas. Cosa ante la cual, en general, se cierran los ojos y se omite lisa y llanamente. Precisamente lo que alertan algunos posmodernos.

¹⁰⁴ Los “pobres” también aprovechan del crecimiento..., pero en una proporción mucho menor: lo cual hace crecer la desigualdad relativa (aunque caiga la pobreza, o desigualdad absoluta).

VIII. SOCIEDAD DE CONSUMO: CONSECUENCIA Y CAUSA

“El hombre está condenado a la libertad”

José Ortega y Gasset

(afirmado antes que Sartre lo popularizara con su *“Estoy condenado a ser libre”*)

Los antiguos espacios de debate sobre el crecimiento se han ido extinguiendo. El juicio de la sociedad se encuentra adormecido. Embriagados, los agentes, por su rol de consumidores exitosos. Para avanzar algo más en el planteo en este breve acápite incursionaremos en la antropología económica y en la sociología general, pero antes recordaremos brevemente **el rol del ahorro en los modelos neoclásicos de crecimiento**.

En el elegante esquema de Solow-Swan, el ahorro juega para determinar el estado estacionario (en variables per cápita). A mayor tasa de ahorro, mayor será el volumen de capital por habitante en estado estacionario (sentencia que pareciera “recomendar” el ahorro), pero se busca un estado óptimo (o “regla de oro”) que conlleve el máximo nivel de consumo por habitante, y esta línea teórica habla de “ineficiencia dinámica” para las situaciones de bajo ahorro. Sala-i-Martin resume la propuesta: *“La lección (...) es que (...) podemos asegurar (...) que ahorrar e invertir demasiado es malo, no se puede decir lo mismo de ahorrar e invertir demasiado poco”* (Sala-i-Martin, 2000, cap. I). En este último caso, la economía estaría en “ineficiencia dinámica” (aunque cabe aclarar que en *el modelo de crecimiento endógeno AK*, por ejemplo, no se presenta caso de ineficiencia dinámica). Otra de las moralejas es que aún en estado estacionario la economía crece al ritmo de la población, por tanto otra recomendación se desprende implícitamente de este modelo, particularmente considerando que la actividad empresarial mira el “tamaño de mercado”.

Si bien algunos pensadores (como Tocqueville o Veblen) entrevieron ya en el siglo XIX una sociedad de consumo, su fecha de inicio puede ubicarse en tiempo y espacio: en los años treinta, y principalmente al finalizar la Segunda Guerra y particularmente en Estados Unidos¹⁰⁵). En los años '20, el mercado, pese a su enorme potencial, parecía mantener un ritmo lento, con riesgo de estancamiento. Se visualiza, pues, una singular estrategia de ingeniería industrial basada en una más corta existencia de los bienes. En 1932, el economista Bernard London acuñó el vocablo con que se conoce esta particular estrategia: ***“obsolescencia programada”***. Es por entonces que el sistema económico que antaño producía para satisfacer las necesidades primarias de subsistencia, y marginalmente algunas de carácter secundario, comienza a producir masivamente para aquello que bien puede considerarse no sólo secundario sino especialmente superfluo y caprichoso (ejemplos de lo cual podemos encontrar por centenares). Son las aristas más negativas del *american way of life* del siglo XX que se extienden al mundo. La nueva mecánica que se instala ya firmemente **no tiene como problema a resolver la cobertura de las necesidades sino su creación**. Y en este papel de crear necesidades, *el marketing y el diseño industrial* son centrales.

¹⁰⁵ Es interesante considerar que los primeros impulsos de esta cultura del consumo y el crecimiento, en un matrimonio difícilmente disociable, fueron brindados por el automóvil. Posteriormente el núcleo dinámico pasó a los electrodomésticos; hacia fines del siglo XX, esa dinámica se encontraba en el mercado de las Personal Computers; y en la primera década del siglo XXI, en las diferentes variantes de la telefonía móvil y de las telecomunicaciones cibernéticas, y también en el turismo. **Por primera vez, el motor de mayor impulso se halla en el área de los servicios**, que no son tan “limpios” como se publicitan. El turismo, por ejemplo, “la industria sin humo”, además de depredar áreas antes intangibles consume una enorme proporción de la energía utilizada (en aviones, en transportes terrestres, en lujosos hoteles y restaurantes alumbrados *“come il giorno”*, etc. etc.) y del agua disponible. Resulta muy conocida la sentencia de Descartes, *“Pienso, luego existo”*; hoy, dada la conducta en las redes sociales y los anhelos de la clase media, podríamos decir irónicamente, *“Viajo y fotografía, luego existo”*.

Así, uno de los componentes del *marketing*, la publicidad, “genera necesidades” y sirve de vehículo a un estilo de vida. Promueve valores sociales y arquetipos de comportamiento que hacen a la “civilización de consumo”. El sujeto de esta civilización es impulsado hacia el consumo (y no sólo de bienes sino de ideas y de personas¹⁰⁶) y para poder sostener su ritmo de consumo (incluso en aumento) debe incrementar sus horas de trabajo y/o su intensidad, por encima mismo de sus posibilidades físicas (con el consiguiente daño para su salud). De no seguir ese ritmo, lentamente se ingresa en una “exclusión comparada”.

Galbraith, en “*The Affluent Society*” (“*La sociedad opulenta*”) (de 1958), sostiene aquello de “*opulencia privada, suciedad pública*”, dada la gran cantidad de desechos que genera nuestra civilización (en especial, la estadounidense) en pos del consumismo. Argumenta que contrariamente a la idea convencional de que la producción va cubriendo necesidades, hoy las crea: “*a medida que una sociedad se vuelve (...) opulenta, las necesidades van siendo creadas (...) por el mismo proceso que las satisface*”. Dice que se llega a un hecho que contradice el sentido común, ya que un gran problema de la sociedad opulenta es que produce demasiado, dando pie a lo que Galbraith llama en su obra *la ausencia de “equilibrio social”*. Propone, ya cerrando la obra, un singular impuesto a las ventas, que cambie el precio relativo entre bienes privados y bienes públicos, con miras a ese equilibrio social, y dice: “*La relación del impuesto sobre las ventas con el problema del equilibrio social es extraordinariamente directa*”.

El consumo es visto, en esta civilización, como necesidad absoluta, como una reivindicación⁽¹⁰⁷⁾ Es el materialismo consumista como medida antropológica. ¡Somos porque consumimos! El mensaje cultural es claro: ¡quién no consuma cada vez a mayor ritmo es socialmente excluido!⁽¹⁰⁸⁾. El consumidor común es poco consciente de que su forma de vida es modelada por la *obsolescencia programada o caducidad planificada* de los bienes que adquiere⁽¹⁰⁹⁾. Hasta se sospecha, con buenos indicios, que hay softwares y/o chips que bloquean funciones informáticas al cabo de un tiempo para tornar inútiles, o poco menos, a los sistemas a los que pertenecen. Este condicionante cultural, relativiza el concepto de libertad de A. K. Sen como valioso componente del *desarrollo humano*, ya que lo que el ciudadano persigue es aquello que su cultura valora; y, por tanto, puede, llegado el caso (lo vemos a diario), hacer un muy mal uso de “esa libertad”; y, por tanto, no alcanzarse el verdadero desarrollo humano.

¹⁰⁶ El hecho de que “consumimos” personas se percibe particularmente en los vínculos románticos. Nos remitimos a la opinión de Bauman, 2007. Allí se nos dice que la forma de relacionarnos con los bienes materiales se ha trasladado hacia las personas. Cuando compramos algo, si no nos gusta una opción clara es desecharlo en la basura ya que su valer está en brindar satisfacción a quien lo consume. El tema es cuando se trata a los seres humanos del mismo modo: en cuanto alguien deja de brindar esa gratificación constante que se busca afanosamente, se lo descarta o se cambia por otra persona, sin detenerse a evaluar el daño que se puede generar. Esta conducta no es ni más menos que otra manifestación de nuestras expectativas y tendencias consumistas más extremas.

¹⁰⁷ **El turismo es un ejemplo de esas supuestas reivindicaciones consumistas y de sus efectos.** El turismo internacional desde 1995 hasta 2018, según datos de la OMT, se multiplicó (en número de pasajeros) por 2,64. Es decir, que creció a un promedio anual de 11% aproximadamente. ¿Qué otro sector ha crecido a este ritmo? Como ya apuntamos se dice que es una “industria” limpia, pero la realidad es otra muy distinta. Seguramente es una de las más destructivas. Por ejemplo, en Tanzania, en el cráter del Ngorongoro, los turistas invaden los estrechos caminos, agotan los escasos recursos hídricos y trastornan la vida salvaje, colaborando en mucho a su desvanecimiento.

¹⁰⁸ Lo que es más, se va edificando un mundo de cínicos. Uno de los claros ejemplos de ceguera selectiva es que compramos alegremente teléfonos móviles y computadoras portátiles a precios “bajos”, olvidando que esos precios “bajos” son posibles, entre otros factores, por la capacidad de almacenamiento eléctrico de componentes en base a tantalio (un mineral que se obtiene del coltán), por cuya obtención desde 1996 la República Democrática del Congo (dueña del 80% de las reservas mundiales) está envuelta en guerras. Guerras que tal vez criticamos mientras escribimos en nuestra notebook; y hablamos por nuestro móvil.

¹⁰⁹ Situación que se ha vuelto más notoria desde la masificación de la informática y los dispositivos electrónicos. Por otro lado, también está presente la “**obsolescencia percibida**”, que cae en lo que suele llamarse el “**framing**” (o encuadre). Aspecto bajo estudio de la economía conductual.

En el análisis postmoderno de **Jean Baudrillard** (1929-2007), en “*La Société de la consommation*” (1970), se afirma que, en una sociedad de consumo, los objetos no se limitan a ser consumidos. No se elaboran tanto para cubrir una necesidad como para indicar una condición social (lo cual surge por *la relación diferencial entre objetos*)⁽¹¹⁰⁾. De all   que, en la sociedad de consumo, los bienes son signos y la necesidad en sí queda relegada..., si es que alguna vez tuvo verdadera existencia.

Básicamente se necesita aparentar, en especial en los jóvenes y adultos jóvenes. Distinguirse de los demás. **Acentuar la jerarquía social** (del grupo propio o del de referencia). Es una forma de culto del éxito y de la ambición (hoy considerada virtud). La avidez y los excesos desencadenan las extravagancias. Así la moda en el vestir se torna sofisticada, o pretende serlo, y al mismo tiempo reflejar un disconformismo fatuo: se usa a la vez jeans desteñidos (aunque caros), pero con perfumes de Kenzo Takada y accesorios de Versace. Un desenfreno típicamente *posmoderno*, con elementos *kitsch* y *heavy metal* (imitando en sus extravagancias a los nuevos supermillonarios del *dolce far niente*: los mediáticos famosos, los *influencers* y los deportistas)

El mundo de la publicidad instala en nuestra vida, más que tal o cual marca, **la mentalidad de consumidor**. Se recibe ese mandato en base a una serie infinita e indefinida de estímulos. Es *la psicología del consumidor representativo*, que estaba ausente en todas las sociedades anteriores. Paradójicamente, o quizás no tanto, **a medida que crece** en nuestra civilización consumista **la ambición por la felicidad terrenal, se acentúa nuestro nivel de insatisfacción**: más tenemos, más consumimos..., y más disconformes estamos en nuestro fuero íntimo (de tal modo que cuanto más “avanzadas” las sociedades, más peligrosos resultan sus “*escapismos*”: alcohol, drogas químicas, violencia, etc.). El consumo es hoy un claro exponente de un nuevo “fetichismo de la mercancía” y del *neofilismo* (la devoción por la novedad; más que por su utilidad práctica, las cosas o servicios derivan su demanda de la propia novedad de ese bien). La moda se ubica como un mecanismo de inserción y de exclusión social; y con ella el proceso de repudio a lo “*demod  *”, a lo fuera de moda (*unfashionable*), en dimensión tal que podríamos también denominar a esta sociedad **la Civilización del Desperdicio**⁽¹¹¹⁾.

Hasta un referente destacado de la economía, como J.M. Keynes, en su afán por sostener un nivel de actividad no veía con malos ojos el desperdicio liso y llano. Calvin Hoover (de la U. de Duke) cuenta que en una oportunidad se burl   por su uso mesurado de las toallas en el hotel, y tirando dos o tres toallas al suelo coment   que “*soy más útil para la economía de EE.UU. estimulando el empleo gracias a mi acción de desordenar las toallas que usted con su esmero para evitar el desperdicio*” (Citado en Brue & Grant, 2009, pag.153). En realidad y en cierta contradicción con su opinión citada en *la Introducción*, para Keynes la economía es una rueda que no debe detenerse jamás; y esto, con la mirada cultural posterior a la Segunda Guerra Mundial, condujo indefectiblemente al consumismo (que los políticos de profesión, con su afán electoralista, suelen defender implícitamente). Hay como un tinte de menosprecio al ahorro.

En defensa del actual perfil de sociedad, se ha hablado de **la democratización del consumo**; ya que, argumentan, productos y servicios que antes eran de uso exclusivo de las élites hoy estarían al alcance de “todos”, de la masa. Pero esto es falso. Aquella afirmación

¹¹⁰ El estatus social, marcado por los objetos, ha estado presente a lo largo de toda la historia (y quizás de la prehistoria)... pero nunca con la profundidad y dinámica actuales.

¹¹¹ El nivel de residuos es una buena aproximación del nivel de vida (no de calidad de vida) de una economía. Hacia el 2007, el promedio mundial de residuos *urbanos* era de 160 kg por persona año. En Italia el nivel era de unos 500 kg, en Hungría y en Suecia de unos 430, en Argentina de 360. Lo cual, dicho sea de paso, permite apreciar dos cosas: que el ingreso por habitante de un argentino promedio estaba entonces mucho más cerca del de un italiano o sueco de lo que las cuentas nacionales permitirían suponer; o bien que la sociedad argentina es una sociedad muy consumista (y por tanto generadora de gran nivel de residuos).

encierra, en su análisis, un error. Habrá productos otrora elitistas y hoy masificados (v.gr. el automóvil, el televisor); pero acontece que ahora **son otros los productos que no están al alcance de la masa..., o son otras las calidades** de los bienes consumidos por las élites. Los bienes siguen brindando una calificación de status para quienes los usan⁽¹¹²⁾. En 1977, F. Hirsch habló de **“bienes posicionales”**, y ya el título de su libro apuntaba a un “límite social” a los efectos positivos del crecimiento⁽¹¹³⁾. Hace 400 años, un caballero se transportaba en un alazán árabe y el villano pobre contaba con una simple mula, o un burro. Hoy, “todos” se desplazan en automóvil..., pero unos en Ferrari o Lamborghini y otros en viejos Renault 12 o Fiat Spazio. “Todos” cuentan con televisor..., pero unos con pantalla de 14 pulgadas y otros con aparatos Smart de 55 pulgadas y “barra de sonido home theater”. Son bienes que cumplen funciones similares, pero están bien lejos de brindar idéntica “utilidad”..., es más, seguramente tienen un bajísimo nivel de sustitución en los grupos de altos ingresos ¿Es que alguno de los lectores piensa que el Renault 12 es un sustituto próximo de un Porsche 911 GT3?

¡Como se ve nada ha cambiado! **La pobreza**, entendida ésta como una “privación relativa”, **persiste, e incluso posiblemente** (como valor relativo, no absoluto) **se ha profundizado**⁽¹¹⁴⁾

Además de la pobreza relativa, se acentúa la alienación como fenómeno social (que recuerda la enajenación en psicopatología), motorizada por la autocolonización a que da pie el mimetismo cultural: **las formas de consumo** (de otros grupos y otras sociedades) **nos llegan, cada vez más rápido, por vía de los medios masivos de comunicación** (periódicos, revistas, televisión, cine, la Web). Como resultado, nuestras sociedades se autosometen a la particular visión del centro exportador del consumismo: los Estados Unidos (y en mucha menor medida, Europa). Ciertamente es que la “copia” al centro imperial en cada momento histórico ha existido desde tiempos remotos, pero indudablemente nunca con la fuerza psicológica, amplitud, profundidad y velocidad de hoy.

En una palabra, los fenómenos que aquí pretendemos pintar, y que en lo personal tanto nos inquietan, son los que afectan las costumbres desde la Revolución Industrial del siglo XVIII (y a tasas más aceleradas cuanto mayor sea la velocidad del crecimiento): la desintegración de los lazos comunitarios y hasta familiares, la pérdida del mutuo respeto, la cultura del derroche, la urbanización descontrolada, la drogadicción, la violencia callejera. En una palabra, todas las características de lo que los sociólogos llaman “sociedad industrial urbana”, cuyas particularidades, según **Gino Germani** en *“Política y sociedad en una época de transición”*, son entre otras la exaltación de lo nuevo y la búsqueda del cambio así como la desvalorización absoluta de las pautas culturales preexistentes⁽¹¹⁵⁾, la multiplicación de la diversión y el entretenimiento vacío (e incluso dañino, v.gr. las adicciones). En resumen, es la descripción de

¹¹² Como ya apuntamos antes, siempre hubo bienes que marcaban estatus pero nuestra cultura consumista remarca la competencia posicional: **el mero hecho de no aumentar el consumo puede relegar al sujeto**, incluso puede excluirlo de su grupo de pertenencia. La nueva *“producción flexible”* ha logrado una masificación en la posibilidad de diferenciación o distinción valorativa a través del consumo. Por ejemplo, haciendo uso de un celular o determinadas zapatillas pueden establecerse diferencias de status al interior mismo de los grupos más pobres de una sociedad (que no por pobres quedan exentos de la influencia de la sociedad de consumo).

¹¹³ Cfr. Hirsch, F., 1977; *Social limits to growth*, Cambridge UP. Estos bienes posicionales se emparentan con el concepto de “bienes Veblen” (que generan la utilidad de la ostentación).

¹¹⁴ El crecimiento mundial, presente desde los años 80, incrementó la concentración de riqueza y de ingresos. La fortuna de los 400 más ricos en EE.UU. de 1982 hasta 2019, se multiplicó por doce. Esto refleja que la potenciación de la capacidad de generar valor implica un salto en el nivel de vida, pero también una mayor desigualdad de stock (en la riqueza) y de flujo (de ingreso). De acuerdo a un informe del Banco Credit Suisse, en 2011 había 29,8 millones de millonarios en dólares en el mundo; y en 2019, se había llegado a 46,7 millones. *“Vamos a un mundo de 100 millones de millonarios”* (Tetaz, 2021.). Se multiplicarán los billonarios (más de 1000 millones de dólares) y los megamillonarios (Tetaz, 2021, Cap.9, Desigualdad Exponencial).

¹¹⁵ Todo lo cual puede reducirse a una sola palabra, *neofilismo*, el amor por lo nuevo sólo por ser nuevo.

Nueva York tal como la encontramos en “*La hoguera de las vanidades*” (de 1987) de Tom Wolfe.⁽¹¹⁶⁾

Thorstein Veblen, a fines del siglo XIX, percibió los primeros atisbos de este fenómeno en “*The theory of the leisure class*”, 1899 hablando de un “consumo manifiesto”, o “consumo demostrativo”, que cumple con el fin de *manifestar hacia el medio social* la propia riqueza y poder de la denominada (por Veblen) clase ociosa. Con posterioridad, se ha denominado “élite de consumo” a aquellos grupos que se constituyen en referencia de consumo para otros sectores sociales (de su propio país o del exterior). La expansión de este fenómeno del “**consumo como símbolo**” puede verse como uno de los sustratos de nuestra “sociedad de consumo”, consecuencia lógica de la mecánica de crecimiento instalada desde el siglo XVIII en occidente, y exportada desde entonces al resto de las culturas. Gandhi alguna vez afirmó que “(...) *la India está siendo oprimida, no por el tacón inglés, sino por el de la civilización moderna*” (Arndt, 1992, Cap. I)

Como ya dijimos, **en los años 70, se fue conformando un estado de impugnación a la sociedad de consumo** y de su disparador y sustento, el crecimiento⁽¹¹⁷⁾. De tal manera que **se llegó a proponer clara y explícitamente el “crecimiento cero”**. Fue famosa, por entonces, la crítica y propuesta en tal dirección del líder socialista holandés, **Sicco Leenert Mansholt**, en 1972. Para ser sintéticos y sencillos, **las críticas se centraban en la desmesura del proceso del crecimiento y consumo**.

Uno de los críticos más punzantes, y hoy casi olvidado, **Herbert Marcuse** (1898-1979), estudió y criticó la “**clase de racionalidad**” sobre la que se asientan las sociedades industrializadas, **sean de economía de mercado o de economía socialista**. En definitiva, **sostiene que los hombres deben liberarse de la alienación impuesta por la sociedad industrial**. Para el sociólogo y filósofo de la Escuela de Frankfurt, en tanto el sujeto conviva en un marco social en donde el imperativo es figurar y consumir, bajo un “paraguas” social de competencia económica, no existe posibilidad alguna de una sociedad “libre y pacífica”⁽¹¹⁸⁾.

Incluso, pese a ser marxista, señala que la misma clase no propietaria de medios de producción está corrompida por la seducción del consumismo⁽¹¹⁹⁾. En entrevista en una de las

¹¹⁶ Cabe apuntar, para completar la idea, que esta realidad se ha ido conformando por siglos y en cierto modo, señala Max Weber, emana del individualismo calvinista. Incluso el juicio sobre la fortuna o desgracia de los demás está influido por esta perspectiva individualista del calvinismo. Para la visión calvinista, el éxito personal era una manifestación de la Voluntad Divina (que, desde su perspectiva, así nos adelantaba nuestra predestinación). A medida que la cultura se secularizó, el éxito dejó de considerarse una prueba o reflejo de la Voluntad Divina. ¡Pero, inmersos en la visión cientificista del principio de causalidad, debía ser consecuencia de la voluntad de alguien! **Y se consideró entonces que el éxito demostraba la voluntad de la propia persona agente**. De tal modo, se cerraba el círculo: cualquier cosa (riqueza o pobreza, salud o enfermedad, poder o exclusión, soledad o compañía) será vista en adelante como un efecto absoluto de nuestras propias decisiones. ¡Si se está pobre, enfermo, excluido y solo, es porque se quiso estar así! Dicho en otras palabras, se juzga como si todos tuvieran iguales oportunidades para trazar sus caminos (como si todos partieran de iguales circunstancias y el azar no tuviera el menor rol). Y dado que la consideración social es paralela al éxito, y éste se aprecia por la manifestación ostensible del consumo, **habitualmente tratamos de incrementar nuestro gasto, no solamente en búsqueda de comodidades superfluas sino de reconocimiento social** (incluso para no ser señalado como anodino, como negligente o aún tildado de “miserable”). Esta idea, finalmente con otra secuencia, fue la que defendió Veblen, con su concepto del “consumo ostentoso” que mencionamos en el texto.

¹¹⁷ Por supuesto que el consumo ostentoso (el lujo) ha sido siempre impulsor del crecimiento. De hecho, W. Sombart sostiene que en la expansión del lujo, en el mundo cortesano y burgués, se encuentra el fermento y el fomento del sistema capitalista.

¹¹⁸ En su relectura de Freud, Marcuse interpreta que las tensiones individuales son el resultado de tensiones sociales. Los problemas psicológicos del hombre no podrían ser superados por la terapia sino por un cambio social. Pero no todas son luces en Marcuse, también se pueden encontrar grandes sombras. Por ejemplo, en “*Una crítica de la tolerancia pura*” (de 1966) propone una “tolerancia selectiva”. Lo cual deja abierta una puerta muy peligrosa.

¹¹⁹ Además señala que la agresión, tal como hoy se manifiesta, es un producto histórico de una sociedad basada en una lucha competitiva por consumir con desenfreno.

más importantes revista germanas, “*Der Spiegel*”, resume: “*La necesidad de consumir, de utilizar y renovar artículos constantemente se ha convertido en una necesidad “biológica”. Esta segunda naturaleza se opone a todo cambio que pretenda romper esta dependencia (...)*” (citado en Reinisch, L. y K. Hoffman, 1974).

Aún antes de Marcuse, otros autores de la misma línea, la **Escuela de Frankfurt**, cuestionaron los grandes proyectos filosóficos y de ciencia triunfal, propios de la utopía del “*progreso ilimitado*”. En 1946, **Max Horkheimer** y **Th. Adorno**, en la “*Dialéctica de la Iluminismo*”, la obra fundacional de la llamada *Teoría Crítica*, cuestionan cualquier visión optimista sobre la actual civilización, sosteniendo que la auténtica desalienación del hombre debería pasar por una mayor aproximación a la naturaleza; pero que tanto las sociedades capitalistas, como los intentos fascistas y del socialismo real, por el contrario sólo habían concretado un desenfrenado dominio y explotación de la naturaleza para aumentar los consumos. El punto de partida de Adorno y Horkheimer es la tesis de que la **Ilustración se propuso dominar la naturaleza** y presentó entonces una forma de razón que no busca sino la eficiencia de medios para alcanzar fines, sin cuestionar la razonabilidad o moralidad de esos fines. De la cual, la ciencia “moderna” sería **una manifestación, según los autores, de la racionalidad instrumental, propia de la mirada del iluminismo**, que va así profundizando una creciente alienación. En realidad, en general la **Escuela de Frankfurt** sostiene que la sociedad occidental está aquejada por diversas enfermedades; y la tecnología, a diferencia de lo que creía Marx, es una de sus peores enfermedades⁽¹²⁰⁾. Permítaseme citar a Leonardo Boff, quien referencia a Horkheimer en una conferencia de 1944, en la Universidad de Columbia (luego publicada como “Eclipse”). Según Boff, decía Horkheimer que “*el motivo principal que había generado la guerra seguía estando activo(...). Era el secuestro de la razón para el mundo de la técnica y de la producción, por tanto, para el mundo de los medios, olvidando totalmente la discusión sobre los fines. Es decir, el ser humano ya no se preguntaba por un sentido más alto de la vida. Vivir es producir sin fin y consumir todo lo que se pueda*” (Boff, 2008)

SOBRECONSUMO: IMPACTO EN LA PERIFERIA

Las sociedades periféricas, especialmente urbanas, padecen *el efecto demostración*⁽¹²¹⁾ de las economías más desarrolladas (aunque ahora las llamadas “redes sociales” han incorporado el fenómeno a las áreas rurales). Esto que se da en la esfera del consumo es una manifestación cultural que también alcanza las aristas intelectuales. Una forma extrema del efecto demostración debiera llamarse más bien *efecto deslumbramiento*, el cual se ha agudizado con la globalización (algo que se adelantó en Di Tella, 1974). Un caso paradigmático es el turismo: hoy la gente no puede vivir sin un ejercicio frecuente del rol de turista⁽¹²²⁾.

Estos efectos actúan con intensidad semejante en las diferentes clases y estratos sociales, si bien con distinto nivel de sofisticación. Los medios de comunicación de masas difunden

¹²⁰ Es preciso apuntar, sin embargo, que los críticos a la línea de Frankfurt sostienen que no es filosofía, y si lo fuera sería de bajo nivel. Tampoco resultaría una sociología, apuntan, y si lo fuera, sería poco científica.

¹²¹ Bien podría llamarse sencillamente *efecto imitación o copia*. Se habla de la consecuencia provocada por la conducta de otros individuos o grupos que se toman como referencia: las clases más bajas de las áreas periféricas suelen tomar como referencia las clases medias y altas de sus países; y las clases medias y altas de estos países miran como la conducta a imitar aquella de las clases medias y altas de los países más avanzados (aunque sus ingresos absolutos sean mucho menores..., eso explica, en parte, los bajos niveles de ahorro de la economía argentina).

¹²² Se ha convertido en una aspiración casi “primaria”. Se viaja sin saber bien *qué significa* el lugar a dónde se va, con el sólo fin de hacer *shopping* y de obtener fotos para subir a las redes (de lo contrario “no existes”). Y, lo que es peor, tampoco se sabe mucho *de dónde se vuelve*. Antes, tal conducta era propia de los contingente japoneses o coreanos; hoy es de todos. Se da lo que personalmente denomino de modo jocoso el “*turboturismo*”. Dos claras manifestaciones de este despropósito cultural se dan en Chernobyl (Ucrania) y en el Everest (Nepal). En Chernobyl, hay una explosión turística, con más de 1000 personas diarias, pese al terrible riesgo de la radiación. En el Everest, se da el fenómeno de la congestión a 8.800 metros: se forma fila para hacer cumbre (pese al costo del permiso más el enorme egreso por los meses de expedición... no menos de 90 mil dólares). ¿No son dos locuras, particularmente la primera?

poderosamente estas pautas de consumo: por la publicidad, por los comentarios (por lo común, poco acertados, aunque “veraces”)¹²³ y por las públicas conductas de sus referentes. De tal modo, “*el individuo obra, a menudo como marioneta regulada por los grandes mecanismos de la sociedad y la economía, aunque tenga la vivencia de actuar con total libertad*” (Cfr. Di Tella, 1974). Todo esto tiene impactos en los hábitats (animales y humanos) y en los mismos procesos de desarrollo. Citemos un párrafo, muy descriptivo de la trampa que transita nuestra doliente realidad argentina: “*La expansión económica queda rezagada, agobiada por la explosión demográfica, por la falta de capacidad organizativa o por la dependencia (...) o por esfuerzos prematuros en favor de la redistribución. Necesariamente se produce un atolladero, al subir las aspiraciones muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas*”(Cfr. Di Tella, 1974, Cap. III).

Esas aspiraciones (tan entorpecedoras como frustradas), que han sido conformadas por el efecto demostración/deslumbramiento, tal vez constituyen una rémora que en su momento **estuvo ausente** en los países que lideraron el “desarrollo” en el Siglo XIX, pues **no contaban con naciones más avanzadas a quienes copiar**.

A su vez, si siguiéramos los argumentos de otro pensador, **Martin Heidegger**, podríamos concluir que **buena parte de su filosofía es una crítica**, si se quiere, **al estilo de vida de nuestra sociedad de consumo**; ya que desemboca como él decía en una “inautenticidad” del existir: es el vivir estando sujetado a un “lugar común”, junto a todos los demás. Heidegger señala la presencia de una vía central para incorporar a la gente en esta particular forma de existencia: **la ya mencionada publicidad**. El autor alemán **criticaba la cultura de masas y la sociedad tecnológica moderna** por alejar al hombre, a la vez, de la naturaleza y de su singularidad personal. Analiza con temor la tecnología y sus “efectos”. Habla de una “*actitud tecnológica*” hacia el mundo, que llama *Gestell*, que impide reconocer el “ser”, el “*esplendor de cada uno*”.

TURISMO MASIVO: LA CADENA CRECIMIENTO-CONSUMO-DAÑO AMBIENTAL

El **turismo masivo** se manifiesta como un claro ejemplo del ciclo de **crecimiento-consumo-daño ambiental**. Aunque a menudo se le considera un motor esencial de prosperidad económica, generando un auge en diversos sectores y prometiendo beneficios generalizados, esta percepción idealizada oculta graves repercusiones ambientales, sociales y económicas.

A nivel económico, el turismo masivo (en el caso de ser receptor) puede provocar una apreciación del tipo de cambio real, lo que disminuye la competitividad de otros sectores productivos y crea una peligrosa dependencia económica con una engañosa sensación de riqueza.

La manifestación de estos efectos perjudiciales ha dado lugar al surgimiento de **movimientos antiturismo**, un fenómeno social en expansión que evidencia la creciente tensión entre la industria turística y las comunidades locales. En urbes como Barcelona o Venecia, el aumento explosivo del costo de la vivienda ha desencadenado protestas masivas, simbolizadas por lemas como: “Un turista más es un residente menos”. Estos movimientos buscan defender la habitabilidad de sus comunidades de cara a la masificación.

Frente a estas críticas, los sectores que se benefician de la masificación turística proponen medidas paliativas, como la promoción de un “turismo de baja densidad”. Sin embargo, la viabilidad y

¹²³ Hoy se habla de un concepto de utilización difusa y que puede dar pie a pasos en falso: la **veracidad** (en vez de la verdad). Basta unas líneas para comprender lo complejo del debate: “*La propia redacción que hace el art. 20. 1 d) de la Constitución Española puede incrementar la confusión, al aludir a la expresión «información veraz», una noción cercana a la verdad, que exige un desarrollo (...). Hay que señalar que cuando se habla del «derecho a la información» hay autores que entienden que, implícitamente, se está introduciendo la referencia a la verdad, aunque no siempre es así. La doctrina ha destacado que la «verdad única» no existe, ya que el pluralismo implica una diferente visión de análisis de la realidad social. Eso significa que un mismo hecho puede ser explicado de diversas y plurales maneras, en un ejercicio de la libertad informativa, dejando patente que todas esas formas son veraces.*” (Cfr. Jesús López de Lerma, 2018, El derecho a recibir información veraz en el sistema constitucional: el ejercicio profesional del periodismo como garantía democrática, Estudios de Deusto, Vol. 66)

aplicabilidad de este concepto suelen ser ambiguas y confusas.

En esencia, el turismo masivo es una manifestación clara e inmediata de los efectos de un modelo de crecimiento constante y acelerado. Al igual que el crecimiento económico ilimitado, el turismo, que bien puede ser una fuerza para el bienestar en el corto plazo, resulta **insostenible a largo plazo**, dado que sus impactos son destructivos. Paradójicamente, el turismo masivo se autoliquida al agotar o deteriorar los recursos (tanto naturales como culturales) que constituyen la base de su propia actividad.

IX. EL CONTROVERSIAL “ESTADO ESTACIONARIO”

“Un hombre con una idea nueva es un loco hasta que la idea triunfa”

Mark Twain

Ya en la Antigüedad, los maestros del pensamiento de occidente, desconfiaron y temieron al crecimiento, que destruía los lazos de solidaridad social, comenzando por los Profetas Hebreos, que amonestaron a su Pueblo en razón de las desigualdades que emergían con el cambio social. Desde ya, que en una línea admonitoria *similar* estuvieron los pensadores griegos, particularmente Platón y Aristóteles¹²⁴. ¿La causa? La respuesta es sencilla: ante sus ojos se mostraban las *pérdidas sociales* que implicaba en Atenas el cambio estructural¹²⁵ que conllevaba el paso de una sociedad agrícola-pastoril a una sociedad mercantil.

Platón, por ejemplo, miraba lo económico no como algo independiente sino subordinado al problema de hallar una organización sociopolítica que asegurara la realización de las virtudes humanas. De tal manera que se preguntó por el crecimiento: ¿crecer o no crecer? Como luego lo reiteraría Aristóteles, identifica el crecimiento directamente con el aumento demográfico; y señala que el efecto más inmediato y dañino es social: **la proliferación de las necesidades** (en paralelo con la producción). Digamos que, en nuestras palabras, “*cuanto más se tiene más se quiere*”. Esto lo lleva, y también a **Aristóteles**, a repudiar el crecimiento económico. Platón en “*Las Leyes*”, una obra de su madurez (o senectud¹²⁶), fija en 5040 el número óptimo de familias en una *Pólis* (la comunidad urbana y sociopolítica de Grecia). A su parecer, tan estacionaria debe resultar la población como la “riqueza” ya que el “verdadero progreso” comienza cuando se detiene el crecimiento.

Mucho antes, durante su temprana madurez, en “*La República*”, nos dice que el crecimiento no lleva necesariamente a mejorar la condición humana de los hombres “libres”. Si se crece desmedidamente, una *Pólis* sana se ve transformada en una ciudad “enferma”. Platón dice “*una ciudad de cerdos*”; y apunta que en realidad el crecimiento material empobrece al hombre (idea que repetirían con matices autores distantes, pero en esto coincidentes, como **Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, J. Stuart Mill, K. Marx**, entre otros). Así escribe que: “*(...) Si examinamos una sociedad con toda clase de comodidades tal vez descubramos cómo se origina la injusticia en las ciudades. (...) Si quieres demos un vistazo a la ciudad malsana (...). La ciudad sana de que he hablado ya no es suficiente; habrá que ampliarla y llenarla de multitudes cuya presencia no tiene más razón que la de cubrir falsas necesidades, impulsos*

¹²⁴ Puede cuestionarse su perspectiva con diversos argumentos (por ejemplo, que perteneciendo a un grupo privilegiado pretendían mantener la situación preexistente), pero sin duda que esa perspectiva **es un agudo e ilustre antecedente en señalar aspectos negativos del proceso de crecimiento**; ya que como argumenta Schumpeter (1971), las causas por la cuales cada uno sostiene lo que dice, nada adelanta respecto a la certeza o error de la afirmación. Tal vez, estos autores y otros muchos puedan tener razones sociales o personales para defender determinadas posturas, pero puede que sus afirmaciones sean igualmente correctas, a pesar del interés que los mueve.

¹²⁵ Desde nuestra óptica, puede haber cambio estructural sin crecimiento (de hecho, la propuesta de este ensayo implica eso), pero entiendo que no puede haber crecimiento sin generar un cambio en las estructuras socioeconómicas (aunque algunos estudiosos opinan lo contrario).

¹²⁶ Incluso, algunos sostienen que es una obra póstuma.

excusables” (Platón, *La República*). En esta obra, Platón se inclina por una vida sencilla, austera, sin búsqueda de riquezas materiales pues no es definitivo ni está probado que la felicidad se alcance con un mayor nivel de riqueza material, pero aún si así fuese, no se deduce de esto que tal felicidad sea moralmente digna.

Sin duda que el tema que estamos transitando, el del “progreso”, se vincula a la literatura utópica, y su primer cultor fue **Tomás Moro**. Creador del vocablo a principios del siglo XVI, con su libro “Utopía” (que puede entenderse como una crítica moral a la vida londinense de los tiempos de Enrique VIII de Inglaterra). En aquel mundo de Moro, las necesidades eran modestas, y el progreso tenía incluso fuertes perfiles espirituales. Entre fines del siglo XVI y el XVIII se desarrolla la llamada “*querella entre los antiguos y los modernos*”, con nombres como Bernard de Fontenelle, Charles Perrault, Anne R.J. Turgot o I. Kant, que concluyó en la doctrina del “perfeccionismo”, muy valiosa en sí (p.ej. en proponer “*la eliminación de la desigualdad entre las naciones*” de Condorcet), pero que **en los hechos ha concluido en todo lo contrario**, ya que **la desigualdad entre naciones es mucho mayor hoy que antaño** (al menos, entre extremos). “*Hoy la relación entre los ingresos de los países ricos y los países pobres es de 400 a 1; hace dos siglos era de 5 a 1*” (Rodríguez Braun, 2000, pag. 48).

En la Inglaterra del auge de mediados del XIX, tempranamente los hombres con sensibilidad social se dieron cuenta de que aquella armonía de intereses, sobre la que teorizaba **A. Smith** y que el crecimiento eventualmente generaba, en realidad por lo menos se torna problemática. Es muy probable que, en términos absolutos, aporte beneficios para todos, pero en tan desigual proporción que crea enormes tensiones sociales. R. Malthus, J. Stuart Mill y K. Marx conocieron el mismo mundo económico..., ése en el que el sistema de distribución de una economía en plena expansión crea tensiones y no armonías.

Posiblemente el primer autor *de la Modernidad* que se preocupó por los efectos negativos del crecimiento (en este caso poblacional), aunque no en la exacta dirección en que aquí lo hacemos, fue **Thomas Robert Malthus**. El pensador inglés entendía que había una presión de la población sobre los recursos (en alimentos), y que esta presión era la “causa” central de la pobreza. Aunque en esto entendemos que estaba equivocado, es evidente que remarcó el principio de escasez, el cual es insoslayable, principalmente cuando hablamos de recursos materiales no renovables.

Los pronósticos pesimistas de Malthus (la trampa malthusiana como origen de la pobreza) fueron “criticados” por **Marx** bajo el argumento de que el problema social no partía de una escasez de recursos sino de una inconveniente distribución de la propiedad. Doscientos años después de Malthus y a siglo y medio de Marx, la realidad muestra una combinación de circunstancias: **el crecimiento desborda los recursos disponibles y agrava mundialmente la distribución de su producto** (y patrimonio resultante).

Si focalizamos nuestra atención en el período científico del análisis económico, observamos que los economistas clásicos, en su visión de largo plazo y bajo el supuesto de los rendimientos decrecientes de la tierra, concluían en un pronóstico de estancamiento que se denominaba “**estado estacionario**”. Al cual veían con gran temor, ya que su teoría tenía por perspectiva final obtener y sostener el crecimiento. El principal expositor de esta perspectiva fue David Ricardo.

Por su parte, luego de David Ricardo, John Stuart Mill y Karl Marx vivieron y reflexionaron sobre el mismo mundo económico-social..., uno en el que, como dijimos, el sistema de distribución de **una economía en expansión crea tensiones y no necesariamente armonías**. Por eso **John Stuart Mill**, en 1848, como cierre de la Escuela Clásica tuvo una

visión *heterodoxa* sobre ese temor al estancamiento. Su famoso capítulo “*Sobre el Estado Estacionario*” (“Principios de Economía”, libro 4, cap. 6) es poco considerado; y cuando es referenciado lo es para desmerecerlo, señalándolo como una expresión errada de su análisis. Concordó en que la economía inglesa **pasaría de un estado progresivo a un estado estacionario**, pero **en cuanto a ese estado estacionario**, tan temido por Ricardo, en su visión personal **lo veía como una etapa a anhelar** pues postergaría el afán de consumo y daría paso, de tal modo, a un período de progreso moral y cultural, donde sería posible la redistribución de la riqueza.

“Una condición estacionaria del capital y la población no implica un estado estacionario del adelanto humano. Habría margen como nunca para todo género de cultivo de la mente y del progreso moral y social (...) los adelantos industriales en lugar de no servir más que para el incremento de la riqueza, producirían un efecto más legítimo: abreviar el trabajo” (...) *“No sé porqué habría de ser causa de felicidad que personas que son ya más ricas de lo que necesitan, dupliquen sus medios para consumir cosas (...) representativas de riqueza (...). Está de más decir que un estado estacionario de capital y población no implica una situación estacionaria del progreso humano. Entonces sería mayor que nunca el campo para la cultura (...) y para el progreso moral y social; habría las mismas posibilidades de perfeccionar el arte de vivir (...) cuando los espíritus dejaran de estar absorbidos por la constante preocupación por trepar. Incluso las artes industriales, se cultivarían con mayor seriedad y más éxito (...) y el adelanto industrial produciría su legítimo efecto: aliviar el trabajo humano”* (J. S. Mill, *Principios de Economía Política*).

Para Mill, el estado estacionario era un estado preferible “*en el cual un filósofo como él no tendría inconveniente en vivir*” (Schumpeter, 1971); y la riqueza estaría mejor repartida “*como consecuencia de la prudencia y la frugalidad*”. Es más, escribió terminante: “*Sólo en los países atrasados el incremento de la producción es aún un tema importante. En los más avanzados, lo que se necesita es una mejor distribución*” (Mill, *Principios*, Libro 2). Podríamos extendernos en el pensamiento de Mill sobre este particular, pero es conveniente no abundar en más detalles. Debemos agregar que el joven Marx de los “*Manuscritos económico-filosóficos*” (1844) indica que “*la desvalorización del mundo humano aumenta con el incremento de valor del mundo de las cosas*”.

Otro autor que tuvo una mirada no convencional sobre el crecimiento fue **Henry George**, quien realizó un cuidadoso estudio de la realidad “dual” que se presentaba en ese momento en los Estados Unidos. Una observación central fue que por aquellos años, en su país, se experimentaba **un gran crecimiento económico con el consecuente aumento de la riqueza, pero simultáneamente se evidenciaba un continuo deterioro** (relativo al menos) **en la situación de los más humildes**. Dicho de otra forma, en sus palabras, le preocupaba fundamentalmente “*la persistencia de la pobreza en medio de la creciente riqueza*”.

Observaba que la presencia de “progreso” (término con el que George se refiere al *crecimiento*) acompañado de “miseria”, se presentaba con mayor intensidad en aquellas regiones altamente industrializadas, mientras que en las regiones más rezagadas con respecto al cambio tecnológico, el deterioro del “poder adquisitivo” de los trabajadores era menor. De tal modo que señala: “*Nota característica de nuestra época es el gran aumento en la producción (...) [Pero] donde los síntomas del progreso son más ostensibles (...) se observa precisamente el máximo de pobreza*” (Progreso y Miseria, Introducción); y además agrega, “*Al acentuarse la pobreza, a medida que aumenta el progreso material, patentiza que las dificultades sociales no dependen de circunstancias locales sino del progreso mismo*” (H. George, P y M, Introducción). En otras palabras, a criterio de George, **el crecimiento tornaba más desigual la distribución del ingreso**.

Tempranamente, en el Siglo XX, hubo cuestionamientos puntuales. El economista institucionalista alemán **Karl William Kapp** (1910-1976), señaló la importancia de reconocer los costes sociales puntuales de la actividad económica; y sostuvo que la empresa (privada o estatal) causaría efectos sociales negativos debido a la necesidad constante de minimizar costes de producción por el camino de transferirlos a terceros, o “*a la sociedad en su conjunto*”.

Como dijimos en la introducción, **J. M. Keynes** se preguntaba, desde una visión ética, si el crecimiento es un medio para conseguir un fin ¿Cuál es éste y cuánto crecimiento resulta suficiente? Sostenía que el crecimiento serviría finalmente para lo que llamaba “*una buena vida*”, que se aproximaría más al bienestar, como lo entienden otras disciplinas sociales (bajo el vocablo inglés de *well being*), que al bienestar como lo miden los economistas (como *welfare*). Sugería que debían existir ciertos límites “morales” al crecimiento, basados en una acertada comprensión de lo que es verdaderamente “una buena vida”. Como dice Skidelsky, Keynes consideraba que “*más allá de cierto punto, el aumento de la riqueza no hace más feliz a la gente*” y “*no creía en el crecimiento económico por sí mismo*”; y en cierto modo, acusaba a nuestra sociedad de la neurosis por “el dinero”, aceptando momentáneamente esa neurosis como un motor para llegar a una abundancia (“la buena vida”) que resolvería en un mediano plazo el problema económico de la escasez..., al menos en los países más industrializados. Dejaba implícito que, en esos países, en ese momento *de saturación*, ya no sería preciso el crecimiento *cuantitativo* (el consumismo). Digamos que se aproximaba a la visión de Mill. Aunque siempre contradictorio, defendió el “desperdicio” como vía para aumentar el nivel de actividad (según se lee en Brue & Grant, 2009, pag.153, y que ya referenciamos en este escrito en el Acápite anterior).

Según su parecer, y de acuerdo a su principal biógrafo, Robert Skidelsky, a cien años vista de su reflexión en 1930, en “*The economic possibilities of our grandchildren*”, los países desarrollados detendrían su crecimiento ya que sus habitantes contarían con “*lo suficiente para vivir una buena vida*”; y por tanto se reduciría la cantidad de horas afectadas al trabajo (en el mercado). Pero, con la visión de nuestra actualidad, no cabe duda de que en esa línea su optimismo rayaba en la utopía pues la avidez es insaciable; y habiendo transcurrido casi una centuria del pronóstico, apunta Skidelsky, “*las ansias de la gente por dinero no parece estancarse*” pese al constante incremento en el “nivel de vida” de la mayoría, especialmente los más privilegiados (grupal y geográficamente). Y agrega que aunque las rentas reales en los países ricos se han doblado en los últimos treinta años, sus poblaciones trabajan más que nunca y no son más felices (agreguemos que Layard, 2005, resume las evidencias al respecto). ¿Por qué están todavía en la rutina de un desesperado crecimiento? (Skidelsky, 2009)

Evidentemente, en esta temática, Keynes falló en redondo en su pronóstico. Aunque alguna vez acertara escribiendo, en dirección contraria, que la acumulación de riqueza se convertiría en un fin en sí mismo, que “*destruiría muchas de las otras razones por las cuales vale la pena vivir*” (citado en El Economista, #3068, diciembre 2009)

Sorprende que hoy entre los economistas no se discuta prácticamente nada de todo esto, mientras entre otros grupos de pensadores sociales resulta más habitual. Una de las claves es que la economía **se ha ido conformando, cada vez más, como una disciplina cuyo objetivo es potenciar el crecimiento...**, no debatiendo si esto es bueno o malo. Es “bueno” como premisa..., ya lo sabemos, pues es un axioma de la teoría del consumidor.

Cierto es que en el mundo francés la *théorie de la décroissance* tiene, como señalamos, cierta presencia, pero ésta es más bien menor y exclusivamente desde el ángulo de la “*écologie*

politique” (v.gr. J. M. Harribey, 2007) ⁽¹²⁷⁾. Se destaca un nombre: Serge Latouche, quien a lo largo de su obra sostiene que el decrecimiento se impondrá por sí mismo por múltiples razones, y resume el concepto en su expresión, casi un lema: “*décroissance ou barbarie*” (por ejemplo en Latouche y Harpagès, 2012; o en Latouche, 2011). En Fitoussi y Laurent, 2008, se postula que la solución está en una mayor democratización de la economía. Aunque ciertamente no se ve cómo la reducción de las desigualdades, vía la democratización, salvaría el problema ecológico o la insatisfacción social (bajo cultura consumista). En similar tesitura está Georgos Kallis (2018), o el ya citado antropólogo Jason Hickel, quien sostiene además la contradicción en sus propios términos del “crecimiento sostenible” o “crecimiento verde” de continuar con la actual tendencia⁽¹²⁸⁾. También existen las propuestas de la “**economía circular**” y de la “**economía azul**”⁽¹²⁹⁾.

Las críticas se han encontrado preferentemente entre los humanistas (que por razones de espacio no presentaremos aquí), como ejemplos Lewis Mumford, Aldous Huxley (en “El mundo feliz”) y el citado Herbert Marcuse, **con claros temores frente al mismísimo desarrollo tecnológico** (lo que llamamos habitualmente “progreso”), enfrentando a los utopistas como Harrison Brown o Arthur Clarke (famoso por su participación en la ficción fílmica, “2001: Odisea del espacio”, o su libro “*Profiles of the future*”), que pintaban un mundo con resultados sociales fantásticos que poco tiene que ver con la realidad cotidiana de hoy (aludimos a la realidad no vinculada a la técnica). Hasta Norbert Wiener, fundador de la cibernética, expresó el temor de que los “ingenios” creados por el hombre acaben dominando a éste, ¿y qué mayores “ingenios” que dos intocables fetiches de nuestro tiempo, el propio progreso (o seudoprogreso) o la sociedad de consumo, que nos dominan? ⁽¹³⁰⁾

Uno de las pocas plumas famosas que, *en los últimos tiempos*, ha hecho centro de sus reflexiones críticas al consumo es **Zygmunt Bauman** (un hombre cuya notoriedad le llegó superando los ochenta años), pero con eco escaso en el mundo académico. Bauman introduce el concepto del “*fetichismo de la subjetividad*” de esta “**sociedad de consumidores**”; que cumpliría en nuestro tiempo lo que en su momento, en la “sociedad de los productores”, tuviera lo que Marx denominó el “**fetichismo de la mercancía**”. Distingue agudamente que mientras el consumo es un rasgo del hombre, “*el consumismo es un atributo de la sociedad*”, como una “fuerza externa” que nos define “estrategias de vida”. Señala Bauman que el consumismo de hoy, a diferencia de anteriores formas de vida, se caracteriza por “*un aumento permanente del volumen y la intensidad de las pretensiones*” (Bauman, 2007). Es más, llega a teorizar que en

¹²⁷ El decrecimiento es, si se quiere, la contracara del reciente “**aceleracionismo**”. Esta línea, sea de derecha (como en Nick Land), sea de izquierda (como en Alex Williams y Nick Srnicek), propone “acelerar” los procesos en marcha. Unos porque entienden que eso afianzará el capitalismo en base a la tecnología. Los otros, por el contrario, piensan, siguiendo a Marx, que agudizará las contradicciones internas y conducirá al colapso del capitalismo. La propuesta es que, en vez de resistir al avance tecnológico, deberíamos acelerar sus procesos. El pensamiento conocido como Effective Accelerationism en el plano tecnológico ataca a la mirada más prudente sobre la innovación tecnológica. Se achaca a los prudentes que son “especistas” (defensores de una presencia biológica, “de las especies vivas por sobre las digitales”, Siri, 2025), mientras ellos proponen la supremacía del “sílice por sobre el carbono”, esperando una Inteligencia Artificial Generativa que nos sustituya como especie. Los robots reemplazarían a los humanos como la especie dominante en el planeta..., parece un desatino, pero muchas personas de peso (como Larry Page, el fundador de Google) estarían, potencialmente, en esta línea, desde nuestro punto de vista distópica.

¹²⁸ Incluso Hickel (2020) ha propuesto un *Índice de Desarrollo Sostenible*, incorporando al IDH tradicional el impacto ecológico.

¹²⁹ Está la propuesta de la *Economía Circular*, que consiste en la utilización de residuos para obtener materias primas (reutilizar), reduciéndose tanto la generación de residuos en forma de basura como la extracción de materias primas..., pero es obvio que ésta es una solución “temporaria” pues esa reducción, de seguir presente el crecimiento, no será suficiente; e indefectiblemente habrá que contraerse en el agregado, pues la naturaleza tiene siempre un límite. También existe otra línea, la llamada “*economía azul*” de Gunter Gauli, que pretende rediseñar nuestro manera de vivir, proponiendo una “copia de la naturaleza” para alcanzar una supuesta “mayor eficiencia”.

¹³⁰ Parece extraño, y hasta paradójico, que el terror por un futuro incierto ante el desborde de la tecnología está sólo presente en las historietas de origen japonés (quizás como un eco de la creencia *shinto*).

nuestra época “*la compra es como un rito de exorcismo*” (Bauman, 2003). El análisis de Bauman, con su fértil concepto de “*modernidad líquida*”, llega a plantear la presencia de los “*residuos humanos*” (otro agudo concepto *baumaniano*), que son poblaciones superfluas, parias que los procesos de cambio veloz generan. Son “*residuos humanos*”, no pretendidos pero existentes, que el crecimiento económico y la globalización dejan (Bauman, 2005); y que los “*ganadores*” en estos procesos suelen no ver (o no querer ver; o más aún, hay quienes baten palmas por ese proceso de exclusión, pues los deja mejor posicionados)⁽¹³¹⁾.

Como hemos intentado presentar, el crecimiento y el consumo desmedido no conducen necesariamente a un buen puerto de destino final, aunque sean muy atractivas “*algunas escalas*” de la travesía. De allí la propuesta de **crecimiento cero**..., pero **nadie está diciendo de que Mozambique deba contener el aumento de su PBI por habitante**. Interpretarlo así rondaría la falacia o lo burlesco. No es eso de lo que estamos hablando. Para decirlo sencillo y rápidamente, **la propuesta principal es crecimiento cero a nivel mundial, con matices de aplicación regionales**. La regla dependerá de cada caso macro. Si la región se encuentra en la rama ascendente de nuestra “*función de calidad de vida*” entonces el crecimiento *puede* continuar⁽¹³²⁾, pero si se encuentra en la rama descendente, entonces la *detención* será lo aconsejable (e incluso la reducción del ingreso per cápita, “*decrecimiento*”). En definitiva: **un crecimiento “selectivo” o un decrecimiento “selectivo”**. Reiteramos, lo dicho por Mill, “*Sólo en los países atrasados el incremento de la producción es aún un tema importante. En los más avanzados, lo que se necesita es una mejor distribución*”.

Pero atención: **el “crecimiento cero” debe ser una meta global..., y también nacional**. Con el desarrollo ya alcanzado por las fuerzas de producción se puede largamente cubrir las “*verdaderas necesidades*” de toda la población mundial. El mismo concepto es aplicable en la Argentina: la sugerencia es que debe contener su consumo Buenos Aires o Córdoba para que pueda subir el suyo, *sin violentar la propuesta global*, Formosa o Chaco. Esto implica un cambio socioeconómico y cultural, que altere las estructuras productivas, en un sentido conveniente. Uno de esos cambios sería aplicar las 3 R famosas de Greenpeace (Reducir – Reutilizar – Reciclar), con acento en la primera de estas “R” (en el “reducir”). Bien sabemos que ésta es una utopía social, pero a veces las utopías son luego realidades⁽¹³³⁾.

¹³¹ Su ágil perspectiva llega a las relaciones humanas en sí, diciendo que en “*este mundo nuestro, líquido e impredecible*”, el de la modernidad líquida: “*También las relaciones humanas son ahora frágiles, transitorias, fáciles de romper. Sólo están vigentes ‘hasta nuevo aviso’ (...). Perduran lo que perdura la satisfacción que brindan a las personas relacionadas (...) de allí que tener que relacionarse con otras personas se convierta en una experiencia ambivalente y traumática*”(Z. Bauman, 2008, “*Múltiples culturas, una sola humanidad*”, Katz Editores)

¹³² Esta es una propuesta muy general, ya que hay áreas, como por ejemplo los Cayos de la Florida (EE.UU.), un lugar paradisíaco, pleno de multimillonarios, en dónde el nivel de vida y la calidad de vida crecen en paralelo. Estarían en la rama ascendente, pero su exceso de consumo (respecto de las pautas promedio), y la evidente desigualdad con el consumo de la gente común exigen como paso moral el *detener su crecimiento*.

¹³³ Esta propuesta de “*crecimiento cero*” **exige un cambio cultural y un cambio estructural**..., pero no el cambio estructural que de habitual y espontáneamente da lugar el crecimiento, sino un cambio *singular* en la estructura productiva (de modo tal de reducir la producción de bienes no esenciales, esos bienes propios de la sociedad de consumo; y aumentar la producción de bienes destinados a necesidades más básicas). Permítaseme un ejemplo de **sociedad insostenible por lo irracional**, hace poco vi un documental que mostraba un restaurante en Taiwán en donde los alimentos se sirven en recipientes con forma de inodoro (de retrete). El restaurante mostraba una decoración acorde (como de letrina... pero precios por las nubes). Los platos tenían nombres extraños tal como “*vómito nocturno*”, y otras delicadezas por el estilo.. Por supuesto que el documentalista mostraba su beneplácito por lo exótico, y por su aporte a la actividad económica..., en fin. **¿Y después nos preocupamos por la generación de un cambio climático?**, como lo hace la Señorita Greta Thunberg. De paso, ¿me pregunto **qué habrá REALMENTE detrás de su figura?** ¿Acaso los líderes mundiales saben menos que ella del problema? ¿es que necesitaban que una adolescente (pero hoy 2025, ya mayor) muy posiblemente bastante desconocedora (por razones de edad) de las verdaderas dificultades y angustias de la vida, les presente una ponencia? Ese cambio cultural exige una actitud generalizada. ¡Todos somos responsables! Para dar una idea de la responsabilidad exigida, la segunda industria más contaminante del mundo es la industria textil: un vaquero (o tejano) insume unos 7.500 litros de agua (además de otros insumos).

Puede sostenerse, como contraargumento, que las zonas de mayor consumo lo son a causa de que los factores de la producción allí radicados responden a los requerimientos de la sociedad, lo que se refleja en sus mayores remuneraciones relativas (las que luego se vuelven consumo), pero acontece que:

- (a) el mercado es un buen asignador de recursos, *dada una distribución del patrimonio y del ingreso*, pero **esta distribución operante puede estar bien lejos de ser equilibrada** en el sentido espacial que estamos señalando.
- (b) Para más cuestionamiento del mercado y de sus efectos, en la perspectiva de largo plazo, **el sistema de precios vigente puede llevar a los actores a adoptar malas decisiones por una visión miope**¹³⁴ (no se cumple la información a la Hayek) (Fitoussi et al., 2008, Introducción).

Nadie que defienda el crecimiento como meta sin matices puede quejarse, con *coherencia lógica*, del consumo dispendioso, de la congestión, de la inseguridad urbana, del estrés de la contaminación y aún del propio cambio climático¹³⁵, **pues todos estos fenómenos no son sino subproductos de aquél**. Así se ha afirmado que el modo de vida urbano, la más evidente manifestación del crecimiento, ejerce influencias desfavorables sobre el comportamiento humano, y crea tensiones mentales que se manifiestan de diversas formas, como los crecientes índices de delincuencia y vandalismo (*The tree of knowledge*, Ed. Marshall Cavendish, Londres, 1975, pags. 2110/2113).

Veamos un ejemplo puntual y patente, con el crecimiento se expande la red urbano-industrial y sus correspondientes enlaces de transportes, y con ello la demanda de terrenos se incrementa a gran velocidad, y los precios se disparan (incentivados por el millonario negocio del sector inmobiliario) muy por encima del ritmo de crecimiento de los ingresos promedio. De modo que cada vez es más difícil ser propietario, llevando a la *desesperanza* a buen número de personas, cayendo algunos en la delincuencia (precisamente uno de los determinantes del bandolerismo en el *Far West* americano del siglo XIX fue el problema de la *inaccesibilidad a la tierra* de un buen número de personas).

El auge económico del nuevo siglo (la post-convertibilidad en Argentina) permitió por una muy favorable coyuntura mundial, dar lugar a un doble proceso: *exclusión comparada* por un lado, y *enriquecimiento acentuado* por otro. La emergente pequeña burguesía argentina post-crisis **abandona la sencillez y sobriedad** (que, si se quiere, era una de sus características históricas), **dedicándose a la persecución desenfundada del consumo dispendioso** (situación que ya se había insinuado en la década de los noventa) **y la exaltación extrema de la diferencia social**. Se salta con avidez del automóvil *Fiat Uno* de los noventa a las camionetas 4x4, Ford F-150 Raptor, Jeep Gladiator o BMW X3; y de la confortable casa de los antiguos barrios tradicionales a las ostentosas residencias de los nuevos barrios cerrados..., dos verdaderos símbolos de la prosperidad y la opulencia¹³⁶. **La sociedad del hiperconsumo del siglo XXI, típica del Primer Mundo, ya está instalada de pleno en Argentina.**

¹³⁴ El miope ve bien a corta distancia pero no a la lejanía. Por analogía, en economía, el miope no ve bien el largo plazo.

¹³⁵ Que según la mayoría de los especialistas estaría siendo producido y/o acentuado por nuestro nivel de actividad y sus secuelas colaterales.

¹³⁶ Uno de los modos de diferenciación en todos los tiempos ha sido la concentración de un grupo social en un determinado barrio, en una determinada calle (v.gr. Recoleta o la Av. Alvear en Buenos Aires). Pero nunca como ahora la segregación ha sido tan terminante. Los “*countries*” suelen aislarse con grandes muros o dobles alambradas, con caminos de ronda, guardias y perros, y donde la policía estatal “no tiene un libre acceso directo”. Pero previo a esta separación física, los “desarrollistas urbanos” se encargan de plantar la separación “económica” a través de la **fijación manipulada** de altos precios para los terrenos (a veces en verdaderos eriales, casi sin árboles pues antes eran

XI. CONSIDERACIONES FINALES

“La vida suele ser un entretenimiento frívolo con un final atroz”

Adolfo Bioy Casares

Estas líneas se inscriben fuera del modelo más consensuado, empezando por su ausencia de formalidad. Es pues otro “lenguaje”. Lyotard sostenía que el saber debe defender el surgimiento de “diferencias”: nuevas ideas en contra de la “racionalidad” imperante. Es decir, que la perspectiva *lyotardiana* es centralmente *antitecnológica*, y *hasta*, puede decirse, *antitecnocrática*, defendiendo el disenso. En esa clave hay que recorrer estas páginas que solamente sostienen, a través de una lectura disciplinaria transversal, una modesta y sencilla hipótesis: cierta variante “dinámica” del estado estacionario. Los fundamentos de su defensa se sustentan en otros autores, ellos sí, de verdadero peso intelectual.

No pretendemos jugar el rol del “canario de los mineros” (del carbón) pues todos ya estamos, desde hace años, en aviso de encontrarnos bajo peligro. A partir de la Revolución Industrial, la sociedad comenzó a cobrar velocidad. Desde la Globalización directamente estamos inmersos en una vorágine deshumanizadora. Valga la figura: es como si circuláramos, a gran velocidad, en un autobús, en donde todos duermen y aunque algún pasajero se da cuenta del riesgo de choque inminente y trata de llamar la atención, los demás lo acallan, para que los deje continuar su sueño y llegar más rápido a destino. Y el chofer, que ha sido elegido por los pasajeros de entre ellos antes del viaje, acelera más y más..., pues así se lo pide la gente, que no reclama por prudencia en la conducción sino por *velocidad*¹³⁷.

Frente a esta civilización consumista, dominada por el maquinismo, la electricidad y la tecnología, frente a la sordidez de la descontrolada ansia materialista (sea de los defensores del “capitalismo” como de los inclinados por el “socialismo”), **temerosos de los riesgos que corremos, hemos presentado una serie de objeciones.** No preconizamos un retorno pleno a la naturaleza (sería imposible y hasta negativo) ni a los tiempos míticos de la labor artesanal, solamente presentamos (como otros muchos) los riesgos que nos envuelven de continuar caminando (mejor dicho *corriendo*) por esta senda vertiginosa, confundiendo el éxtasis con la velocidad, con el consumo y con el crecimiento. Pareciera que como civilización somos cada vez más vulnerables: incapaces de sobrevivir a detalles que siglo y medio atrás ni se conocían p.ej. un corte a la energía eléctrica (¿qué sucedería si nuestras megalópolis y ciudades no tuvieran suministro por 30 días?). Somos vulnerables y efímeros, algo que pareciera no considerarse

X.1. CONSIDERACIONES FINALES. PRIMERA PARTE

“Los refinamientos de la civilización, nuestras mismas inquietudes intelectuales, complicando nuestras necesidades, han multiplicado nuestros sufrimientos”.

J.J.Rousseau

“Los seres humanos poseemos una mezcla letal de codicia e ignorancia. Pienso que si habitáramos otros planetas, los dejaríamos totalmente destruidos e inhóspitos”

Alexander von Humboldt (“*Kosmos*”)

plantaciones de papas en el cinturón hortícola, por ejemplo, en Córdoba, Argentina). Hecho que nos confesó un destacado emprendedor del sector.

¹³⁷ Puede ser interesante la lectura de Paul Virilio, el crítico de la sociedad de la velocidad (p.ej. *El Arte del Motor*, Ed. Manantial, Bs. As., 2003)

Como dijimos en la introducción, la economía se aleja de la reflexión para sumergirse en la medición, en especial desde Samuelson y su visión del economista en un rol de “gerente científico” (Boettke et al., 2006) pero aquí, si se quiere siguiendo la idea de Menger, no pretendemos medir sino buscar “*la esencia de los fenómenos*”. Somos conscientes de que el paradigma principal desprecia la crítica a los fundamentos disciplinares, de los estilos de vida como sustrato, de los contextos sociales (considerándolos meros datos, por lo común intrascendentes). No modificables ni discutibles, y por ello este ensayo, al criticar la situación contextual, cae fuera de ese “colegio invisible”, como diría Thomas Kuhn. Hemos asumido el riesgo del caso, **cuestionando nuestra propia visión y el grueso de nuestros propios trabajos anteriores**. Un destacado colega catalogó a este trabajo dentro de un “*perfil dadaísta*”, y posiblemente le asista razón ya que tiene por propósito remarcar *el sin sentido*, si miramos el largo plazo, del peligroso camino que transitamos. Si se quiere, **más que una propuesta es una protesta**, como lo fue el *dadaísmo*, con sus muchas sombras y sus pocas luces.

En estas líneas, hemos recorrido muy resumidamente distintas facetas del mismo fenómeno en espiral: crecimiento–sociedad de consumo. Las facetas son: (a) **el vínculo entre nivel de ingreso y calidad de vida**; (b) **la posibilidad de crecimiento ilimitado** (que es lo más debatido hoy por su arista ambiental); (c) **el crecimiento y la distribución**. De por sí el hecho social es tan vasto y complejo que en un artículo no es posible ni siquiera presentar sus múltiples aristas, sólo hemos pretendido recordar una serie de circunstancias, en este tiempo habitualmente olvidadas, incluso por los críticos del sistema, y por supuesto que por los “políticos” que captan las preferencias de la gente ¿qué candidato por más honesto, capaz y brillante que fuera podría obtener un cargo electivo defendiendo el “crecimiento cero”? Es el dilema que planteara, en 1655, Thomas Corneille (hermano de Pierre Corneille) en su comedia “*Le Geôlier de soi même*” (*El carcelero de sí mismo*) ¡pero potenciado al infinito! Es decir que **los electores** (la gente) **vivimos presos de nuestra propia ambición de consumo y de poder**¹³⁸.

EL CRECIMIENTO TIENE SU COSTO EN SOLIDARIDAD. UNA ENSEÑANZA HISTÓRICA

Jenofonte, condiscípulo de Platón bajo la tutela de Sócrates y autor del primer libro de *finanzas públicas*, “*Medidas para mejorar los ingresos del Estado de Atenas*”, además escribió una historia de Grecia, “*Helénicas*”, en la que concede gran protagonismo a Esparta (donde hizo educar a sus hijos), y también una “*Constitución de los lacedemonios*”, que trata sobre las leyes y costumbres espartanas, que entendía virtuosas. Era pues, como mucho de los pensadores de entonces, *filolaconista* ¹³⁹.

Allí se relatan circunstancias históricas que son aleccionadoras. Así, es interesante considerar que la victoria sobre Atenas en la Guerra del Peloponeso, a finales del Siglo V antes de J.C., hizo que por su predominio, grandes cantidades de metales preciosos que antes llegaban a Atenas, fluyeran a Esparta, con lo que se aceleraron los cambios y las diferencias económicas. Se dio pues un “crecimiento”. ¿Y qué sucedió? El ideal de igualdad de los ciudadanos libres, los espartiatas, los *homoioi* (*los iguales*), que el Estado había conseguido en buena medida mantener por siglos, en pocos años se esfumó.

Según Jenofonte, la solidaridad de esa *polis*, fundada en una cierta “igualdad” de sus miembros (libres), desapareció, y los espartiatas no ocultaban su propósito de servir fuera de Esparta, incluso en

¹³⁸ Nuestra sociedad (argentina) anhela la sofisticación de la vida norteamericana, consumir como en Estados Unidos..., vivir como en el centro del “imperio”. ¿Estará en alcanzar esa sofisticación el objetivo? Aunque los economistas desprecien toda reflexión que no sea potencialmente sujeto de formalización rigurosa, acudiremos a un pensamiento muy lejano de ese rigor formal. Cayo Cornelio Tácito en su obra “*Germania*”, como ciudadano romano, a pesar de pertenecer a un extenso imperio, cuando describe las costumbres de los germanos, sus modos de gobierno, reflexiona sobre las virtudes que atesoran (su sentido de la hospitalidad, su austeridad, la firmeza de los vínculos afectivos, su armonía con el mundo agrario) y las añora, pues en otro tiempo, afirma, fueron patrimonio de la vida romana. En otras palabras, Tácito no hace sino añorar los usos sencillos de la vieja República que el gran avance económico de la época imperial dejó atrás. ¿Nos pasará lo mismo como sociedad? Bueno, en cierto modo ya nos pasa, cuando retornamos a la campaña los fines de semana y durante las vacaciones en busca de una paz perdida.

¹³⁹ Es decir, admirador de las costumbres y vida espartanas.

Persia, como vía de adquirir riqueza y demostrar éxito personal. Así, en tiempos de Aristóteles apenas quedaba un millar de *homoioi* en Esparta, frente a los 9.000 que había en tiempos de las guerras médicas. ¿Los demás? La gran mayoría de quienes “sobrevivían” estaban lejos, persiguiendo, como mercenarios, una riqueza y un éxito individual para ostentar frente a sus conciudadanos. Una conducta que, previo al crecimiento, una generación antes, su sociedad habría despreciado. Algo para recordar y reflexionar.

Hemos revisado los conceptos de crecimiento, distinguiendo entre *crecimiento*, *desarrollo* y *progreso*, entre *nivel de vida* y *calidad de vida*. Se planteó que la relación “bienestar” o *calidad de vida* / nivel de vida está bien lejos de ser directa. La “calidad de vida”, entendiendo por tal un estado general de bienestar, no siempre aumenta con el “nivel de vida”, medido por el ingreso promedio por habitante. Hipotetizamos que la función que vincula calidad y nivel de vida responde a una forma cuadrática de “U” invertida. Así una sociedad (mundo, país, región o ciudad) puede encontrarse **en su tramo ascendente** o **en su tramo descendente**. Y sugerimos decidir las acciones sociales, respecto al crecimiento, de acuerdo a la rama de la curva en que se encuentre la sociedad (si *ascendente*, avalamos el crecimiento; si *descendente*, rechazamos el crecimiento como meta a perseguir): esto es, entonces, **un crecimiento o decrecimiento selectivo** (con el propósito de un estado estacionario “global”)

También **desarrollamos los límites físicos del crecimiento y nos asomamos al problema de fondo: al fenómeno sociológico del consumo**⁽¹⁴⁰⁾. Asimismo señalamos lo discutible de plantear el “crecimiento” como la única vía de superar la pobreza, remarcando que **los verdaderos beneficios del crecimiento los reciben los más pudientes, y los costos** (o sacrificios) **recaen relativamente más sobre aquellos que podemos catalogar de “más pobres”**. Un ejemplo bien cercano puede clarificar el concepto: la sojización de la agricultura argentina centralmente alcanza en sus beneficios a los propietarios de la tierra, los empresarios agrícolas y afines..., pero los costos de la desertización (las tormentas de tierra, las sequías o las inundaciones) y los daños en la salud por los agroquímicos recaen sobre el conjunto de la población (y, desde ya, en mayor proporción sobre los que no se pueden “mudar”, puesto que no poseen un capital inmobiliario vendible que les permita migrar con posibilidades ciertas hacia territorios menos afectados). Vamos a otro ejemplo, más cotidiano para los ciudadanos: las urbes son los grandes focos de crecimiento pero también de manifestación de sus resultados negativos (contaminación y stress, inseguridad, hacinamiento, masificación, vertidos industriales, estímulos visuales y auditivos, gases tóxicos, etc.). A estas delicias no pueden sustraerse aquellos que no son “ricos”..., pero los que lo son, en cambio, en los *countries* suburbanos, y durante los *weekends*, en las quintas o casas de descanso, eluden la desgastante vida de la ciudad en crecimiento. Aprovechan pues las aristas positivas del fenómeno (el crecimiento de sus ingresos personales) y se sustraen de soportar los costos de ese crecimiento.

Muchos de los peligros que, personalmente entendemos, ahora nos acechan como sociedad no presentan consecuencias inmediatas y visibles sino más bien distantes, a largo plazo, principalmente en los planos sociales. **La disolución social es uno de ellos**. En cambio, los efectos no buscados **son más evidentes e inmediatos en el entorno biológico**, pero pese a ello también en el sistema biológico los impactos principales se manifiestan en el largo plazo (por

¹⁴⁰ Ambos conceptos, los límites al crecimiento y el consumo, están ínsitamente unidos. Por si faltara algún remache de ligazón éste está en la capacidad de “procesar los desperdicios” no orgánicos por la naturaleza. Mencionemos uno solo: el plástico en el mar. Se han venido formando 5 grandes manchas de basura plástica de enormes dimensiones en cada uno de los océanos (que suelen denominarse “islas”, que se presentan pues los plásticos se concentran a causa de las corrientes marinas y los vientos). La mayor de las manchas se encuentra en el Pacífico Norte (*Great Pacific Garbage Patch*), con el tamaño de 3 veces Francia. ¡Casi nada! Esos plásticos se degradan en forma de microgránulos, que son consumidos por los animales marinos. Nada ha podido hacerse hasta hoy, dado el enorme costo de eliminación de lo ya acumulado, la falta de una técnica claramente eficiente para hacerlo y la ausencia de acuerdos internacionales vinculantes.

ejemplo, el mercurio persiste en el aire pocos años, pero décadas en el agua dulce y siglos en el agua salada). Así, entre otros casos, la presión sobre los recursos desgasta la biodiversidad.

Los estudiosos del medioambiente suelen hablar de *retardos cortos y largos*. Si los efectos positivos tienen retardos cortos (se perciben a corto plazo) y al mismo tiempo los efectos negativos presentan retardos largos, se produce una situación que **se caracteriza como de “sobreimpulso y catástrofe”**. Es decir, que la capacidad del ambiente colapsa por el *sobreimpulso del daño*. Un ejemplo muy conocido es el fenómeno de destrucción del suelo en los Estados del Medio Oeste de EE.UU. (Wyoming, Nebraska, Kansas, Oklahoma, Texas), que provocara grandes tormentas de tierra (centenares) durante la década de 1930. El Estado había incentivado, durante los veinte años anteriores, la explotación de tierras (en realidad no aptas para una agricultura sustentable) con el fin ya conocido: potenciar el crecimiento. Se recuerda todavía hoy la temible tormenta de tierra del 14 de abril de 1935, que tuvo 6 km de altura y un frente de 1600 km. Imagine: ¡una dimensión apocalíptica! La causa inicial fue la explotación desmedida e imprudente. *¿No recuerda en algo el afán argentino por la explotación de tierras para la siembra de soja? ¿No padeceremos en un mediano plazo tragedias como aquélla?*

TIEMPOS DE SOCIEDAD LÍQUIDA

Pareciera que, hoy por hoy, el gran norte del secular Proyecto de la Modernidad, como meta visible, fuera el crecimiento. Sostenerlo y aumentarlo. Una manifestación social de esto ha sido lo que Bauman ha llamado, y ya mencionamos, **la Modernidad Líquida**.

«La fluidez es la cualidad de los líquidos y gases (...) y por lo tanto, sufren un continuo cambio de forma a diferencia de los sólidos (...), no conservan fácilmente su forma. Se desplazan con facilidad (...), no es posible detenerlos fácilmente, sortean algunos obstáculos y disuelven otros (...).» (Bauman, 2000, “Prólogo”)

Si bien la “condición líquida” ha sido siempre una condición de la Modernidad (desde el Renacimiento), **la modernidad líquida** tiene rasgos nuevos, entre ellos, la transformación de la histórica *sociedad de productores en una sociedad de consumidores* (además de masiva). La Modernidad Líquida *es una* sociedad caracterizada no sólo por cambios, sino por cambios vertiginosos. Una sociedad inalámbrica (Bauman, 2007). Se sale de *«la época de los “grupos de referencia” preasignados para desplazarnos hacia una era de “comparación universal”»* (Bauman, 2000). Es una época de globalización muy especial y peligrosa, en todas las aristas: biológicas, físicas, económicas y sociales. La existencia social se ha transformado en una vida electrónica o cibernética, donde la “vida social” se desarrolla con intensidad nunca vista, pero con la necesaria mediación de un ingenio electrónico y «sólo secundariamente con otros seres de carne y hueso» (Bauman, 2007). Es un tiempo en el cual **se exige la flexibilidad extrema para sobrevivir**: todo lo que hoy está, el próximo año literalmente no existirá.

Dicho entonces en resumen, hemos cuestionado el crecimiento desde tres ángulos: (a) **el vínculo entre nivel de ingreso y calidad de vida**: negando una relación directa, ya que en realidad ésta depende del nivel de ingreso en que nos encontremos como sociedad, pudiendo darse una relación inversa (ver el acápite I: “Crecimiento y calidad de vida”); (b) **la posibilidad de crecimiento ilimitado**: hemos cuestionado también esta posibilidad, pero más que por argumentos *ecologistas* (que también hemos apuntado) por causales “económicas” (*malthusianas*, bien entendidas), ya que nuestra actividad está insumiendo a gran velocidad los recursos no renovables..., y hasta *los renovables*, ya que utiliza más de dos tercios de la energía bioquímica anual de la tierra (y a tasa creciente)(ver el Acápite II, “*Los límites naturales*”; y Acápite III, “*El Sistema Económico no está aislado*”); (c) **el crecimiento y la distribución**: también hemos negado que el crecimiento disminuya desigualdades. Por el contrario, la experiencia histórica parece señalar que las agiganta. Además, si bien puede contribuir, y lo ha hecho, a reducir la pobreza extrema, no elimina los “pobres”, más bien **puede crearlos a través del mecanismo de presión psicológica de la sociedad de consumo** (Acápite III). Incluso

afirmamos que los mayores aspectos positivos del crecimiento los aprovechan los menos y sus costos recaen en millones⁽¹⁴¹⁾.

Bien claro está, desde todos los ángulos, que el crecimiento mundial tal y como lo venimos experimentando (en especial, en las últimas décadas) no es dable de continuar, **y una revisión, para decir lo menos, se impone**. El problema es cómo definir y luego establecer el mecanismo de contención (*¿crecimiento cero?*), ya que se avizora como prácticamente imposible detener la maquinaria que está en marcha (particularmente en una economía de mercado globalizada) sin provocar una crisis (y el consiguiente descontento). La trampa en que estamos pillados es que la estructura productiva está definida en función de una constante expectativa de consumo creciente (en definitiva, el crecimiento). Si la estructura de consumo futuro se altera hacia niveles más limitados, más prudentes, y la tasa de crecimiento “en el límite” se torna cero (el estado estacionario), la estructura productiva quedaría sobredimensionada, lo cual no deja de ser un enorme problema social en términos de inversión y empleo.

Por lo demás, **nadie quiere soportar los costos políticos, ni siquiera del debate**, que cada vez parece menos postergable y a la vez más lejano. Al hecho de que es difícil, muy difícil, que la gente reduzca consumo, se suma que un elemento de peso es el factor demográfico, pero el problema se agrava aún más por el hecho de que, dado el fenómeno del crecimiento, **la demanda de recursos aumenta todavía más de prisa que la propia población**. Así se “*gasta y desgasta*” sin prudencia nuestro sustrato natural (medio ambiente y recursos naturales diversos). Para mencionar un solo aspecto, el capital “natural” se degrada constantemente a causa finalmente del consumo por habitante. Si toda la población mundial requiriese el nivel de consumo per cápita que un estadounidense promedio necesitaríamos cinco o seis planetas Tierra (Leonard, 2010). Recuérdese que los EE.UU. cuenta aproximadamente con el 5% de la población mundial y consume el 30% de la energía planetaria. Esto es una proporción seis veces mayor. Por esa presión del aumento del consumo sobre los recursos es que algunos han llegado a defender presuntas virtudes ecológicas presentes en la desigualdad, ya que si todos consumieran como un *yanqui* sería imposible, ni siquiera en el corto plazo, controlar la situación ambiental.

En muchos late un inocente espíritu optimista, que recuerda al George Bernard Shaw de “*Hombre y Superhombre*” (en donde se planteaba la teoría de una “fuerza vital” que impulsa un bondadoso progreso evolutivo). Gente pensante entiende que pese a los peligros, que no niegan, el propio caos ⁽¹⁴²⁾ llevará a la Humanidad a tomar verdaderas medidas..., y en eso estamos en cierto modo de acuerdo: cuando el desmesurado crecimiento e irresponsable nivel de consumo nos acerque más al peligro del abismo, éste acicateará la búsqueda de soluciones. Pero **es bien posible que tal situación se presente cuando lamentablemente hayamos superado ya “el punto de no retorno”**. James Lovelock, el impulsor del ecologismo, en “La venganza de la Tierra” (2007), sostuvo que el cambio climático había alcanzado un punto de no retorno y que ya nada podía hacerse. Pero luego se desdijo y matizó sus afirmaciones⁽¹⁴³⁾.

¹⁴¹ Sin embargo, como ya señalamos en otra nota al pie, Piketty sostiene que la desigualdad será de mayor intensidad si la tasa de crecimiento se reduce a niveles cercanos al 1,5%. Lo cual va en contra de nuestra propuesta

¹⁴² Por ejemplo, se piensa que **puede darse una lamentable cadena de fenómenos**: el ascenso de la temperatura puede liberar (superado un umbral) el hidrato de metano, congelado en los hielos (Ártico, Antártico y Hielos Continentales), en un cambio de fase que tiene un efecto invernadero mucho más poderoso que el dióxido de carbono. Es decir que, superado el umbral de descongelamiento del hidrato de metano, el ascenso de temperatura sería mucho más veloz (**el efecto “palo de hockey”**); y sería muy difícil retornar de tal situación.

¹⁴³ Esta nota se conecta a la anterior. En cierto modo, hay procesos que permanecen “invisibles” pues **constituyen la preparación para un cambio de fase** (como dicen los físicos, aunque los legos solemos utilizar el término “cambios de estado”). Al calentar progresivamente una sustancia, se observa que inicialmente la energía aportada origina aumento de temperatura y dilatación. Si se continúa elevando la temperatura, se alcanza un momento en que, en contra de lo más sencillamente esperable, comienzan otro tipo de cambios que modifican la estructura de la sustancia

Es más, algunos ya imprudentes, en la misma línea anterior (viene a mi recuerdo Gunther Stent, biólogo de Berkeley en los setenta), sostienen que la sociedad de consumo ha creado una verdadera Edad de Oro, y no hay nada de que preocuparse pues existe un fenómeno universal de *feed-back* en el proceso de la sociedad industrial, y la revolución científico-técnica lleva a ajustes automáticos, evitando todo daño (salvo coyuntural y puntual)(!!!). Aquí vale recordar las palabras de J. S. Mill, quien escribió en Los Principios “(...) *espero sinceramente, en nombre de la posteridad, que los hombres decidan adoptar un estado estacionario mucho antes de que la necesidad los obligue*”.

Como contracara, se nos puede enrostrar que nuestra visión pesimista, tipo colapso o “fin del mundo”, bien se podría haber sostenido también hace unos doscientos cincuenta años (ya que la oferta dinámica de bienes parecía “limitada”) y sin embargo un salto “imprevisible” en la línea histórica (para el caso, la Revolución Industrial) permitió evitar el colapso poblacional (los frenos positivos de que hablara Malthus) y a la vez mejorar el nivel de vida (y, para ese momento, la calidad de vida). La base del argumento es cierta, pero existe una diferencia esencial: **el colapso entonces no implicaba destrucción** sino *solamente ajuste* (en población y consumo), pero en nuestro tiempo, y según pretendemos haber descrito, el colapso puede implicar destrucción; además, el salto imprevisto, es eso precisamente... “imprevisto”, y la reflexión científica debe sustentarse en tendencias previsibles y no fundarse en esperanzas materiales de cambios tecnológicos salvadores (que pueden o no concretarse)⁽¹⁴⁴⁾.

ANTE EL RIESGO AMBIENTAL

Ante el riesgo ambiental, se discuten varios caminos. Entre ellos se destacan. (a) aplicación de **tributos** sobre actividades contaminantes; (b) **normativas ambientales**, con severas penas a sus violaciones; (c) establecer **entornos para negociar “permisos de contaminación”** (es decir, un mercado que fije precios a un número establecido de “autorizaciones para contaminar”). Esto es, en definitiva, aceptar un *trade-off*, o *concesión mutua*, entre nivel de actividad y nivel de polución; (d) **cambiar el modelo de producción: de lineal** (o sea, materiales + energía → producción → desperdicios) **a circular** (materiales + energía → producción → reutilización y reciclado más energía → producción... y así sucesivamente), lo que reduciría el volumen de insumos y residuos.

Pese a lo conveniente de estas medidas para reducir el riesgo ambiental de corto plazo **¿qué pasa con el horizonte lejano? ¿y qué con la calidad de vida?** Dada la presión sobre los recursos materiales, con la inevitable escasez en el largo plazo (por aumento de consumo por habitante más el aumento poblacional), nuestra modesta opinión es que no nos queda sino una solución *para llegar, con precaución, a ese largo plazo: el crecimiento global cero, con un “crecimiento selectivo”* (con los problemas de implementación), que además de salvar o morigerar el problema ambiental, permitiría incrementar la “calidad de vida” (aunque se redujera el “nivel de vida”).

No está de más sumar aquí el juicio sobre nuestra civilización del epistemólogo Paul Feyerabend, quien reivindicó a los pueblos “primitivos” y los puso como ejemplos de **personas no industrializadas pero capaces de vivir perfectamente**, incluso sin la ciencia. Si bien es cierto que en el mundo industrializado se viven más años, decía, **¿quién disfruta, en el fondo, de una verdadera y mayor calidad de vida?** ¿De qué nos sirve finalmente tanto conocimiento? En su obra, *Adiós a la razón* (1987, con traducción de 1995, pag. 313) argumentó: “(Lo negativo) se muestra en la mortal agresión a la naturaleza y a las culturas “primitivas” sin que nunca se hable para nada de las personas que se ven así privadas de significado para sus

y la conducen a otra fase de la materia, distinta a la inicial. Para una comparación sencilla, es lo que acontece cuando se alcanza el punto de ebullición en un líquido: la temperatura no sube más sino que se cambia de fase líquida a fase gaseosa.

¹⁴⁴ Valga la reflexión, tal vez la autodestrucción sea el destino de todas las civilizaciones avanzadas. Esta sería una respuesta, la más inquietante, a la “paradoja de Fermi”. Se la conoce como la teoría del Gran Filtro. Pero como este aspecto escapa del centro de nuestro debate, nos detendremos aquí, solo mencionamos el hecho

vidas; en el colosal engaño de nuestros intelectuales, convencidos de que saben exactamente qué es lo que necesita la humanidad y empeñados en recrear a la gente a la triste imagen de sí mismos; en la infantil megalomanía de nuestros médicos(...)”

Está claro de que **aquí estamos cuestionando nuestra forma de cultura presente, nuestros parámetros de juicio, que dependen de nuestros hábitos y de nuestro sistema de valores.** Y entre ellos se encuentra la defensa del adelanto tecnológico, que siempre fue bien vista por las líneas progresistas. Es más, el *Manifiesto Comunista* es en parte un elogio al progreso tecnológico. **Pero esa era una perspectiva válida hace 150 años**, cuando se usaban velas de sebo, los carruajes eran de tracción a sangre y la contaminación un fenómeno puntual, en dos o tres ciudades del mundo (con dimensiones semejantes a la Córdoba actual). *¿Es posible hoy ser “verdaderamente progresista”, en medio de la civilización del consumo y mantener esa visión a secas..., sin calificación ni matices?* Por ejemplo, habitualmente estimamos que prolongar la vida es un valor, pero además de que esa misma sentencia pudiera ser observada en sí misma (pues como señala Umberto Eco prolongar la existencia no implica una vida más plena), acontece que los grandes laboratorios, en los que se estudia esa prolongación de la vida, necesitan para su trabajo un sistema de comunicaciones y aprovisionamiento energético que luego, por su parte, conspira contra esa propia vida (y su calidad), al producir contaminación (atmosférica, visual, sonora)..., sin olvidar que los mismos estudios biológicos colaboran para la guerra bacteriológica.

Por otro lado, ante la propuesta de detener el crecimiento salta una cuestión ¿por qué implicaría esta circunstancia detener necesariamente el progreso técnico bien entendido? **Para J. Stuart Mill**, por ejemplo y como ya transcribimos, el “estado estacionario” no excluía el progreso técnico. Sin duda que si aceptamos el esquema neoclásico básico, de una función de producción que en un modelo de equilibrio general desemboca en una curva de transformación, todo cambio técnico implicará un corrimiento de la función de producción y de la curva de transformación, y por ende crecimiento..., pero quizás sea hora de pensar un enfoque alternativo. Personalmente, me resisto a aceptar que esta visión sea la única interpretación posible de los hechos futuros.

Al cerrar su libro sobre el crecimiento, Jones (2000) resumiendo conceptos, nos dice: *“El motor del crecimiento económico es la invención. El modelo de Solow sugiere esto a un nivel matemático: el crecimiento cesa (...) a menos que la tecnología mejore exponencialmente (...). Los empresarios, en busca de fama y fortuna (...), crean las nuevas ideas que impulsan el progreso tecnológico(...) La presencia de rendimientos crecientes a escala significa que no es posible modelar la economía de las ideas mediante competencia(...) Las empresas tienen que estar en posibilidad de cobrar precios mayores que el costo marginal (...). Es este diferencial (...) lo que proporciona “combustible” para el motor del crecimiento”(Cap. 9).* Es decir, que para que el crecimiento continúe debe haber presencia de progreso técnico y beneficios supernormales. Recordemos que **ambos procesos sumados llevan a potenciar la desigualdad a través de la concentración** en la distribución espacial (de la actividad) y en la distribución personal (del ingreso).

Según el esquema de Solow-Swan-Romer, el crecimiento se produce por el cambio tecnológico. Pero Felipe de la Balze, en una disertación publicada, apunta que *“Hay un debate importante (...), (sobre) si la innovación produce crecimiento o si el crecimiento genera la innovación tecnológica. Hoy en día se sostiene cada vez más que no es el crecimiento el resultado de la innovación sino que son las oportunidades de crecimiento las que producen (...)*

la innovación tecnológica (...)” (De la Balze, F., 1995; “La desregulación y el crecimiento en la Argentina”, pag.158)⁽¹⁴⁵⁾.

Polemizar sobre estas cuestiones, en un vano intento de señalar los peligros de la espiral crecimiento-consumo-crecimiento, se asemeja a señalar a un drogadicto los riesgos presentes en su adicción, ya que éste ve solamente los “beneficios” inmediatos sin reconocer (al menos en los hechos) los peligros más distantes. Después de todo, cualquier droga es peligrosa..., según su dosis⁽¹⁴⁶⁾. Es decir, **lo mismo sirve para curar que para dañar**. Esto es tan válido para la adicción a la morfina como para la adicción al crecimiento, y también para la adicción al desenfreno del consumismo y la opulencia. Intentamos, también, remarcar contradicciones pues la sociedad quiere, a la vez, crecimiento y aire puro; crecimiento y respeto a la naturaleza; crecimiento y vida tranquila; megalópolis y vida rural. Desde nuestro modesto punto de vista, todos son binomios incompatibles. **Es un paralelismo perfecto con otras contradicciones de los agentes económicos**. Como consumidores quieren que los bienes alimenticios sean energéticos y, al mismo tiempo, tengan bajas calorías, pero resulta que lo que es energético necesariamente aporta calorías. Pretenden que los alimentos sean naturales y, a la vez, se conserven (sean biológicamente estables), pero precisamente lo que es natural no se conserva (es inestable). Sin duda, que son contradicciones culturales que están muy arraigadas, hasta en los mismos círculos académicos.

EL GRAN DESAFÍO

El desafío es encontrar un camino que permita el progreso técnico sin los casos nocivos del crecimiento. **¿Será posible un progreso que apunte a la calidad de los bienes y no a una mayor cantidad de ellos?** Digamos, detener el despilfarro de la sociedad de consumo, manteniendo un ritmo de mejora técnica que conduzca a un crecimiento “*prudente y cualitativo*”. ¿Es posible un progreso técnico y que persista en un “estado estacionario”; esto es, sin que se genere crecimiento económico? Si nos remitimos a los modelos de crecimiento, la respuesta lamentablemente es que NO. Sin ir a las formulaciones más sofisticadas de los recientes nobeles, Ph. Aghion y P. Howitt y nos limitamos al modelo más básico de Solow-Swan o *de crecimiento exógeno* (como se lo conoce actualmente), vemos que el motor principal del crecimiento es el progreso técnico, aunque no se explique cómo es que éste persiste, aun cuando teóricamente hubiera rendimientos decrecientes del capital. A su vez, el grupo de *modelos de crecimiento endógeno* brinda una respuesta: señala que cuando una empresa genera o incorpora nueva tecnología impacta en otras que le están relacionadas. Esta presencia de externalidades positivas “evita” los rendimientos decrecientes del capital; y por tanto, los aumentos en la proporción de ahorro pueden dar paso a aumentos permanentes en el crecimiento (ya que ahorrar permite dedicar recursos a inversiones en conocimientos y en capital físico, que incorporen procesos innovadores). A su vez, como la tecnología se difunde con “facilidad”, sea por capital humano o por capital físico, se explican muchos procesos de gran convergencia. Tal el caso de la República Popular China. Por tanto, **no podría haber “progreso” (técnico) y a la vez estado estacionario**. Es decir que con estas acotaciones **estamos cuestionando nuestra propia afirmación previa, presente en el texto** líneas más arriba, pues pareciera ser que, de conducirse las sociedades como históricamente ha sido, **todo progreso técnico concluiría en crecimiento** (como los modelos predicen y los hechos históricos apuntan⁽¹⁴⁷⁾)...., que es el evento que precisamente estamos cuestionando por resultar peligroso (y no sustentable *ceteris paribus* en el “largo plazo”).

¹⁴⁵ No me es posible identificar el título del libro donde se publica (junto a otras disertaciones) por contar con fotocopias (y no con el libro original).

¹⁴⁶ Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en *El Liceo*, en su tratado de botánica, resume con justeza el tema de las dosis: “*Se administra un dracma si el paciente debe animarse y revivir, el doble si debe delirar, el triple si debe enloquecer para siempre, el cuádruple si debe morir*”. El mismo concepto repetiría Paracelso.

¹⁴⁷ Más aún si consideramos los aportes, ahora ya famosos, de Joel Mokyr, Philippe Aghion y Peter Howitt. Así desde la formulación matemática de Aghion y Howitt, se señala que todo progreso técnico concluye en crecimiento. Además, lo que es más importante por su contenido empírico, desde la experiencia histórica sobre la que reflexiona Mokyr (2016), todo progreso técnico desemboca en crecimiento económico. Es decir que nuestra propuesta resulta, como ya hemos dicho, **una utopía pues no podría haber “progreso” (técnico) y a la vez estado estacionario**. Pero, también es una utopía la idea de crecimiento sin límite en un mundo que por definición es finito.

X.2. CONSIDERACIONES FINALES. SEGUNDA PARTE

*“El optimismo es el empeño de sostener
que todo está magnífico cuando todo está pésimo”*

Voltaire (en *“Candide”*)

*“La Humanidad necesitó 30 siglos para tomar impulso.
Le quedan 30 años para frenar antes del abismo”*

Michel Bosquet

(en J. Senent, *“La contaminación”, GT Salvat, 1973, pag.131*)

Nuestra tesis es que el proceso de “crecimiento acelerado” iniciado hace tres siglos, de seguir el perfil que le conocemos, se ha tornado insostenible por sus impactos negativos no pretendidos (ni siquiera imaginados por entonces). **Para encontrar una solución lo primero es identificar el problema.** Y luego, ¿cómo establecer el mecanismo de “solución”, para el caso, de contención? ¿Cómo llegar al “crecimiento cero” global? Entendemos que es preciso la presencia de una *“actividad económica global”*, bajo lo que podríamos catalogar como *“conducta económica responsable”*. En dos palabras, **que crezcan las áreas postergadas (pobres) y decrezcan las regiones ricas.** De tal modo, según nuestro razonamiento del Acápite I (la “U” invertida), todos aumentarían su calidad de vida, de modo sustentable y con convergencia de consumo. ¿Cómo hacerlo? **No se pretende aquí encontrar soluciones precisas y concretas** (tampoco podría, por incapacidades personales, aunque sería mi anhelo) **sino más bien señalar el problema, y replantear una serie de cuestiones aparentemente olvidadas** cuando más necesitaríamos recordarlas. Es irónico que en los años ’70 y ’80, cuando marchábamos a menor velocidad, era una inquietud; y hoy, que “corremos” a toda prisa, no parece preocuparnos.

Aunque, **como dijimos, no pretendemos encontrar soluciones precisas y concretas**, arriesgamos el sentido o dirección de una propuesta. En resumen, **la idea es mantener un estado estacionario global, discriminando por territorios** (unos decrecen para que otros puedan crecer sin un “daño global”): **un crecimiento y decrecimiento selectivos.** Si nos remitimos a la Gráfica I (acápite I), bien podría Buenos Aires reducir su nivel de vida (sacrificaría consumo pero mejoraría su calidad de vida), en pos de que crezca Jujuy. Sin embargo, si unos decrecen, *los más “ricos”*, ¿cómo incentivar el crecimiento de los otros? ¿Quién compraría los productos de las áreas *“pobres”*?⁽¹⁴⁸⁾ Por eso, esta propuesta parece utópica y hasta contradictoria en sí misma⁽¹⁴⁹⁾, pero al menos debe discutirse si el camino elegido hasta hoy es el más acertado... o el más peligroso. En Wright (2004), se lee en el Cap. 2, *“La civilización (...) es un bien precario: cuando subimos por la escalerilla del progreso vamos rompiendo los peldaños anteriores a medida que los vamos utilizando. No hay vuelta atrás que no sea catastrófica”*. Afirmación muy preocupante, por lo certera que nos parece. ¿Es esta la principal “trampa del progreso” en el planteo del Wright?

¹⁴⁸ Los datos parecen apuntar a que el crecimiento es propulsado por el comercio entre regiones. De allí la duda, ¿si las áreas prósperas decrecen, quien comprará la mayor producción de las áreas postergadas?

¹⁴⁹ De hecho, es una paradoja (¿contradicción?) pero las contradicciones analíticas son un hecho bastante frecuente en el pensamiento social. Por ejemplo, Adam Smith alabó y condenó, a la vez, a la división del trabajo..., y en las mismas páginas que le dedicó en *La Riqueza de las Naciones*. Así, le atribuye una serie de virtudes (tal como mejorar la productividad) para luego señalar que con ella el hombre *“se vuelve todo lo ignorante que puede llegar a ser un humano. La torpeza de su mente lo vuelve (...) incapaz de (...) cualquier sentimiento generoso o tierno (...). Es incapaz de juzgar sobre los grandes intereses de su país (...)”* (*La Riqueza de las Naciones, Libro V*). ¡Significa, entonces, que estoy bien acompañado en mis proposiciones paradójales!

La presión “abusiva” sobre los recursos, en pos del crecimiento, puede tener consecuencias apocalípticas. Como parece apuntar, H. G. Wells, la destrucción no vendrá desde fuera sino desde nuestra propia oscuridad. (en “*The Time Machine*”, 1895, y “*Mind at the End of Its Tether*”, 1946)

LA SOCIEDAD FUTURA

Debe aclararse que este cuestionamiento no quiere decir, en modo alguno, que pensemos en que la mejor sociedad esté en el pasado histórico sino que bien puede estar en el futuro, aunque con el conjunto de prevenciones (y correcciones) que intentamos apuntar, y otras muchas que no somos capaces de desarrollar por limitaciones de formación. Sin correcciones, se puede llegar directamente a desaparecer como Humanidad.

De cualquier manera, **toda solución posible exige un trasfondo cultural de base**, y la ausencia del análisis contextual es el gran defecto de la *Corriente Predominante* (sea neoclásica o incluso keynesiana). En 1981, **Douglas North** escribió: “*La teoría económica neoclásica puede explicar cómo actúa la gente en su propio interés (...). Sin embargo, no puede explicar con efectividad (...) la conducta que no tiene como motivante principal el cálculo del interés personal (...). La teoría neoclásica es ineficaz para explicar la estabilidad social ¿por qué la gente cumple reglas sociales cuando puede beneficiarse evadiéndolas? (D. North, 1981, Cap. 1). Y continúa páginas más adelante “La solidez de los códigos (...) de una sociedad es el cemento de la estabilidad social, que hace viable un sistema económico. Sin una teoría explícita (...) de la sociología del conocimiento existen lagunas en nuestra capacidad para explicar tanto la asignación de recursos como el cambio histórico” (D. North, 1981, Cap. 5).*

Karl Polanyi (1886-1964), por su parte, dentro de su enfoque que llamó de “*economía sustantiva*”, escribió: “*Permitir que el mecanismo de mercado sea el único director del destino de los hombres nos llevaría a la demolición de la sociedad (...). Los hombres, quitada la protección de las instituciones culturales, perecerían (...) como víctimas de un agudo disloque social en forma de vicios, perversiones y hambre*” (Polanyi, 1944)⁽¹⁵⁰⁾.

LA CULTURA COMO BASE

Es decir que *las instituciones culturales* (en una palabra, *la cultura*) nos protegen. Esas instituciones determinan la estructura de los sistemas político-económicos. Pero la cultura consumista de hoy (con el círculo, *crecer para consumir y consumir para crecer*), por el contrario, no nos protege sino que genera el disloque. Eliminar o reducir la cara perniciosa del actual estilo de vida **exige un compromiso sociocultural**. Parece imposible lograrlo por otra vía. Y **en ese compromiso cultural se destaca el destronar la meta del crecimiento como eje** de nuestra vida y de nuestra política socioeconómica. Algunos más que hablar de “decrecimiento” hablan de “deconstruir” la economía en base a una nueva racionalidad (Leff, 2008).

En definitiva, entonces, **estamos ante un problema cultural**, ya que debemos impulsar un “*cambio histórico*”: si no se alteran los “códigos” (los valores) de consumo y conducta de hoy, seguiremos devorando, como sociedad, *bienes, recursos, principios, ideas, personas...*, caminando por un derrotero de peligroso recorrido.

¹⁵⁰ Polanyi en *La Gran Transformación* (1944) y *Comercio y mercado en los primeros imperios* (1957) sostiene que **la Revolución Industrial multiplicó la riqueza pero**, a la vez, **inició la gran amenaza** de la desintegración de la estructura social. Es ésta de Polanyi, en cierto modo, la línea que hemos presentado aquí en cuanto hace a la “desintegración social”.

UNA CIERTA ANALOGÍA

Sin embargo, cabe acotar que los intercambios bajo el mecanismo de mercado están enmarcados por el trasfondo cultural. El Adam Smith de la “Riqueza de las Naciones” tenía tras de sí el de la “Teoría de los Sentimientos Morales”. Karl Polanyi en sus dos obras principales, *La Gran Transformación* (1944) y *Comercio y mercado en los primeros imperios* (1957), sostuvo que la Revolución Industrial (así como la economía de mercado) no solo multiplicó la riqueza material sino que amenazó la estructura social al distanciar la organización económica de mercado de las otras instituciones sociales (estructura cultural y política). Nosotros aquí sostenemos una argumentación que recuerda en algo aquella secuencia causal: el crecimiento, desde la Revolución Industrial, no solamente ha permitido un fantástico progreso material sino que, llegado un punto, comienza a amenazar seriamente varias aristas de la existencia toda (la calidad de vida, el hábitat humano, los ambientes silvestres, el aprovisionamiento futuro, los lazos asociativos, el papel de las responsabilidades personales, la “estabilidad dinámica” de las pautas culturales, etc.). Aunque somos conscientes de que algunos de estos conceptos exigen profundizaciones que aquí no realizamos.

Resulta llamativo que este tipo de debate no sea promovido en los congresos y seminarios. Las instituciones que agrupan a los economistas no facilitan estas líneas de discusión. **Preferentemente se polemiza sobre la formalización de las conclusiones a las que se llega a partir de los axiomas** “habitualmente aceptados”, y **trabajos como éste lo que discuten son los “axiomas” mismos de partida**. A veces en estas reuniones, diríamos parafraseando a **Julián Marías**, *entre tanto conocimiento se echa de menos* (y cada vez más) *el pensamiento*; o sea la reflexión que vaya más allá de la formalización consensuada.

LAS PALABRAS DEL MAESTRO JULIO OLIVERA

Nada mejor que recordar las palabras del Profesor **Julio Olivera**: *“El desarrollo económico es una meta natural e indispensable (...) pero solamente en cuanto concurra al progreso económico. La posibilidad de un desarrollo regresivo no constituye una hipótesis académica, sino un riesgo real que debe evitarse”* (Olivera, *“Economía clásica actual”*, Ed. Macchi 1977, pag 126/127). Pretendemos haber revivido un debate dormido: **no confundir crecimiento con otros conceptos, como el desarrollo** (incluso regresivo, que Olivera señala como posibilidad).

El mundo de nuestro tiempo vive inmerso en el “mito del progreso sin final”, y como heredero del Iluminismo tiene la idea de que el hombre es el señor de la naturaleza. Horkheimer y Adorno, de la Escuela de Frankfurt, escriben: *“Sin la idea de la Gracia (como don divino), impera la arrogancia del Yo subjetivo (y autosuficiente), que sostiene que el hombre es la medida de todas las cosas, y el Señor del mundo”*; y agregan: *“Sin una racionalidad de fines, toda interacción, que es la esencia de la vida humana, se transforma en una relación de poder”*; y esto se debe a que *“(...) el Iluminismo es un programa de dominación, primero de la naturaleza; y luego del hombre; y a los dos les trata como meros objetos”* (Horkheimer y Adorno, *“Dialéctica del Iluminismo”*, 1971). Sostienen pues que la actual civilización técnica, surgida de la Ilustración del XVIII y de su concepto de razón, **no es más que un dominio “racional” sobre la naturaleza** que, a la vez, **implica un dominio no razonable** sobre esa misma naturaleza y sobre el ser humano.

Sumamos la reflexión de Annie Leonard, una experta en desarrollo y planificación regional, famosa por un video, *The Story of Stuff* (que luego sería base del libro que citamos): *“La creencia según la cual el crecimiento económico infinito es la mejor estrategia para hacer un mundo mejor se ha vuelto una especie de religión secular que todos comparten: nuestros políticos, economistas y medios de comunicación; rara vez se pone a debate pues se supone que todos la dan por verdadera.(...) ¿Qué acontece? ¿Por qué hay tan pocos dispuestos a poner en cuestionamiento, o aunque sea analizar críticamente un modelo económico que no le sirve al planeta ni a la mayoría de sus habitantes”* (Leonnard, A., 2010, Introducción).

Tanto la idea del crecimiento sin fin en busca de plenitud y dicha, como la propuesta aquí defendida de un “estado estacionario selectivo”, finalmente son utopías (con diferentes niveles de prudencia). Y estamos discutiendo el juego de necesidades versus recursos y riqueza (oposición que finalmente es el punto de partida de la reflexión económica). En “La República”, cronológicamente la primera utopía planteada, Platón discute esta oposición, y se inclina por una vida sencilla, austera, sin búsqueda de riquezas materiales pues no es definitivo que la dicha se alcance con un mayor nivel de riqueza material, pero aún si así fuera, no se deduce de esto que tal felicidad sea éticamente digna.

Finalmente, creemos ilustrativo y enriquecedor cerrar estas pocas páginas de “**antieconomía** del crecimiento” con las críticas reflexiones de **Ernesto Sábato, no ya sobre el crecimiento sino acerca de la elusiva idea del “progreso” en general** que, hace unos 35 años, siendo estudiante de economía, “nos despertó del sueño dogmático” (parafraseando a Hume):

“El avance de la técnica hizo del dogma del Progreso General e Ilimitado, la doctrina del ‘better-and-bigger’. Todo lo que era tinieblas (...) iba a ser iluminado por la Ciencia. No importaba que algunas zonas de la realidad, como la social, presentaran todavía aspectos desagradables: ya la Razón y los Inventos encontrarían la forma de resolver esas dificultades, ya se dominarían las fuerzas de la sociedad como se habían dominado las de la naturaleza.

*En el siglo XIX el entusiasmo llegó al colmo (...). Al Hombre Futuro le esperaba, pues, un porvenir aún más brillante (...). El auge de la doctrina fue tan violento que amenazó la hegemonía de su hermano mayor, el mecanicismo. (...). El dogma del Progreso fue la etapa final de (un) largo proceso (...), fue una especie de religión laica, hecha a base de moralidad burguesa, de culto por la Razón (...) de creencia en una Humanidad Mejor. De aquel tiempo proviene ese tipo de cientista que cree en la unificación de los hombres mediante la Ciencia, aunque hasta hoy no haya servido más que para su mutua destrucción” [todas las mayúsculas son del original, aunque no el subrayado que en todos los casos de citas son propios para remarcar una idea o concepto] (E. Sábato, *Hombres y Engranajes*, Cap.II, acápite: *La gran ilusión del Progreso*, pags. 54/56, Ed. Emecé, Bs.As. 1979).*

En el film “El Planeta de los Simios” (de 1968), en el año 3978, el Coronel George Taylor (interpretado por *Charlton Heston*), tras huir de los simios que le habían capturado, en la playa y descubre la Estatua de La Libertad (de Nueva York), semi cubierta por la arena: los humanos se habían destruido a sí mismos. ¿Estando aquí como Humanidad en ese lejano año 3978? Cuando se filmó aquello (o cuando escribiera la novela Pierre Boulle, un lustro antes), la inquietante pregunta tenía, para el grueso de nosotros, una respuesta absolutamente afirmativa (la única duda estaba en una potencial guerra nuclear). Pero me temo que hoy, muchos de nosotros, responderíamos que no..., que no estaremos. La utopía se ha transformado en distopía.

Somos tristemente contradictorios: pretendemos el bien, pero hacemos el mal. Parece cumplirse, en los humanos, más aún como sociedad, aquellas palabras del poeta latino Ovidio, en boca de Medea, en su *Metamorfosis*, “*Video meliora proboque, deteriora sequor*” (Veo lo mejor, pero sigo lo peor).

Bibliografía:

- Acot, P., 2005; Historia del clima: del Big Bang a la catástrofe climática, Ateneo, Bs. As.
- Acosta, P. y Gasparini, L. (2007), “*Capital Accumulation, Trade Liberalization, and Rising Wage Inequality: The Case of Argentina*”, *Economic Development and Cultural Change* 55, no. 4, July 2007, pags. 793-812.
- Aghion, Ph., 2010; *L’Économie de la croissance*, Ed. Economica, Paris,
- Aghion, Ph., 2016, *Repenser la croissance économique*, Ed. Fayard, Paris
- Ansa Eceiza, M.M., 2008; “*Economía y felicidad*”, XI Jornadas de Economía Crítica, Bilbao

- Arndt, H., 1992; Desarrollo económico: la historia de una idea, REI Argentina, Buenos Aires
- Arrufat, J., A. Figueras, V. Blanco y D. de la Mata, 2005, "*Análisis de la movilidad regional en Argentina: un enfoque basado en las cadenas de Markov*", Reunión de la AAEP, La Plata.
- Bairoch, P., 1997; Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVI siècle à nos jours, Gallimard, París.
- Ballesteros, J., 1995 ; Ecología personalista, Ed. Tecnos, Madrid
- Bates, R., 2004; Prosperidad y violencia: economía política del desarrollo, A. Bosch, Barcelona
- Baudrillard, J., 1970; La Société de la consommation, Ed. Gallimard, París
- Bauman, Z., 2000; Modernidad líquida, FCE, Mex.
- Bauman, Z., 2005; Vidas desperdiciadas, Paidós, Bs. As.
- Bauman, Z., 2006; Vida líquida, Paidós, Bs. As.
- Bauman, Z., 2007; Vida de Consumo, FCE, Bs. As.
- Betrán, J. L., 2006; Historia de las Epidemias en España y sus Colonias, Ed. Esfera de los Libros, Madrid
- Blom, Philipp, 2019; El motín de la naturaleza, Anagrama, España
- Bloom. A., 1989; La decadencia de la cultura, Emecé, Bs. As.
- Boettke, P., Coyne, Ch., Leeson, P., 2006; Sacerdotes supremos y filósofos humildes: la batalla por el alma de la economía, Revista de Economía y Derecho, Vol.3, Nº10 (Otoño). Soc. de Economía y Derecho UPC.
- Boff, L., 2008; "*¿Está por llegar lo peor de la crisis?*". Página 12, 12/12/2008, Bs.As.
- Bonnefous, E., 1973; El mundo superpoblado; Barcelona.
- Braun, M. y L. LLach, 2006; Macroeconomía argentina, Alfaomega, Bs. As.
- Brown, L., S. Postel, y Ch. Flavin, 1993; "*Del crecimiento al desarrollo sostenible*", El Trimestre Económico, pag.253-261, Mexico
- Brue, S. & R. Grant, 2009, Historia del pensamiento económico, Ed. Cengage Learning
- Bruni, L., S. Zamagni, 2007; Economía Civil, Prometeo, Bs. As.
- Bruni, L. y Porta, P. (Eds.), 2007. Handbook of the Economics of Happiness. Edward Elgar Publishing, Cheltenham, UK and Northampton, MA, USA
- Bruni, L. y Porta, P., 2005; Economics and Happiness. Framing the Analysis. Oxford University Press.
- Campos Salvá, C., 2010; Tomo *Ecología*, Enciclopedia Visor, Bs.As.
- Castells, M., 1972; La question urbaine, Gallimard, París
- Clarke, R. y P. Litz, 1977, Crecimiento económico y calidad de vida, Ed. Troquel, Bs. As.
- Cohen, D., 2012; "*Homo Economicus, prophète (égaré) des temps nouveaux*", Albin Michel, Paris
- Cohen, D., 2015, "*Le monde est clos et le désir infini*" Albin Michel, París
- Conte Grand, M. y Chidiak, M., 2011; Progresos en Economía Ambiental; Edicon, Bs.As.
- Constanza, R., J. Cumberland, H. Daly, R. Goodland, R. Norgaard, I. Kubiszewski y C. Franco, An Introduction to Ecological Economics, CRC Press, Taylor and Francis Group, 2015,
- Crespo, r., 1998; La crisis de las teorías económicas liberales, Fund. Bco. de Boston, Bs. As.
- Daly, H., 1989; Economía, ecología, ética, FCE, Mex.
- De Ambrosio, M., 2014, Todo lo que necesitás saber sobre el cambio climático, Paidós , Bs.As.
- Deininger, K. y Squire, L., 1996; "*A new data set measuring income inequality*", WB Economic Review, Vol. 10, pag. 565-591
- De la Balze, F., 1995; "*La desregulación y el crecimiento en la Argentina*", pag.158, s/datos de edición
- Delfaun, B., 1965; La filosofía del siglo XX, Ed. Lohlé, Bs. As.
- D'Elia, Vanesa, 2011; Economía y Cambio Climático: Valuación de Costos y Beneficios, (en Conte Grand, M. y Chidiak, M., 2011; Progresos en Economía Ambiental; Edicon, Bs.As.)
- Diamond, J, 2008; Armas, gérmenes y acero, Ed. DeBOLSILLO, Barcelona
- Di Tella, T., 1974; Clases sociales y estructuras políticas, Ed. Paidós, Bs. As.
- Domenach, J.M., 1981; Enquête sur les idées contemporaines, Editions du Seuil, Paris
- Ehrlich, P. y Ehrlich, A., 1989; "La humanidad en la encrucijada", en H. Daly (ed.) "Economía, Ecología y Ética", FCE, Méjico, ,
- Fagan, B., 2010, La corriente de El Niño y el destino de las Civilizaciones, Gedisa, Madrid
- Fernández de Castro, J. y J. Tugores Ques, 1987; Fundamentos de microeconomía, Ed. McGraw Hill
- Fernández Liria, C., 2015; El marxismo hoy: la herencia de Gramsci y Althusser, EMSE EDAPP, Bs.As.
- Feyerabend, P. 2000; Contra el método, Atalaya, Madrid
- Figueras, A.J., 2011; "*Crecimiento o "Estado Estacionario": un debate necesario*", X Jornadas de Política Económica, Málaga, España.txj
- Figueras, A.J., 2016; Breve historia del pensamiento económico desde los Clásicos, Ed. ACFCE. Córdoba
- Figueras, A.J., 2019; Arqueología del Pensamiento Económico y Social, ACFCE, Córdoba
- Figueras, A.J., 2020; "*En defensa del estado estacionario: un análisis que confronta la visión predominante*", DT 4, FCE – UNC, en <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/DTI/article/view/30388>
- Fitoussi, J.P. y E. Laurent, 2008, La nouvelle écologie politique, Ed. du Seuil et la République des Idées

- Fransen, T., 2025; “1,5 °C: *entendiendo el umbral crítico de calentamiento del mundo*”, pág. web World Resources Institute, 11 Agosto 2025, <https://es.wri.org/insights/15-degc-entendiendo-el-umbral-critico-de-calentamiento-del-mundo#:~:text=%C2%BFLa%20Tierra%20ya%20ha%20excedido,los%201%2C5%20grados%20C>
- Galbraith, J.K., 1958, *The affluent society*, Boston
- García Girona, B., 2016; *La pobreza en las sociedades ricas*, Ed. RBA, España.
- García Holgado, B., 1976; *Historia Económica Universal: la Revolución Industrial 1700-1860*, El Coloquio, Bs. As.
- George, H., (1929); *Progreso y Miseria*, Tomos 1 y 2, Ed. Maucci, Barcelona
- Guilera Rafecas, J., 2016; *El insostenible coste de la desigualdad*, RBA, España
- Hagen, E., 1971, *Teoría Económica del Desarrollo*, Amorrortu, Buenos Aires
- Han, Byung-Chul, 2012 (*original 2010*); *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona
- Hardy, R., P. Wright, J. Gribbon y J. Kinton, 1987; *El libro del clima*, Hyspamérica, Bs. As.
- Harribey, J.M., 2007; “*Les théories de la décroissance*», *Cahiers français* N° 337, mars-avril, p.20-26
- Helpman, E., 2004 : *El misterio del crecimiento económico*, Ed. Bosch, Barcelona.
- Herskovits, M., 1974; *Antropología económica*, FCE, Mex.
- Hess, E., 2010; *Smart growth*, Columbia, UP.
- Hickel, J., 2020; “*Less is more: how degrowth will save the world*”, Penguin Random House
- Hirsch, F., 1997; *Social limits to growth*, Cambridge UP, Inglaterra
- Hoevel, C., 2009; “*Hacia el paradigma del don*”, *Cultura Económica* (Edición Especial), N° 75/76, agosto/diciembre, páginas 83/96, Centro de Estudios de Economía y Cultura, UCC, Bs.As.
- Horkheimer M. y Th. Adorno, 1969; *La sociedad*, Paidós, Bs. As.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th., 1971, *Dialéctica del Iluminismo*, Ed. Sur, Bs. As.
- Jonas, H., 1995 (*original de 1979*); “*El principio de responsabilidad*”, Ed. Herder, Barcelona
- Jones, Ch., 2000; *Introducción al crecimiento económico*, Prentice Hall, México
- Kaldor, N., 1957; “*A model of economic growth*”, *Economic Journal*, Diciembre
- Kallis, Giorgos, 2018; *Degrowth*. Agenda Publishing, Bath Lane, UK
- Katz, L. y Murphy, K., 1992, “*Changes in relative wages, 1963–1987: supply and demand factors*”, *The quarterly journal of economics*, Vol. 107, February, *pages.35-78*
- Kaya, Yoichi y Yokoburi, Keiichi, 1997; *Environment, energy, and economy : strategies for sustainability*. Tokyo: United Nations Univ. Press
- Klein, N., 2007; *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona
- Kuznets, S., 1973, *Crecimiento económico moderno*, Aguilar, Madrid.
- Latouche, S., 2011; *Vers une société d'abondance frugale : Contresens et controverses sur la décroissance*, Mille et une nuits, París
- Latouche, S. et Harpagès, D., 2012; *Le Temps de la décroissance*, Le Bord de l'eau, Lormont
- Layard, R., 2005; *La Felicidad: lecciones de una nueva ciencia*, Taurus, Madrid.
- Leff, E., 2008; “*Decrecimiento o deconstrucción de la economía*”, *Revista Polis* N° 21, *Revista Latinoamericana*, CEDER, Santiago
- Leonnard, A. L., 2010; *La historia de las cosas*, FCE, Bs. As.
- Lloris, M., 1974; *El siglo XXI*, Salvat, Barcelona
- Lovelock, J., 2007; *La venganza de la Tierra*, Planeta, Barcelona
- Lyotard, J. F. 1979; *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, Ed. Minuit, Paris.
- Manera, F., 2015; *Una amenaza invisible*, Ed. Del Boulevard, Córdoba
- Marín G., Ruth, 2008; *Grandes Filósofos*, Ed. Libsa, Madrid
- McMahon, D. M., 2006; *Una historia de la Felicidad*, Taurus, Madrid
- Meadows, D., D.L. Meadows, J. Randers y W. W. Behrens, 1972; *Los límites del crecimiento*, FCE, Mex.
- Mokyr, J., 2016; *A Culture of Growth: Origins of the Modern Economy*. Princeton UP., Princeton
- Morandé, P., 2009; “*Tradición sapiencial y tecnocracia*”; *Cultura Económica* (Edición Especial), N° 75/76, agosto/diciembre, páginas 83/96, Centro de Estudios de Economía y Cultura, UCC, Bs.As.
- Moyano Llerena, C., 1964; *El ocio en la vida moderna*, *Disertación en la Academia Nacional de Cs. Económicas*, *Panorama de la Economía Argentina* 26, Buenos Aires.
- Muraro, H., 1974; *Neocapitalismo y comunicación de masa*, Eudeba, Bs. As.
- Myrdal, G., 1964; *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, FCE., Mex. (*original en inglés de 1957*)
- Nelson, R., 2005; *Economic as religion*, Penn State Press.
- Nisbet, R., 1981, *Historia de la idea de Progreso*, Gedisa, Madrid.
- North, D., 1981; *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Madrid (edición de 1985)
- Nussbaum, M. y Sen, A. (eds.), 1993; *The quality of life*, Clarendon Press, Oxford.
- Olivera, J., 1971; *Economía clásica actual*, Macchi, Bs. As.
- Ortiz, R., 1986; “*A Escola de Frankfurt e a questao da cultura*”, *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, Vol. 1, junho 1986, p. 17-31, *Associação Nacional de Pós-Graduação e a Pesquisa em Ciências Sociais*, Sao Paulo

- Parker, Geoffrey, 2013; Global Crisis: war, climate change and catastrophe in the seventeenth century. Yale UP
- Pesis, S., 2009; Al planeta lo salvamos entre todos, Ediciones B, Buenos Aires
- Polanyi, K., 1983; La grande transformation: aux origines économiques et politiques de notre temps, Ed. Gallimard, Paris (original de 1944).
- Piketty, Thomas, 2015; La economía de las desigualdades, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires
- Piketty, Th., 2014; El capital en el siglo XXI, Ed. FCE,
- Pinker, S., 2011, The better Angels of our nature, Penguin Books
- Pinker, S., 2018, En defensa de la Ilustración, Ed. Paidós
- Pollard, S., 1968; The idea of progress: history and Society, Ed. C.A. Watts, Londres
- Polèse, M. y Rubiera Morollón, F., 2009; Economía Urbana y Regional, Ed. Civitas, Pamplona
- Rawls, J., 1978; Teoría de la Justicia, FCE, México
- Rawls, J., 2009; Lecciones sobre la historia de la filosofía política, Paidós, Barcelona
- Reinisch, L. y K. Hoffman, 1974; Conductores y seductores, Plaza & Janés, Barcelona
- Roca y Jusment, J., 2016; Crecimiento contra medio ambiente, Ed. RBA, España
- Rodríguez Braun, C., , 2000; Estado contra Mercado, Taurus, Madrid
- Roine, J., 2018; Piketty esencial, Ed. Ariel, Bs. As.
- Roll, E. (1973), Historia de las doctrinas económicas, FCE, Mex.
- Ruiz González, E., 1975; “El crecimiento cero ¿es posible y recomendable?”; Diario de Burgos, 26/01/1975, Burgos, España.
- Saint Marc, Ph., 1973; La Contaminación, Ed. Salvat, Barcelona
- Sala-i-Martin, X., 2000, Apuntes de crecimiento económico, Ed. Bosch, Barcelona
- Salgado, E., 1974; Erotismo y sociedad de consumo, Bruguera, Barcelona
- Santos Díez, J., 1971, La civilización del desperdicio, Salvat, Barcelona
- Schumpeter, J.A., 1971; Historia del Análisis Económico, Ariel, Madrid
- Sen, A. , 1993; Capability and well-being, en Nussbaum y Sen, 1993, Clarendon Press, Oxford
- Senent, J., 1973; La Contaminación”, Biblioteca de Grandes Temas, Ed. Salvat, Barcelona
- Shapiro, J., 1974; “La teoría y la práctica en la era de la racionalidad tecnológica: Marcuse y Habermas”, en B. Ollman y otros, “Marx, Reich y Marcuse”, Ed. Paidós, Bs.As.
- Siri, S., 2025, Tecnosapiens, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Skidelsky, R., 2009; El regreso de Keynes, Ed. Crítica, Barcelona
- Smith E. y D. Mackie, 1997; Psicología Social, Ed. Médica Panamericana, Madrid
- Susskind, D., 2024; “The pursuit of economic growth is one of our most treasured ideas, but it’s also one of the most dangerous”, IMF, sep. 2024, <https://www.imf.org/en/Publications/fandd/issues/2024/09/we-must-change-the-nature-of-growth-daniel-susskind>
- Taibo Arias, C., 2009; En defensa del decrecimiento, Ed. Catarata, Madrid.
- Tecglen, E. H., 1975; La sociedad de Consumo, Salvat, Barcelona
- Tetaz, M., 2016; Lo que el dinero no puede pagar, Ediciones Planeta, Bs. As
- Tetaz, M., 2021; Nada será igual, Ediciones Planeta, Bs. As
- Troncoso, O. A., 1971; Buenos Aires se divierte, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Vattimo, G., 1990; La sociedad transparente, Paidós, Bs. Aires
- Vitousek et al., 1986; “Human appropriation of the products of photosynthesis”, Bioscience, junio 1986 (de tal modo citado en Brown et al.)
- Ward, B. y R. Dubos, 1972; Una sola tierra, FCE, Mexico.
- Welzer, H., 2010; Guerras climáticas, Katz Editores., Bs. As.
- Wilkinson, R. & Pickett, K., 2009; Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva, Ed. Turner Noema
- Wright, R., 2004; A short history of progress, Canongate Books, Edimburgo